



EN MEDIO DE LAS CENIZAS

Julio César Carreras

Del autor

Voy a ser breve. Es mi primera novela en ser escrita, pero la comencé a escribir cuando estaba en el último año del secundario como un prototipo y con el tiempo fui perfeccionándola.

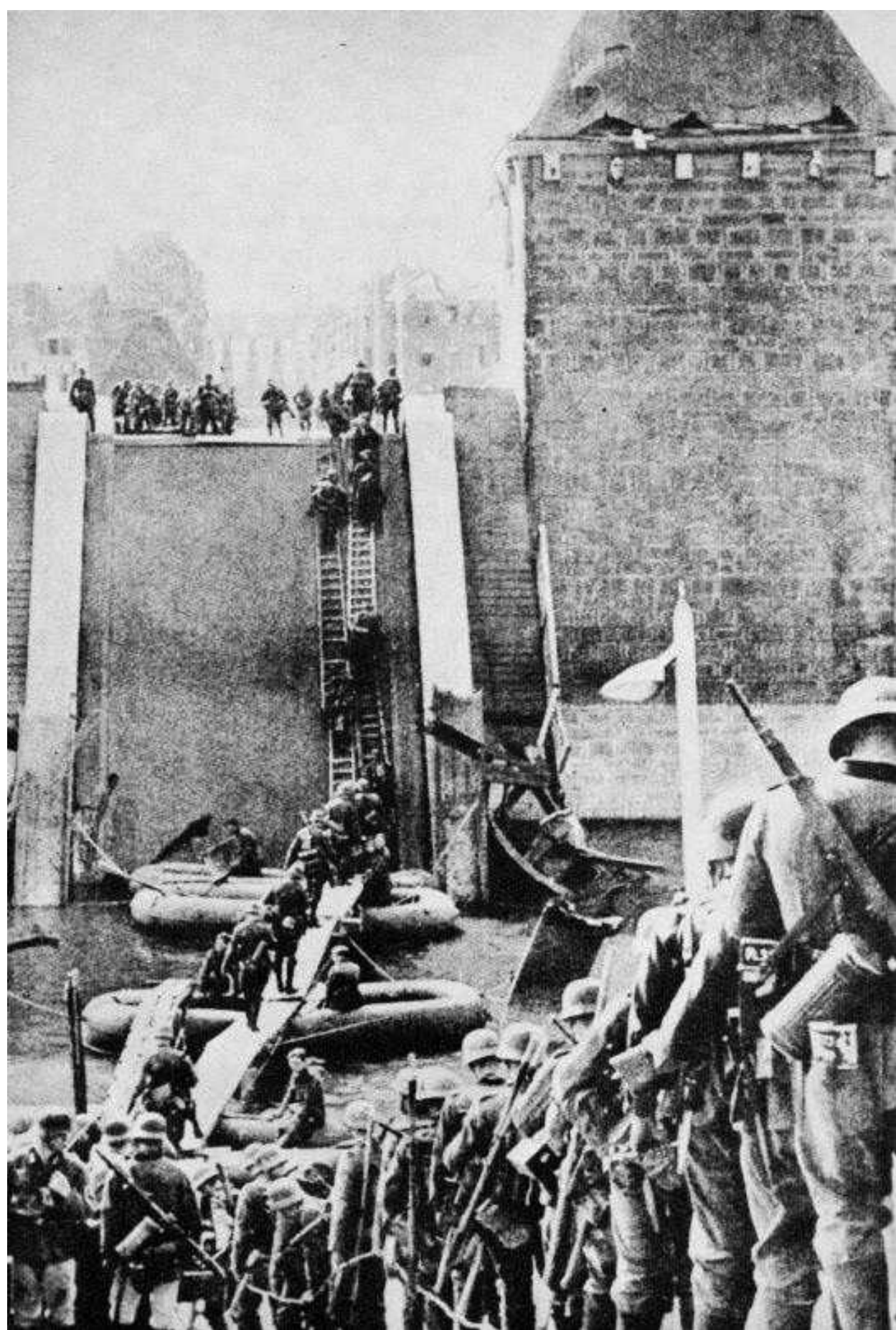
Siempre me cautivó la época de la Segunda Guerra; podría haber narrado una historia diferente, pero fue lo primero que se me vino a la mente.

A pesar de que muchos han dicho “nunca más”, desde mi punto de vista creo que la memoria de un régimen genocida con las consecuencias que acarrea no se borra más.

Esta historia si bien no tiene los términos adecuados que pueden tener las novelas clásicas, trata de narrar acontecimientos ocurridos en tiempos de guerra, muerte y desolación.

Espero que el lector sepa compenetrarse de las páginas.

César Augusto González (Julio César Carreras González)



PRIMERA PARTE

El primer capítulo va dedicado a mi ex compañero del colegio, Mariano, quien me dio la idea y en memoria de mi madre que ya no está presente físicamente.

Capítulo 1

Dime que no es verdad

El 30 de enero de 1933 un hombre de origen austriaco llamado Adolfo Hitler se hacía cargo de la Cancillería de Alemania. A partir de entonces se implantó basado en la estrategia de represión y seducción. La primera consistió en eliminar todos los focos de adversidad al orden establecido. Los partidos políticos fueron disueltos como así la potestad de los sindicatos; el control sobre la prensa se hizo absoluto. La seducción se basó en contentar a los sectores de la industria con la idea de rearme.

Una vez que murió el anciano y agotado presidente Hindenburg, el líder del Partido Nacional-Socialista, Adolfo Hitler, se convirtió en la máxima autoridad estatal. Las cosas cambiaron, en especial para los de origen judío, a quienes Hitler los consideraba alimañas e insectos infecciosos que pretendían posesionarse del mundo. La política racial implantada por el gobierno no tuvo escrúpulos.

Los judíos perdieron así todas sus garantías individuales. Otros que estuvieron bajo la mira fueron los gitanos, homosexuales, los vagabundos, los enfermos mentales y todos aquellos considerados no aptos.

En 1936 se puso en marcha el Plan Cuatrienal, destinado a rearmar a las fuerzas armadas, la economía tuvo un crecimiento vertiginoso que benefició a una clase media que había sido perjudicada en épocas de la república.

Era la mañana del 3 de abril de 1936, tres años después del advenimiento del Nacional-Socialismo, por la llovizna vereda de una de las calles de Berlín, un hombre de unos treinta y nueve años caminaba taciturno y a paso lento, vestía un sobretodo negro desprendido, traje azul, camisa blanca con corbata, sus cabellos eran oscuros y sus ojos marrones reflejaban una mirada distante del entorno que lo rodeaba. En las paredes se veían inscripciones que decían: "¡Fuera de aquí judíos"! Josué Benjamín Wisenthal, que así se llamaba el caminante, miraba con cierto desagrado.

Estaba a punto de cruzar la arteria, cuando súbitamente por detrás de él aparecieron corriendo tres adolescentes que no habrán tenido más de quince años luciendo el uniforme de las "Juventudes hitlerianas". Los muchachos se adelantaron y al ver a Josué lo empujaron, haciéndolo caer al piso, uno de ellos le lanzó un escupitajo y se alejaron de allí riéndose a carcajadas. Josué se incorporó, un pequeño grupo de gente se había reunido

en torno a él, algunos susurraban entre ellos y sonreían, otros lo miraban con una expresión de lástima; sin prestar importancia al incidente sacudió sus ropas y prosiguió caminando hasta una playa de estacionamiento, se aproximó a un Pierce Arrow negro modelo 1929, abrió la puerta del vehículo, se sentó, puso en arranque el motor y se alejó de allí.

Durante el ocaso de ese día, en una dependencia de las SS tenían la directiva firmada por Hitler y Heidrych de acabar con una comunidad gitana de procedencia húngara y cuarenta familias judías, Josué y su hija figuraban en la nómina confeccionada de acuerdo a un registro de nacimientos.

Esa noche, un Mercedes Benz 320 color marrón estacionó al frente de una construcción de estilo barroco, su tejado tenía gárgolas con figuras grotescas de diablillos. Del automóvil descendió una persona de unos cuarenta y cinco años, algo encorvada, cabellos rubios, sus ojos eran celestes y llevaba puesta una vestimenta marrón, camisa blanca, corbata, una gorra negra y zapatos, continuamente emitía sonidos guturales.

Teodoro Rinke, que ese era el nombre del que acababa de llegar, golpeó la pesada puerta de la casa, una rejilla se abrió y se dejaron ver unos ojos que miraban inmutablemente. La puerta se abrió y se vio la figura de Josué que estaba vestido con la ropa de dormir. Teodoro ingresó, por dentro la edificación era amplia, con sillones tapizados de terciopelo rojo, el adoquinado tenía un alfombrado de tipo persa, había una mesa de madera de pino correctamente lustrada, adornada con un mantel, sillas; a los costados dos vitrinas, una con la vajilla de la fina porcelana y plata y otra con objetos valiosos, en las paredes pendían instrumentos de cuerda. Sobre una pequeña mesa estaban el Libro de la Torá y el candelabro de siete brazos, podía advertirse además, unas escaleras que conducían a planta alta, una tenue luz alumbraba la vivienda. Teodoro se sentó en uno de los sillones, en tanto que Josué permanecía parado.

-Estaba a punto de acostarme, cuando oí que alguien llamaba- comentó Josué.

- Lo lamento, pero era imprescindible que viniera- contestó Teodoro en tono misterioso.

Su amigo proyectó una sonrisa escudriñándole:

-¿Con qué historias vienes ahora?

- Josué: los nazis vendrán por ti.

El judío soltó una carcajada y replicó:

- ¡Ay Teodoro!. Te asemejas a esas mujeres cabareteras que aparecen en películas americanas de Western. Siempre creyendo habladurías que andan desparramando en las cantinas.

-¡Es verdad Josué!

-Por favor Teodoro, no conceptúes lo que escuches; ambos lo sabemos: hace tres años que está Hitler y gracias a Dios que no hemos sido cazados.

- Piensa en Anna, le pueden hacer daño.

-¡No dejaré que hables así de mi muchacha!

- Pero Josué, solamente...

- ¡No quiero seguir oyéndote, Teodoro Rinke!

Viendo Teodoro que era imposible persuadir a ese hombre terco, se marchó de allí refunfuñando; Josué se acomodó en uno de los muebles.

A su vez, Anna despertó, era hija de Josué. Ella era una bella adolescente de unos quince años, de cabellos rubios hasta la cintura, de cuerpo dotado de hermosura, tenía un camisón que le daba cerca de las rodillas. Con una lámpara a combustible en mano dejó su oscura habitación y bajó por las escaleras sigilosamente con sus pies descalzos.

Al descender halló a su padre sentado en uno de los asientos con su mano derecha en la frente, ella se acercó y le preguntó:

- ¿Qué sucede papá? Te veo afligido.

- Es que mantuve un altercado con el señor Rinke, eso es todo.

-Pero ¿cómo puede ser? Ustedes son buenos amigos.

-Sí, pero a veces no nos entendemos.

Anna puso sus delicadas manos sobre los hombros de su progenitor y objetó:

-Estás ocultándome algo.

Hubo un sigilo extenso, Josué viendo que era inadmisible mantener engañada a su hija, dijo:

-Anna, quiero decirte una cosa, tal vez te duela, pero es preciso que lo sepas.

La chica frunció el ceño e inquirió:

-¿Qué sucede?

Josué tomando coraje, respondió:

-Anna, quiero que me oigas bien: no salgas durante estos días, las SS vendrán por nosotros.

Ella al oír a su padre dejó soltar un agudo sollozo, mezclado de miedo y angustia, exclamando:

-¡¡No!! ¡No puede ser cierto! Dime que no es verdad.

- Lo es Anna; tarde o temprano tendría que ocurrirnos. Acepta la fatalidad.

-¡¡No papá!! ¡¡No!!

Y prorrumpiendo esto retornó a su dormitorio, Josué quedó pensativo, le amargaba ver que su hija sufriera y renegaba de sus raíces, para colmo se sentía acorralado porque no tenía a quién recurrir. Al otro día se puso en ejecución el mandato encomendado a las SS. Setenta soldados provistos de fusiles y acompañados por perros Pastor y Rott Weiller salieron en camiones Mercedes Benz, en dos automóviles de la misma marca modelos 500 Nurburg 1936 y otro Cabriolet 1935 en los que iban tres oficiales de medio rango escoltados por tres uniformados que iban en motocicletas Zundapp con sidecar.

Teodoro se encontraba en su farmacia, al ver pasar a los vehículos con la escuadra, cerró su negocio y se fue apresuradamente en su auto, pero cuando había hecho dos cuadras y media de recorrido, fue interceptado por un pelotón de cinco soldados al mando de un Teniente. Teodoro frenó bruscamente su coche, el subalterno seguido por tres de sus subordinados armados hasta los dientes y con mochilas en sus espaldas se le acercaron. Teodoro Rinke guardó su serenidad, no quería demostrar nerviosismo porque iba a ser peor para él y recordó que tenía algo de dinero.

El oficial hizo una señal de llamada con su dedo pulgar a Teodoro, que debió aproximarse.

-¡Muéstreme sus documentos!- exigió el de las SS. Teodoro extrajo del bolsillo de su pantalón su libretilla de identificación y se la entregó al de las SS, que una vez que concluyó de leer indagó:

-¿Y se puede saber hacia dónde se dirigía tan acelerado?

-Es que debía llevar un medicamento a un anciano que está enfermo- se excusó Rinke.

El teniente no quedó satisfecho con la respuesta y refutó:

-Está mintiendo, lo veo en sus ojos. Ahora respóndame y lo dejaré libre: ¿a quién está ocultando?. Mire si colabora con nosotros, tendrá un buen pasar; el Führer busca gente talentosa como usted. Pero Teodoro callaba, no era su intención traicionar a su amigo, a todo esto los soldados estaban sintiéndose incómodos como así el oficial, que caminaba en círculo alrededor de su cautivo.

-¿Sabe rezar el Padrenuestro?- le interrogó el teniente a Teodoro.

-Sí.

-Entonces comience desde ahora.

Y dicho esto indicó a cuatro soldados que vinieran, los hombres acudieron llevando a sus perros de las correas. En una distracción de los integrantes de la patrulla,

Teodoro sacó del bolsillo de su pantalón una pequeña bolsa de terciopelo azul y la arrojó al enladrillado, los soldados apuntaron con sus rifles con bayonetas caladas al desdichado y uno de ellos la levantó y la entregó a su jefe; el lugarteniente con suspicacia volcó el contenido en la palma de su mano izquierda y comprobó que eran marcos en moneda y en papel y mirando fijamente a Teodoro le recomendó:

-Márchese de aquí antes que me arrepienta.

Teodoro Rinke se alejó de allí en su coche, en el trayecto se veía a los desdichados que eran apresados por los de las SS, algunas mujeres clamaban piedad, pero sus captores se mostraban indiferentes.

Sorteando el recorrido por temor a ser visto por los nazis, Teodoro se internó en un desolado callejón y estacionó su Mercedes Benz. Sentado sobre el umbral de la puerta de una casa abandonada, reposaba un individuo en estado de indigencia, cabizbajo y vestido con ropas sucias y malolientes, a su lado un famélico perro se rascaba las garrapatas y la sarna le había avanzado.

-Sea quien fuera no tocará mi auto- fue el comentario de Teodoro.

Y sin dejar pasar un minuto se dirigió corriendo hacia el domicilio de Josué, su corazón le palpitaba a un ritmo acelerado, en tanto que en las cercanías se oían los megáfonos de las divisiones de las SS exigiendo a sus víctimas que se entregaran, los ladridos de los perros Pastor no cesaban. Al llegar a la morada de los Wisenthal, tocó la puerta y habló:

-¡Ábreme, soy Teodoro!

La puerta fue abierta y Teodoro ingresó secándose la frente.

-¿Estás bien?- le preguntó Josué.

- Casi muero peor que rata a causa tuya.

-No debiste preocuparte.

-Deja de hablar tonterías y óyeme: prepara los equipajes y se refugian en algún recoveco hasta el anochecer y después se van a Suiza.

-No lo haré, mi disposición está tomada.

-No seas tozudo Josué.

-No soy obstinado. He pensado entregarme y quiero que tú cuides de Anna.

Un nudo se hizo en la garganta de Teodoro.

-¿Estás hablando de veras?- fue el interrogante de Teodoro.

-Sí. Trata que jamás le falten las cosas, que termine el colegio, no abuses de ella ni intervengas en su vida sentimental. ¿Has entendido?

-Sí- respondió conmovido Teodoro- te lo prometo.

Simultáneamente, las SS se avecinaban, la batida era tal que nadie lograba escapar.

Anna permanecía en su alcoba asomándose por los postigos de la ventana, cuando vio asomar los camiones y demás transportes de las SS; rápidamente bajó para decírselo a su padre y se encontró con que estaba con Rinke.

-No hables- le dijo su predecesor.

-Ven conmigo jovencita- le estableció Teodoro.

Ella estaba totalmente asustada, Teodoro la tomó con delicadeza de su mano derecha y la llevó hasta el sótano, Anna apenas pudo soltar un leve gimoteo, dejando atrás al hombre que la hizo venir al mundo que se despedía de ella con sus ojos empapados en lágrimas.

La voz del altoparlante resonaba y los perros ladraban, a su vez, Josué se dejó caer llevando sus manos a la cara; los golpes de culata de las carabinas de los soldados eran insistentes, los Ovejeros no cesaban de aullar, hasta que finalmente irrumpieron provistos de fusiles con bayonetas caladas, mochilas en sus espaldas, trayendo perros y comandados por un teniente.

-¡Vamos! Levántate judío apestoso-ordenó el subalterno.

Y sin oponerse, Josué se dejó llevar, entretanto que los demás soldados se encargaban de sacar lo que era valioso y destruían los ornamentos sagrados de los judíos y al Libro de la Torá la incineraron. El padre de Anna fue subido rudamente a un camión, otros más se encontraban en el rodado pesado, algunos rezaban plegarias en lengua hebrea. Transcurrió una hora de realizado el procedimiento, las voces y ruidos dejaron de oírse, Anna y Teodoro retornaron la superficie y vieron que el caos era generalizado y que los de las SS habían desvalijado la casa en su totalidad.

Sin perder un instante, Anna escogió algunas ropas y se fue con Teodoro hasta la catedral, allí la adolescente tuvo que estar sola hasta el oscurecer debido a que su tutor necesitaba solucionar otros asuntos.

Para que los de las SS no lo recordasen, Teodoro alquiló un carruaje de lujo tirado por cuatro caballos, dos eran alazán y los otros negros; recogió a la muchacha y fueron a la estación de tren.

Teodoro hizo sentar a su protegida en un banco de madera color verde y fue a la boletería, un hombre de bigotes blancos y delgado atendió al nuevo bienhechor de la hija de Josué.

-Deseo saber el destino del próximo tren- averiguó Teodoro.

-Hay uno que viaja hacia Praga y saldrá en escasos minutos.

-Deme dos boletos de segunda clase.

El boletero entregó los pasajes, Teodoro le dijo:

-Déjese el vuelto para usted.

El asalariado miró sorprendido al viajero. Apenas Anna se sentó, un joven oficial del ejército se ubicó en un asiento contiguo, llevaba una pesada valija y lucía el uniforme con las condecoraciones propias de un teniente, en su brazo izquierdo llevaba el emblema rojo con la cruz esvástica en el centro. La adolescente lo miraba persistentemente, él no quitaba su vista de ella; por un momento la joven quiso levantarse y abrazar a ese hombre que le hacía experimentar una sensación especial, pero no se atrevió, sus mejillas se pusieron rojas, el militar advirtió la situación y sonrió meneando su cabeza. Teodoro se paseaba intranquilo de un lado a otro y no prestaba atención de lo que estaba aconteciendo, temía que aparecieran los de las SS y que hicieran una correría. Los minutos transcurrieron como si nada, la campana de la estación sonó y se escuchó el pito de la locomotora a vapor, Teodoro dio una palmada a Anna y le dijo:

-Vamos niña.

Anna estaba hechizada por la presencia del uniformado, le atraían sus ojos azules de mirada profunda; de pronto el Teniente se puso de pie, tomó su maleta de viajar y caminó en dirección sur, una mujer de cabellos rojizos y atavío azul parecía estar aguardando por él, al verse, ambos se abrazaron, se dieron un beso y continuaron caminando hasta perderse de vista.

Por su parte Anna se sintió decepcionada, Teodoro la hizo ascender al vagón, el tren estaba a punto de marchar.

El silbato se oyó nuevamente y el tren empezó a partir remisamente, la noche reinaba en Berlín, las estrellas alumbraban el firmamento y la luna encandilaba con su reflejo.

El tren fue alejándose de la capital del Reich, los ojos de Anna fulguraban tristeza y soledad.

Al poco tiempo de radicarse en Praga, Checoslovaquia, Anna consiguió emplearse en un asilo de huérfanos, Teodoro por su parte se insertó en la farmacia del hospital de Praga.

Para ese entonces la crisis internacional venía agudizándose, España estaba sangrando en una guerra civil desde 1936 entre Nacionalistas y Republicanos.

En julio de 1937, Teodoro Rinke fue encontrado muerto en uno de los pasillos del nosocomio, según los informes médicos se trató de un problema del corazón. Desde que se había establecido en Praga, Rinke se había vuelto un fumador empedernido y se pasaba largas horas en la droguería.

Praga dejó de ser segura para Anna y para toda Europa cuando el 15 de marzo de 1939 la Wehrmacht entró en la capital checoslovaca tras un pacto firmado entre Alemania, Francia e Inglaterra.

Algo similar había acontecido un año atrás en Austria, cuando tropas germánicas ocuparon Viena durante la noche del 12 de marzo sin focos de tenacidad, sesenta y siete mil personas fueron detenidas, muertas y atormentadas y el espanto cundió en todo el territorio austriaco, colmando cárceles y “campos de concentración” ligeramente contruidos, mientras que las SS aplastaban cualquier punto rebelde, ahogándolo en sangre y torturas.

Lo denigrante para los judíos fue que los obligaron a fregar las veredas de Viena. Se venían épocas duras...

Capítulo 2

El anuncio

Transcurría 1939, los problemas de la economía alemana estaban agudizados y referidos a la asignación de recursos entre los sectores civil y militar de la producción y a la preferencia de acomodar el crecimiento económico respaldado por el rearme a los desafíos del consumismo popular.

El déficit estatal como cliente de la industria armamentista no estaba compensado con un incremento impositivo, sumado a la inflación con la que cooperaba el avance de la demanda pública, lo que hacía decaer las exportaciones alemanas y las dificultades para obtener materias primas y fondos para adquirirlas. No obstante, lo que alarmaba la escasez de vacantes, tanto en los ámbitos rural como industrial. Por no ser por los productos sintéticos como una alternativa global de corto plazo, la gestión debía afrontar una expansión territorial para sacar productos de manufactura, alimentos y obraje. Una vez absorbida Checoslovaquia, Hitler planteó el tema polaco en términos de una alianza antibolchevique que permitiera a Polonia el acceso al Pacto Antikomintern.

Era el atardecer del 9 de abril de 1939, las nubes comenzaban a cubrir el cielo; en la fronda se destacaba una estancia de mediados del siglo XIX de dos pisos, con columnas de estilo jónico, su fachada tenía relieves con figuras de animales, el tejado color azulino poseía dos gárgolas adornadas por criaturas fantásticas talladas en piedra, las ventanas y postigos estaban abiertos de par en par con un cortinado blanco. La edificación disfrutaba de una amplia galería, escaleras en su frente y extremos, un juego de mesa, sillas de jardín y un sillón hamaca; en el sector frontal y partes laterales se divisaban balcones y en la puerta principal un farol y una campana. En el patio se distinguía una fuente con esculturas de leones esculpidos en piedra que vertían agua de sus fauces y en los alrededores un vergel con rosas blancas, rojas y púrpuras, gladiolos blancos y rojos, crisantemos y dalias, un vivero con las más variadas plantas y al fondo, una magnolia, tres olivos, dos tamarindos, dos palmeras, tres pinos y dos cedros. Próximo a las escalinatas se montaba un altoparlante en un poste y en la misma dirección un enorme tanque de 5000 litros que proveía de agua, resaltaban asimismo vehículos blindados de combate, motos BMW y Zundapp con sidecar y un automóvil Mercedes Benz 500 Nurburg 1936 color gris y guardabarros negros; se veía por otra parte una torre de control con reflectores potentes con dos guardias de las SS apostados en forma continua.

El palacete no permanecía solitario, en carácter invariable lo custodiaban efectivos de la Wehrmacht y SS provistos de ametralladoras y con perros Rott Weiler y Pastor alemán; un alto portón enrejado con puntas y un resistente muro de cemento con alambrados de púa cercaban el predio.

De la puerta trasera salió un joven hombre de unos veinte años, buena contextura física, cabellos rojizos y ojos verdes, vestía un pantalón marrón con tiradores, botines acordonados, una camisa blanca arremangada y sombrero de paja panameño, sobre su espalda cargaba un morral camuflado en gris y negro; su mano derecha sostenía una caña de pescar con mosca.

Constantino Victorio Von Heidegger, que así se llamaba el que se marchaba, retiró una bicicleta "Soldatenfahrrad" verde oliva que estaba delante el Mercedes Benz y tomó un sendero de tierra encerrado por una frondosa vegetación, a su paso los pájaros se volaban graznando alborotados y alguna que otra liebre se escabullía entre la floresta.

Constantino cruzó un puente, mientras que una tormenta acechaba notoriamente en sobrevenir, el viento soplaba con mayor intensidad. Al llegar al río, Constantino se quitó su calzado, se arremangó los pantalones y con paciencia, colocó el señuelo adecuado. Sin hacer ruido para no espantar a los peces, fue entrando cautelosamente hasta que el agua le dio en las rodillas y con singular destreza hizo el primer lanzamiento sin obtener resultado, efectuó otro tiro y fue igual, por lo que debió sustituir el cebo.

Empezaba a recoger la línea, cuando sorprendentemente algo se aferró con fuerza del anzuelo, Constantino soltó un poco y un violento arrastre hizo retroceder a la presa unos metros, otra vez hizo volver la línea y el pez dio un coletazo rudo, apareciendo en la superficie: era un bello ejemplar de trucha marrón adulta, el salmónido se sumergió y volvió a jalar de la carnada falsa, al pescador no le quedaba línea porque el animal se iba lejos y debía evitar que se soltara del garfio o que se cortara la punta de la tanza. Por último la trucha se rindió y Constantino fue sacándola lentamente del cristalino espejo y con precisión le quitó la mosca y la sacrificó, pesaba alrededor de dos kilos y medio. Consecutivamente guardó el trofeo en una bolsa de lienzo. El viento se desató con furia, empezó a tronar y a caer las primeras gotas, Constantino debió aligerarse y volver por el mismo rumbo, la lluvia caía copiosamente, por lo que el ciclista se empapó íntegro. Al día siguiente, siendo las 11:45 arribó un Mercedes Benz 340 de la Wehrmacht a la casona del bosque, un oficial de las SS abrió el portón enrejado y el coche hizo su entrada.

En el vehículo iba un Coronel de la Wehrmacht, de cabellos rubios, ojos celestes y mandíbula prominente, cortejado por un sargento y tres soldados dotados de fusiles Kar 98k con bayoneta calada y pistolas Walter.

Una vez hecho el saludo del Nacional-Socialismo, el vigía interrogó al alto oficial:

-¿Busca al Capitán Joseph Frederick Schnitzler?

-Así es, Teniente Von Ebeling- indicó el coronel.

-Sígame- le dijo Von Ebeling.

Von Ebeling dejó su perro a otro guardia y subió a una motocicleta Zundapp negra, los del auto siguieron al subalterno que iba por una vía cerrada por cedros y árboles caducifolios hasta dar con la fuente que tiraba agua.

El centinela detuvo su moto y preguntó a Constantino que estaba allí:

-¿Y el Capitán Schnitzler?

-Se fue a dar una cabalgata hasta proximidades de la rivera con la señorita Eiffler.

-Vaya entonces a buscarlo y dígame que el Coronel König lo aguarda Constantino fue hacia el aprisco y ensilló un caballo moro y fue montando por la espesura, el olor a tierra mojada y el perfume desprendido por las coníferas Por la espesura, el olor a tierra mojada y el perfume desprendido por las coníferas sumado al canto de los pájaros hacían armonioso al contexto. Simultáneamente, Víctor König y sus leales estaban en el interior de la casa que era un laberinto, las escaleras que conducían a planta alta tenían forma de caracol del techo pendían arañas de cristal y ventiladores

de enormes paletas, las puertas con vidrios translúcidos con cortinas blancas de bordes dorados, una de ellas conducía al despacho de Schnitzler. Donde König y los suyos asentaban sus pies había moquetas de terciopelo rojo, los asientos tenían un tapizado azul, de las paredes colgaban cabezas de alces, osos, ciervos lobos, jabalís, armas de diversos calibres del siglo XIX e inicios del presente, cuadros del Renacimiento, de pintores contemporáneos como Van Gogh, Dalí, Picasso, de Hitler y Beethoven, en un rincón descansaba una armadura del siglo XV y en una pequeña mesa un tocadiscos. Constantino cruzó el puente del día anterior y alcanzó a distinguir a Joseph Frederick Schnitzler que montaba una yegua blanca y su compañera que venía en un potro alazán. El soldado fue galopando hasta el joven oficial que tenía treinta y tres años de edad, sus ojos eran azules de mirada penetrante y cabellos, lucía pantalón gris con tiradores, botas negras con espuelas, camisa celeste arremangada y sombrero de corcho. Su acompañante era una dama de unos veinticinco años, cabellera rojiza, peinado a la moda, ojos

celestes y pecas en su rostro, su anatomía era armoniosa y vestía un atavío blanco y botines negros. Constantino se arrimó a Joseph diciéndole:

-Menos mal que vino, Herr Schnitzler- sostuvo Constantino exhausto.

-¿Qué ocurre soldado Von Heidegger?- le interrogó con templanza Joseph.

-El Coronel König aguarda por usted.

-¿Qué estará aconteciendo?

-Realmente lo desconozco, Herr Schnitzler.

-Bueno...adelántate que estaré en breve, te ocupas de guardar los animales, llevas a la señorita Eiffler a su hogar y por último te encargas del almuerzo.

- Sí, señor.

-Una pregunta: ¿Has lustrado mis otras botas y planchado mi uniforme?

- Sí, Herr Schnitzler.

- Correcto, puedes irte ahora.

Constantino se alejó de allí, entretanto Joseph y su novia siguieron cabalgando hacia el latifundio.

Por otra parte, en la vivienda de Joseph Schnitzler, la espera proseguía, Von Ebeling estaba con König.

-¿Le gusta la música moderna, Herr König?- quiso saber Von Ebeling.

- Sí, desde luego.

-Entonces tendrá el privilegio de escuchar una canción de Marika Rock Von Ebeling puso en funcionamiento el fonógrafo y en minutos se escuchó la composición que resultaba agradable. Una vez que se despidió de Penélope Eiffler, su amada y futura

esposa, Joseph fue rápidamente hasta su residencia, entró por detrás de la edificación y se dio un baño con agua tibia; transcurridos varios minutos descendió por los peldaños de caracol engalanando su uniforme con las distinciones, sus botas negras relucían; en su brazo izquierdo llevaba el emblema rojo con la cruz esvástica en el centro y usaba una gorra.

Una vez que se hizo presente Schnitzler, Von Ebeling volvió a su puesto; los dos oficiales al verse se saludaron con un cordial abrazo.

-¿Cómo está Coronel König? ¡Qué alegría volver a verlo!

- Lo mismo digo ¿Ya ha descansado tras el regreso de Viena?

-Sí, fue un viaje agotador, me tomó dos días recobrar mi vitalidad.

- Esté expectante, esto aún no es el principio. Por ser uno de los mejores oficiales con los que cuento, es mi deber informarle, que esta noche en Núrenberg en el Festival Anual de la Cultura Aria y del Agricultor", el Führer dará un trascendental

anuncio sobre Danzig. Los polacos se creen que estarán protegidos por las garantías que los ingleses les han dado.

-Perdone que le cambie de conversación, lo invito a que se quede en el almuerzo.

-¡Oh, Herr Schnitzler! No se moleste, hemos comido en el cuartel.

-Al menos acepte la cortesía de la casa.

-¡Por favor Herr Schnitzler!

-Acompañeme- insistió Joseph.

Joseph dejó la sala y salió hacia la galería exterior, había allí un juego de sillas y una mesa de jardín, los uniformados se sentaron, a la vez que el anfitrión tocaba un cencerillo y se hizo presente Constantino que ya había retornado.

-¿Me llamaba Herr Schnitzler?

- Sí, trae seis vasos y una botella con el vino más añejado y un jamón con aceitunas aceitunas y un queso.

-Sí, Capitán.

Minutos más tarde regresó el edecán de Schnitzler trayendo una mesa con ruedas cubierta con un mantel de lienzo con los recipientes requeridos de vidrio fino y carísimo, la botella conteniendo un vino francés de alta calidad, en su etiqueta podía leerse "cosecha 1929", el embutido, el producto lácteo, el fruto de olivo, un pan y un cuchillo con mango de nácar.

Al tiempo que Constantino servía, Joseph le preguntó:

-¿Qué has cocinado para hoy?

- Trucha marrón asada al horno, acompañada con papas, jengibre, orégano, aceitunas negras y una salsa a base de setas, tomates y cebollinas.

- ¡Mmmm! Se verá apetecible-manifestó Joseph frotándose las manos.

- Si usted lo dice; ayer por la tarde fui de pesca y saqué el salmónido, usted hubiera visto la manera en que resistía- comentó Constantino.

- ¡Qué bueno! Oiga soldado: ¿han traído la publicación?

- Sí, enseguida se lo traigo, Herr Schnitzler.

Pasaron algunos segundos, Constantino entregó el periódico a su Capitán, en la portada se leía: "Hitler hará anuncios sobre Danzig en el Festival Anual de la Cultura Aria y del Agricultor". "Preocupación en Francia e Inglaterra ante la escalada de la carrera armamentista en Alemania". "El Primer Ministro inglés, Lord Chamberlain sostuvo sentirse todavía irritado". "El Presidente de los Estados Unidos de América del Norte, Franklin Delano Roosevelt declaró que su país no se involucrará en caso que se desate un conflicto en Europa."

Oscureció, Joseph Frederick Schnitzler y su escuadrón de infantería motorizada se unieron al resto de las tropas en Núrenberg; la multitud reunida portaba banderas

del Tercer Reich y los muchachos de las Juventudes hitlerianas sostenían estandartes, mientras que el imponente desfile de las SS y la Wehrmacht en su esplendor demostraba que el Tercer Reich de los Mil Años tenía la capacidad de dominar a un continente.

Una vez que pasaron los vehículos blindados, las unidades Panzer y los aviones "Stuka" haciendo sus acrobacias por el aire, apareció una columna de armados hasta los dientes, seguida por diez motociclistas y detrás de ellos tres automóviles Mercedes Benz modelo 1939 descapotables, en uno de ellos iba Hitler con sus colaboradores cercanos: Himmler y Heydrich, Jefes de las SS y GESTAPO, Herman Göring, en el segundo iba Joseph Goebbels, Ministro de Ilustración y Propaganda con su familia y en el otro los generales del Alto Mando. Tras recorrer la amplia calle, el Führer descendió del coche con sus allegados, saludando a la muchedumbre que no lo dejaba avanzar y protegido soldados de la división Liebstandarte de las SS y de la Wehrmacht subió a un escenario en el que flameaban las banderas rojas con la cruz esvástica.

En ese instante se hicieron presentes tres integrantes de las Juventudes Hitlerianas trayendo un baúl en el que se veían varios compendios de libros y partituras, uno de los jóvenes roció con gasoil y arrojó un fósforo, produciendo una paulatina quemazón, los que estaban allí retrocedieron debido a la voracidad de las llamas; las pavesas se dispersaban por doquier.

Concluida la incineración, Hitler habló a la ciudadanía:

-¡Ciudadanos del Tercer Reich! Estamos aquí en Núrenberg para conmemorar un año más de aquellos que forjan el futuro trabajando la tierra y de la grandeza de la raza aria, que es la llama que mantendrá vivo al Tercer Reich, pero hay otra cosa importante que debo deciros: Danzig, la ciudad arrebatada por los polacos, cuyos habitantes hablan la lengua germana y tienen costumbres de Alemania, nos pertenecerá desde ahora.

Los concurrentes gritaron exaltados vitoreando a su Caudillo. Los meses sucesivos a esta proclama hicieron aumentarlas evidencias de que se avecinaba una contienda bélica en Europa.

El compromiso de matrimonio entre Joseph Frederick Schnitzler y Penélope Margot Eiffler se disolvió el 15 de agosto de 1939. Fue esa mañana cuando Joseph fue visitar a su prometida y se percató de la presencia de un automóvil Ford Coupé 1937 negro estacionado al frente de la edificación de Penélope; cautelosamente ingresó a la construcción con pistola Walther en mano, busco por toda la casa al intruso y alcanzó a oír un agudo jadeo proveniente de una de las habitaciones. Sin hacer el mínimo ruido caminó con su arma, convencido de lo que estaba

aconteciendo, cuando quiso abrir la puerta, se dio con que estaba cerrada con llaves y de un disparo rompió la cerradura, un grito se oyó del otro lado, una vez que pudo entrar Joseph vio a Penélope tapada con las sábanas de la cama y a su compañero tratando de ponerse el calzoncillo.

Schnitzler tuvo una sensación de asco, furia y desengaño y sacó a envites al amante de su novia, ella gritaba como una loca tratando de dar explicaciones, pero el oficial se alejó de allí.

Durante la noche del 23 de agosto, Alemania y Rusia llegaron a un acuerdo sobre las modalidades de un pacto de No agresión que comprendía dos partes: La primera fue publicada de inmediato y la segunda quedó en secreto.

Capítulo 3

Cumpleaños

Firmado el acuerdo germano-soviético, Hitler tenía el campo libre para atacar a Polonia hasta la antigua línea fronteriza de Rusia. Sin duda creía en aquel entonces que hecho el tratado obligaría a las democracias a aceptar un nuevo y humillante Munich, a expensas de los polacos, aunque no imaginaba la reacción de éstos. Sin embargo, funcionarios británicos explicaron que la cumbre germano-rusa no afectaba las relaciones entre Gran Bretaña y Polonia, y Francia confirmó que respetaría las obligaciones contraídas en el Este europeo. Transcurrieron tres días de la convención, el 26 de agosto, Joseph Frederick Schnitzler cumplió treinta y cuatro años, y como todo aniversario fue celebrado en su casa de crianza de Hamburgo, porque él fue criado desde bebé por la familia que le dio el apellido.

La propiedad de los Schnitzler era de dos pisos, blanca con balcones, tejado de chapa remachada, con dos gárgolas adornadas por esculturas de criaturas de los infiernos, tres hectáreas de terreno, tenía un huerto con todas las especies de plantas conocidas, desde los frondosos helechos hasta gigantes eucaliptos, un estanque donde nadaban cisnes de cuello blanco, patos Pekín y gansos Toulouse; bajo la sombra de un olivo, pendía de una gruesa rama una hamaca, el césped emparejado y se percibía el suave perfume de las rosas blancas, rojas y púrpuras, claveles de variados colores, crisantemos, gladiolos y dalias, encantado por el zumbido de las abejas, el vuelo de otros insectos y colibríes y el armonioso canto de los pájaros.

Al festejo concurren sus dos hermanos con sus esposas e hijos, el Coronel Víctor König y el Teniente Herman Wagner, que era como un hermano para Joseph, porque se criaron desde pequeños y porque la madre de Herman amamantó al hijo adoptivo de los Schnitzler.

Herman Wagner era un individuo de unos treinta y cuatro años, pelo rubio, ojos verdes de fuerte mirada, viudo y sin hija desde 1936 como consecuencia de una epidemia de Peste Bubónica que azotó la ciudad de Colonia.

En esa ocasión sirvieron aves asadas al horno, sazonadas con jengibre, orégano, cilantro, perejil y aceitunas negras, con vegetales verdes y otras hortalizas; la bebida consistía en vinos finos añejados de procedencia francesa y refresco para los niños, todos comían, hablaban y reían, mientras se escuchaban las canciones de moda en el fonógrafo.

Una vez que almorzaron vino el personal doméstico trayendo una torta prolijamente decorada sobre una mesa rodante con mantel de coco blanco, dos baldes con botellas bien heladas de champagne y copas del más costoso cristal.

-Muchas gracias- fue el reconocimiento de Joseph.

-No tienes por qué, hijo- le contestó Erwin, un sexagenario hombre de cabellos grises y ojos verdes, mientras se servía una copa con champagne- los miembros de esta familia tienen su fiesta Joseph estaba sentado en un confortable sillón de bambú, junto a sus tres sobrinos: Karen, Esmeralda y Vincent. Las niñas tenían sus cabellos rubios peinados con bucles y el niño tenía su pelo negro; una de las sobrinas, Karen, era hija de Louis, hermano de crianza de Joseph que siguió al frente de la fábrica de aceites fundada por su abuelo, en tanto que Esmeralda y Vincent eran hijos de Eric, que se dedicaba a las leyes.

Se abrieron los regalos: una bufanda tejida con lana de oveja y un reloj de bolsillo enchapado en oro.

No concluía de desenvolver el último obsequio, cuando Emma, Ama de Llaves y nodriza de Joseph, una mujer de unos cincuenta y cinco años de edad, cabellos rubios, peinada con rodete y que lucía un vestido azul escotado con cuello blanco bordado entregó un paquete a Joseph Schnitzler.

-¿Quién ha traído esto?!- inquirió Erwin observando inmutablemente a Emma.

-Un joven me lo dio- respondió ella.

-¿No te das cuenta del problema que puede acarrear?- le regañó Erwin.

- Está bien padre, no volverá a ocurrir- intervino Joseph.

-Tenga cuidado Capitán Schnitzler- le alertó König- puede tratarse de alguna trampa bolchevique.

-¿Y por qué uno de ellos habría de odiarme?- quiso saber Joseph.

-Recuerde lo de Austria, puede que alguien haya quedado con la intención de vengarse- sostuvo König.

-Tiene razón Herr König- afirmó Joseph- veamos lo que contiene; salgan todos es preventivo lo que hago -Ten precaución- señaló Erwin desesperado.

Salieron todos los familiares al vergel, María Teresa, madre adoptiva de Joseph y prima de Emma se puso a rezar un Padrenuestro. Ella era una veterana estatura normal, delgada, de cabellos rubios que se tornaban grises, ojos celestes, facciones bien conservadas; llevaba puesto un vestido rosa floreado de mangas cortas y zapatos negros.

Cuidadosamente Joseph rompió el bulto, con él permanecían Herman Wagner y König. Los tres oficiales suspiraron aliviados al constatar que era sólo un bálsamo

que traía una nota consigo; Herman hizo entrar de nuevo a la familia de Joseph.

Joseph leyó en silencio la hoja escrita:

“Querido Joseph: no quiero que malinterpretes, pero no pude evitar enviarte este humilde presente como signo de remordimiento que me aqueja por haberte defraudado.

Reconozco que actué como una frígida contigo, negándote mi cuerpo y se lo entregué a otro que no me correspondía, pero quiero que me des una oportunidad y comencemos de nuevo esta relación.

Al que encontraste esa mañana lo fusiló un pelotón de las SS junto a otros hombres que se reunían en orgías homosexuales y además era traficante de drogas y alucinógenos. Ahora estoy sola y no tengo a una persona en mi vida.

No quiero seguir cansándote, felicidades en tu día Penélope Margot Eiffler.-“

A Joseph le vino a su reminiscencia lo ocurrido esa mañana del 15 de agosto, abolló con su mano izquierda el papel y con ira arrojó el frasco con la fragancia contra la pared, rompiéndola en mil pedazos, los que estaban allí quedaron turbados.

-Bueno...¿qué les parece si vamos a dar una caminata por el parque?-

invitó Erwin para poner paños fríos a la cuestión. La intransigencia de Joseph había dejado angustiado a Erwin, era inusual que su hijastro actuara de esa forma, pero comprendía los motivos.

La tos no lo dejaba en paz a Erwin, su hijo mayor Louis le daba palmadas por la espalda, al tiempo que le reprochaba:

-Es esa condenada pipa, el doctor te lo ha dicho hasta el cansancio que dejes ese tabaco.

Erwin no atinó a responder, una vez que se calmó dijo:

-Ustedes que están en la Wehrmacht y en la política del Führer ¿Habrà guerra? - ¿Qué te hace pensar que pueda ocurrir eso?- le preguntó Joseph -Es que últimamente las noticias son poco alentadoras: declaraciones de ministros, anexión de territorios, pactos de no agresión y un sinnúmero de acontecimientos conllevan a un desenlace fatal.

-Deja de prestarle atención a esos viejos socialdemócratas que se la pasan todo el día bebiendo cerveza, divagando y rascándose las pelotas- le respondió Joseph.

-Herr Schnitzler- intervino König- el Führer no tiene deseos de iniciar hostilidades, se trata simplemente de recuperar jurisdicciones que por ley corresponden al Tercer Reich.

Siguieron caminando hasta llegar a una cabaña construida en un algarrobo.

-Disculpen señores, debo hablar con mi hijo. Con permiso- se disculpó Erwin.

Erwin llevó a Joseph hasta un galpón de estilo barroco.

-Abre el portón- fue la directiva de Erwin.

Al hacerlo, Joseph quedó maravillado al ver un Mercedes Benz 230 w 153 1939 color azul noche, capota negra y las banderas del Tercer Reich, el oficial miraba al vehículo por todas partes.

-¿Qué opinas?- preguntó Erwin con ansiedad.

-Superaste mis expectativas, pensé que podría tratarse de algún potrillo.

-Invertí suficiente dinero en este coche, lo obtuve en una subasta judicial el mes pasado, está prácticamente sin uso.

-Alguien que habrá debido dinero.

- Toma las llaves y fíjate en su interior.

Joseph subió al automóvil, por dentro tenía asientos tapizados de gris oscuro, lo puso en contacto y en escasos minutos su motor marchó, las luces delanteras y traseras se encendieron, probó los limpiaparabrisas y la capota, sintonizó la radio y tocó la bocina; todo parecía funcionar perfectamente, por lo que el Capitán no dejaba de gratificar.

-Gracias papá, es un presente que recordaré.

Y diciendo esto, abrazó al hombre que lo tomó por hijo aquella mañana veraniega de 1905, cuando apenas tenía días de vida.

-Pensar que Wolfgang te halló en medio de una plantación de girasoles- recordó Erwin- fue la jornada más calurosa de 1905, dejé a Emma con su bebé y a tu madre bajo el cuidado de Gertrudis y Tomás; cuando llegué a la propiedad venía Wolfgang trayendo a un pequeño envuelto en harapos que no cesaba con sus llantos y ahora lo tengo al lado mío hecho un hombre y con rango de Capitán de la Wehrmacht.

Hubo un silencio, hasta que Erwin dijo:

-Regresemos a casa, Capitán Schnitzler.

Cuando volvieron estaba en la residencia un fotógrafo de gruesos bigotes negros y de cabello engominado peinado al medio.

-Este señor nos tomará una fotografía- explicó María Teresa.

-Bueno, salgamos al parque ¿les parece?- propuso Joseph.

Y así lo hicieron.

Una hora más tarde, el Coronel König se fue de allí reconfortado por las atenciones recibidas, en tanto que Joseph se quedó hasta el amanecer del día siguiente.

Capítulo 4

Orden de invasión

A las 20 horas del 31 de agosto con la clave “La abuela ha muerto” soldados de las SS al mando de Alfred Helmut Naujocks, fueron enviados a la zona de Glewitz disfrazados con uniformes y armas de reglamento polaco y reduciendo a mansalva al personal que trabajaba en la emisora, leyeron un pronunciamiento y se alejaron de allí, con la excusa de comenzar el clima hostil de la guerra. Eran las 22:15 de esa noche, Joseph Frederick Schnitzler se hallaba en su palacete gozando de la compañía de Milena Katrina Braum. Ella era una mujer de unos veintitrés años, de cuerpo bien moldeado, pechos redondos y un trasero espectacular, su cabellera negra le llegaba hasta la cintura y sus ojos verdes que cambiaban de tonalidad según las condiciones meteorológicas. Conocía a Joseph hacía pocos días al finalizar una función de teatro, era actriz y sentía una encendida pasión por aquel hombre que la superaba en nueve años. Joseph y Milena se encontraba en el comedor saboreando de unos jamones con queso, aceitunas verdes, un pan casero y un vino Cabernet Sauvignon. La sala ocho sillas con tapiz rojo, había una salamandra que funcionaba a leña, un armario con la más delicada vajilla de porcelana, loza y otro con utensilios de plata y cubiertos de alpaca, del techo pendía un ventilador de enormes aspas con luces de candelabro que hacían un sonido molesto, los ventanales permanecían abiertos y en las paredes se advertían cuadros de la familia, a la vez que oían Para Elisa, de Ludwig Van Beethoven.

-Me agrada estar contigo- le manifestó Milena.

-También a mí, especialmente cuando hacemos el amor.

-Eres lo mejor que me ha sucedido en la vida-confesó ella.

-¿Por qué lo dices?- quiso saber Joseph admirado.

-Mi existencia ha sido desordenada desde los quince años. Perdí a mi padre en invierno, era ingeniero agrimensor y en tiempos libres se dedicaba a ser alpinista esa

vez cuando escalaba los Alpes con otros amigos, una avalancha de nieve los tapó a todos y murieron congelados; al año y medio mi madre conoció a un matarife de origen austriaco, rudo y pendenciero, se embriagaba por las noches y castigaba a mamá todas las noches y a mí me amenazaba de abusar, hasta que un día ella no pudo tolerar seguir siendo ultrajada se colgó de un árbol, mientras que yo, impidiendo que el insignificante cerdo que vivía bajo el mismo techo me hiciera daño, logré escapar y me refugié hasta los dieciocho años en el convento de las Carmelitas Descalzas, tiempo más tarde me contó la Madre Superiora que mi padrastro fue encontrado en estado de putrefacción a orillas del río con un hacha enterrado en su cabeza.

-¿Dónde vivías?

-En Baviera.

Mientras tanto, hacía su llegada un Mercedes Benz 1939 descapotable negro escoltado por tres motociclistas que venían en una Zundapp con los colores de la Wehrmacht; los guardias de Joseph Schnitzler hicieron ingresar al contingente.

-¿Buscan a Herr Schnitzler?- fue la pregunta del centinela.

-Así es, quiero verlo, es urgente- contestó el recién llegado que tenía el uniforme con condecoraciones de general del Heer.

El subalterno llamado Augusto Von Trapp, pertenecía a la división Liebstandarte de las SS, tenía el rango de Teniente; subió en una motocicleta BMW con sidecar y fue hasta el palacete de su jefe. Joseph aún se encontraba en el salón, tenía a Milena tomada de sus manos, de repente alguien golpeó la puerta, el capitán se adelantó y al abrir vio que era Von Trapp.

-¿Qué desea Teniente?

- Herr Knutzen está aquí, sostiene que es menester hablar con usted- contestó Von Trapp¿Qué habrá sucedido?- interrogó Milena.

-No te alarmes amor. Teniente Von Trapp, ordénele a Constantino Von Heidegger apronte mi uniforme y haga aguardar al general Knutzen en el cuarto de invitados.

-Sí, Herr Schnitzler.

-¿Qué hago yo, amor?- averiguó Milena.

-Ven conmigo a la habitación y vístete.

-Te amo Joseph Frederick Schnitzler.

-Yo también.

Con estos dichos se dieron un beso.

-Llévame a la cama para hacer el amor- le pidió Milena.

-Imposible.

Joseph y Milena fueron al aposento, ella acarició el robusto y lampiño pecho de su querido, en ese instante Constantino llamó para ingresar, venía con el uniforme planchado y las botas recientemente lustradas.

Una vez que se pusieron sus vestiduras volvieron a mimarse, Constantino espiaba por debajo del picaporte, pensando para sí:

-“¿Cuándo será el día en que esté con mi capitán? Siempre con esas mujerzuelas que se le cruzan”.

Evitando ser visto por los demás soldados, por temor a que sospecharan de su sexualidad, Constantino se marchó de allí descendiendo cautelosamente por los peldaños.

Joseph y Katrina abandonaron la alcoba, él vestía el uniforme de Capitán de la Wehrmacht, a su vez ella tenía un vestido verde claro de mangas cortas y sandalias, pelo peinado con una trenza, ambos bajaron por las escaleras en forma de caracol.

Cuando entraron al recinto se hallaban Knutzen con un sargento y un subteniente de la Wehrmacht, a continuación se acomodaron en los asientos.

-Herr Knutzen, es un beneplácito tenerlo aquí en mi casa- manifestó José- le presento a mi novia, Milena Katrina Braum.

-Un honor señorita- dijo Knutzen besándole la mano.

-Igualmente- contestó ella.

-Haré que les sirvan algo fresco- decidió Joseph.

Y dicho esto hizo sonar una campanilla y se presentó Constantino.

-¿Sí, Herr Schnitzler?

-Traiga gaseosa para todos.

-Sí, Herr Capitán.

Diez minutos más tarde apareció Constantino trayendo los refrescos, al tiempo que Knutzen se desabrochaba el cuello de sus ropas, a pesar que el ambiente estaba ventilado, una tormenta se avecinaba.

-¿Qué noticias trae, Herr Knutzen?

-Los polacos acaban de abatir a los operarios de una emisora en Glewitz.

-¡Malditos!- exclamó Joseph enfurecido cerrando su puño- no lograrán salirse con la de ellos.

-Siempre usted dispuesto a dar su vida por la causa del Tercer Reich- fue la observación de Knutzen

- ¿A qué hora ocurrió el incidente?

- Hace dos horas con cuarenta y cinco minutos, Herr Schnitzler, es por eso que debemos considerarlo como provocación y por haberse destacado en la ocupación de Austria ha sido elegido para ir a Polonia

-Pensé que las tropas habrían sido enviadas.

-Está en lo cierto Capitán, pero ha sido una decisión de último momento.

-Permítame unos minutos- fue la respuesta de Joseph.

Joseph Schnitzler fue hasta la puerta, había guardias apostados allí -Sargento, me voy a la guarnición, reúna a todo el pelotón suyo, preparen las unidades Panzer, carguen combustible a los camiones y demás vehículos vuelvo dentro de media hora; la señorita Braum se quedará aquí, respétenla y háganle caso como a mí.

-Sí, Herr Schnitzler.

Luego llamó a Von Trapp y a Constantino:

-Señores, nos vamos a Polonia, acondicionen las unidades de combate, que regreso pronto.

Sin tardar, Joseph Schnitzler y Knutzen marcharon a la fortificación, el mal tiempo amenazaba; al llegar al bastión el Capitán Schnitzler entró a las habitaciones de los soldados con megáfono en mano:

-¡Arriba infelices de mierda! ¡Cobardes dormilones!

De inmediato los soldados se levantaron de las camas y se pusieron uno al lado del otro, haciendo el típico saludo al Führer.

-¡A mover sus trastes, sarta de holgazanes! ¡Tienen una hora y media para acondicionar todo, el momento esperado por todos ha llegado!.

¡Vamos! ¡Parecen señoritas!

Lo que se vivía era un amplio operativo para una acción bélica:

soldados que cargaban cajones con municiones y armamentos en camiones Mercedes Benz y Büssing-Nag, cañones que eran montados en otros vehículos, tanques que salían, soldados que comenzaban a subir en los coches de asalto.

Súbitamente se desató la furia de la naturaleza, los truenos provocaban pánico, el viento del sudoeste soplabla con su bravura, pese a ello no era obstáculo para continuar.

Antes de marchar, se efectuó el cambio de guardia en la casa de Joseph Schnitzler, el capitán se despidió de Milena que permanecía sentada en los sillones de la galería externa con su cabello suelto.

-Cuídate Milena, una vez que me instale en Polonia te escribiré para que vayas y te cases conmigo.

Ella al oír eso sintió gozo y besó con fuerzas a Joseph.

-¿Me lo dices en serio?- le preguntó ella.

-Claro, tú serás mi esposa.

-Te amo Joseph.

-Aguarda un instante.

Joseph fue al comedor y descolgó de la pared una fotografía de él junto a sus soldados frente a un camión en Viena, le sacó un poco el polvillo y se la entregó a su amada.

-Consérvala.

Ella por su parte sacó de su corpiño una foto suya y se la dio a Joseph.

-Prométeme ser fiel- le pidió Milena.

-Así será- y se besaron por última oportunidad.

En ese instante vino Von Trapp y le dijo:

-Capitán, estamos esperándolo.

-Ya salimos, Teniente.

Milena quedó sentada, agitando su mano derecha y mirando detenidamente a Joseph que se iba en su Mercedes Benz junto a los suyos.

Capítulo 5

La invasión

El 1º de setiembre de 1939 fue el inicio de una pesadilla que habría de prolongarse por seis años; si bien Hitler no consiguió el objetivo que su imperio se prolongue por diez siglos, como se sostenía, fueron tiempos duros y angustiantes para Europa donde cundían la intolerancia, el desarraigo, la hambruna, la miseria, la desolación la muerte...seis años que fueron como centurias.

El 1º de setiembre a las 04:45 a.m. la Wehrmacht cruzó la frontera polaca con su fulminante operación "Guerra relámpago", los vehículos blindados de los invasores maniobraban en conjunto y en estrecho contacto con los Stuka bombarderos en picado que apoyaban eficazmente a las fuerzas terrestres con ataques precisos y enfáticos. Las brechas abiertas en el frente enemigo eran aprovechadas y las divisiones de asalto penetraban por ella seguidas por la infantería motorizada; emprendían luego veloz carrera por los flancos hasta la retaguardia del grueso de la defensa de sus oponentes, cercándolos, aniquilándolos o capturándolos. Otros aviones sembraban la confusión mediante incursiones por el cielo enemigo arrasando aeródromos, vías de comunicación e industrias, algunos pobladores buscaban huir, pero el caos era indescriptible. La brava pero reducida aviación polaca se enfrentó a la poderosa Luftwaffe y los jinetes de Pomorska se lanzaron a punta de lanza y con fusiles viejos contra aquella maquinaria apocalíptica y sofisticada, para ser diezmados. Polonia era un país de grandes pero limitadas llanuras y le era favorable a la Wehrmacht realizar el desplazamiento. En Alemania, las radios difundían minuto a minuto las noticias, diciendo que su territorio había sido violado y que las minorías germanas en Polonia sufrían masacres, situación que había obligado al ejército intervenir. También se decía que el Tercer Reich no pretendía declarar la guerra, sino que se trataba de una expedición de castigo.

La respuesta de las dos potencias vencedoras europeas de la Gran Guerra no se demoró, Francia y Gran Bretaña enviaron un ultimátum al Führer para el cese rápido de las acciones bélicas y la evacuación de las regiones ocupadas. El británico expiraba el 3 de setiembre a las 11:00 a.m. y el francés a las 5:00 p.m. Las horas transcurrieron, Alemania estaba en conflicto con las potencias occidentales y se iniciaba de esta forma la Segunda Guerra Mundial. Antes del mes, la resistencia polaca sucumbió quebrantada por una serie de cercos, bolsas masivas y batallas de destrucción radical. Era el 27 de setiembre y Cracovia caía en poder de los teutones que entraban triunfantes y se adueñaban de los

sectores residenciales para el asentamiento de sus tropas; los últimos y desesperados focos de tenacidad concluyeron el 6 de octubre, cuando se dio finalizada la campaña.

La parálisis del ejército francés había permitido a Hitler luchar en un frente, mientras que en el común de la gente se extendían las corrientes de ideas opuestas a un enfrentamiento militar por salvar a Polonia. En esos días, Hitler llamó a negociar la paz, con el deseo de consolidar la conquista polaca, pero la oferta fue rechazada en forma categórica por Francia e Inglaterra. Desde ese instante las presiones del dictador austriaco sobre sus Generales para atacar a Francia se tornaron abrumadoras, convencido que el tiempo jugaba en su contra y de que una liquidación rápida del frente evitaría la extensión del problema a la gran potencia extra europea: Estados Unidos.

Con el correr de los días, Joseph Frederick Schnitzler y Herman Wagner fueron ascendidos al rango de Mayor, y Capitán, por su parte Víctor König fue promovido a General, algunos hombres del escuadrón de Joseph Schnitzler tuvieron ascensos, Constantino se sentía contento por ser un Cabo.

La ocupación de Polonia fue seguida de constantes abusos contra la población judía, simultáneamente se reprimía a los cuadros culturales del país por medio de operaciones de liquidación selectiva de los sectores más amplios de la sociedad, labor llevada a cabo por los grupos especiales de acción de las SS.

Los excesos cometidos por las SS despertaron malestar en algunas fracciones de la oficialidad de la Wehrmacht, para quienes los malos tratos a civiles, la ejecución de cautivos o la destrucción de bienes resultaban desmoralizadores por sus subordinados, pero Hitler neutralizó de inmediato el asunto.

Las medidas contra los judíos resultaron confusas en las primeras semanas.

A finales de setiembre, Heydrich, uno de los principales jefes de los Servicios de Seguridad, había dado directrices de concentrar a los judíos en Cracovia.

La deportación era tema fundamental, que implicaba el arribo habitantes de procedencia germánica nacidos en los países bálticos para radicarse en Wartherland, la región polaca incorporada a Alemania. A su vez Hitler comunicaba que era necesario llevar a los hebreos a la zona situada más allá del Vístula, y se exigió a Hans Frank, jefe del Gobierno General, la admisión de miles de judíos desplazados, ante lo que el dirigente germánico se mostró inquieto, señalando que era inverosímil fiscalizar y sustentar a esa muchedumbre y que sería de

mal gusto ver el área de su administración atestado de esa gente. Tal como se lo había asegurado, Joseph redactó una esquila a su prometida Milena Katrina Braum:

“Cracovia, 13 de octubre de 1939

Amada Milena: hace prácticamente un mes y medio que estoy aquí en Cracovia y no te echo de menos, necesito sentir de cerca el calor de tu cuerpo, tu fresco aliento y tu cálida sonrisa; como te lo adelanté antes de partir, te escribo para decirte que puedes venir a Polonia así nos casamos, te pido tengas precaución en la carretera, porque los controles que se hacen son estrictos, en todo caso argumenta que eres mi esposa.

Gracias a Dios y a nuestra Wehrmacht, la operación resultó ser un triunfo, costó acabar con algunos vestigios, pero la situación está bajo vigilancia.

Días atrás fui ascendido a la jerarquía de Mayor y me siento contento por eso. Bueno Milena mía me voy despidiendo, estaré expectante de tu presencia.

Te amo.

Joseph Frederick Schnitzler.-“

El Mayor introdujo el escrito en un sobre lacrado y envió a uno de los soldados al correo, se sentía ávido y deseaba que todo ocurriera de inmediato.

Como se sentía agotado por las tensiones vividas con anterioridad, Joseph consideró que era bueno recostarse para relajarse aunque sea por media hora, pero el sueño lo venció; era alrededor de las 16:15 cuando fue a su recova, el cansancio era tal, que tenía la sensación de haber recibido una tunda.

Su letargo fue interrumpido por uno de sus lugartenientes de mayor confianza de apellido Holzner, Capitán de la Wehrmacht, no llegaba a los cuarenta años, cabellos rojizos y ojos azules; venía con tres soldados provistos de ametralladoras MG 15 y mochilas, uno de ellos traía un cachorro de perro Pastor alemán de unos nueve meses de vida, orejas bien paradas, atado de una cadena, collar marrón y un bozal.

El subalterno despertó a Joseph, quien quedó sobresaltado.

-Tranquilo Mayor, soy el Capitán Holzner, vengo a traerle un obsequio- respondió desde el otro lado el adepto de Joseph.

Schnitzler se levantó de a poco, y una vez que abrió la puerta vio a sus leales con el Ovejero, al verlo quedó maravillado y se acercó para acariciarlo.

-Le recomiendo no quitarle el bozal, de lo contrario se quedará sin mano- advirtió Holzner.

-¿De dónde lo sacaron?

-De un galpón abandonado- fue la respuesta del Capitán Holzner- póngale nombre, es suyo.

-Bien, llévenlo al veterinario para que lo examine y lo sedé por unas horas, después que se calme lo bañan y le dan de comer la mejor carne que consigan en la despensa; lo bautizaré como “Anubis”, en alusión a sus orejas.

-Sí, Herr Schnitzler.

Joseph miró la hora en su reloj de bolsillo y exclamó:

-¡Por todos los Santos Inocentes! He dormido como un oso pardo, tenemos que acompañar en el patrullaje a los de las SS, diré a Constantino que haga cargar gasoil a mi automóvil.

Quince minutos más tarde, Joseph Frederick Schnitzler, el Capitán Holzner y un escuadrón motorizado de treinta efectivos de la Wehrmacht, sumado a otro compuesto por setenta soldados de la división “Liebstandarte” de las SS que se movilizaban en camiones Steyr, en SdKfz 251, camiones Mercedes Benz, una motocicleta Zundapp con sidecar y dos automóviles Mercedes Benz modelo 1938 descapotables, salieron a recorrer un barrio de Cracovia para hacer un rastillaje para verificar si quedaba algún rastro de resistencia.

Al pasar por una de las arterias, los teutones fueron agredidos por tres tipos que les lanzaron proyectiles de fragmentos de escombros, los soldados de las SS respondieron matándolos sin piedad y continuaron con su trayecto.

Milena no se hizo esperar, a los tres días de recibir la correspondencia, se asesoró sobre el sitio de asentamiento de las fuerzas de ocupación en Cracovia y viajó rumbo a la capital polaca en el Mercedes Benz Nurburg 1936 que pertenecía a Joseph, junto a “Ludmila”, su perra Rott Weiller, los caminos estaban congestionados y en cada pueblo las SS realizaban operativos de rigor.

A medida que esto acontecía, se creaban los guetos, tanto en jurisdicción del Gobierno General como en las regiones anexadas, unos verdaderos monumentos a la exclusión social.

Joseph Frederick Schnitzler se hallaba desayunando con Holzner, Constantino, Von Trapp, Hans Frank y otros oficiales de las SS, cuando hizo su arribo Milena Katrina Braum; un sargento al servicio de Schnitzler escoltó a la dama hasta un pasillo, en una habitación adyacente funcionaba una oficina administrativa de las SS y podía verse a soldados escribiendo a máquina.

El suboficial entró al refectorio, Joseph dialogaba con los demás presentes, Holzner al ver al sargento, le preguntó:

-¿Qué ocurre sargento?

-Una mujer llamada Milena Katrina Braum busca a Herr Schnitzler.

-Con permiso señores- dijo Joseph yéndose.

Constantino hizo un soplido que le levantó el flequillo, deseaba pertenecerle a su querido Mayor, y para que los otros no se percatasen de su condición, retiró su casco y se fue de allí.

Joseph fue a encontrarse con Milena, ella lo aguardaba sentada en un diván existente en el corredor, junto a “Ludmila” y un pesado equipaje; al verla caminó rápido hacia ella, la abrazó y besó con pasión, hacía dos meses que no se veían.

-Te extrañé muchísimo Joseph Frederick Schnitzler.

-También yo a ti.

- Vine porque quiero estar contigo.

- Lo sé ¿cómo has estado?

- Nerviosa, orando todos los días.

-Y pensar que en cierta ocasión me dijiste que no creías en esas cosas.

-Es que temía por ti.

-Gracias a Dios no nos ha ocurrido cosas graves.

-¿Por cuánto tiempo estarás en Cracovia?

-Sólo Dios lo sabe.

-Te amo Joseph.

-Igualmente yo, es por eso que te hice venir, para que nos casemos lo antes posible.

Y se acariciaron, se asemejaban a impúberes enamorados.

Tres días más tarde, Joseph Frederick Schnitzler y Milena Braum contrajeron nupcias en la Catedral de Cracovia, el matrimonio era unido, la esposa del oficial seducía con su dulce voz a las fuerzas alemanas acantonadas en Cracovia, interpretando una especie de ópera, mezclada con música de moda a “Sor Catalina”, una monja carmelita que sufría eternamente por su novio que fue al frente de batalla y jamás regresó.

En noviembre de ese año, los judíos mayores de doce años fueron obligados a llevar un brazalete con la Estrella de David; días más tarde no se les permitió circular durante la noche, cambiaran de residencia y utilizaran el tren sin autorización. El 28 de ese mes se creó la autoridad que habría de regir los guetos, un Judenrat ó Consejo Judío, compuesto por personas influyentes de la sociedad, fueran rabinos, encargados de hospitales u orfanatos.

Dado el hacinamiento en esos nefastos complejos de aislamiento social, las epidemias comenzaron a castigar, sumada la hambruna, las escasas condiciones sanitarias y la falta de agua corriente.

A inicios de 1940 Milena quedó encinta, la novedad agradó a su esposo, quien le pidió ir hacia Hamburgo para esperar al bebé.

En la noche del 2 al 3 de abril de 1940 los primeros navíos de guerra y transporte zarparon de los puertos alemanes con órdenes de atacar durante la noche del 9 de ese mes, la incursión fue arriesgada debido a la superioridad marítima de los aliados, pero finalmente fue contrarrestada por el dominio aéreo de la Luftwaffe. La familia real y el gobierno noruego se exiliaron a Inglaterra.

Simultáneamente a la ofensiva de Noruega, la Wehrmacht penetró en Dinamarca sin encontrar oposición alguna.

Una vez consumada la cuestión escandinava, Hitler volvió a ofrecer una paz basada en la ratificación de sus conquistas y la satisfacción de sus aspiraciones coloniales, que fue palabrería radiofónica.

La línea Maginot tenía un punto débil: una Bélgica neutral basada en la idea de su “no intervención” estaría a salvo de la sombra del Águila Imperial Teutona. El 10 de mayo fueron invadidos, sin mediar declaración de guerra por parte de Berlín, países como Bélgica, Holanda y Luxemburgo. Holanda debió capitular el 14 de mayo, tras cuatro días de denodada lucha y la reina Guillermina y su gabinete pudieron refugiarse, a duras penas en Gran Bretaña.

Tras varios días de combates que dejaron debilitados a los aliados y una vez perforada la línea Maginot y la retirada de ingleses, franceses y belgas de las playas de Dunkerque, el camino a París quedó abierto a la Wehrmacht que entró sin obstáculo alguno a la capital gala el 14 de junio de 1940.

Las negociaciones entre Alemania y Francia concluyeron el 25 de junio y se dieron sitio en el mismo vagón restaurante en que se firmara el armisticio germano-francés de la Primera Guerra.

El 10 de julio se iniciaron las acciones aéreas sobre suelo inglés, los propósitos de Hitler fueron en vano, ya que los británicos supieron repeler la agresión aérea y Berlín debió ir retrasando la invasión.

Joseph estaba en París cuando Milena dio a luz a su primogénito, a quien bautizaron con el nombre de Guillermo Frederick Schnitzler. A los cuatro meses del alumbramiento la salud de la madre del niño fue deteriorándose y le descubrieron un tumor cancerígeno en el útero, la agonía de la enferma habría de prolongarse hasta mediados de mayo de 1941 cuando falleció, la difunta fue sepultada en el cementerio de Hamburgo; por su parte el pequeño pasó a estar bajo la tutela de Louis, hermano mayor de Joseph y el celoso cuidado de sus abuelos.

Joseph Frederick Schnitzler pasó a vivir un luto pesado, en su uniforme se ponía una cinta negra como señal de duelo y salía a caminar durante largas horas por las calles parisinas en compañía de su perro "Anubis" y de Constantino.

Capítulo 6

En Wannsee

El conflicto bélico había dado un giro de ciento ochenta grados al producirse la ruptura del pacto de “No agresión” firmado en agosto de 1939.

Incapaz de franquear el Canal de la Mancha y de someter a Gran Bretaña, Hitler-imitando a Napoleón Bonaparte- decidió abrir su campaña

contra Rusia en la operación “Barbarroja” el 22 de junio de 1941. En

los primeros tiempos la Wehrmacht obtuvo una victoria tras otra, pero con el frío riguroso de los rusos y al no disponer de “Cuarteles de invierno”, el poderío alemán fue debilitándose debido a las bajas temperaturas que descendieron a los cuarenta grados bajo cero centígrados, causando bajas considerables en el lado germano.

Sumado a esto, los japoneses desataron el 7 de diciembre de 1941 un feroz asalto sorpresa a la base norteamericana Pearl Harbour del

Océano Pacífico en las islas Hawai, por lo que motivó la intervención de los Estados Unidos de América que hasta entonces estaba neutral.

A finales de 1941, la liquidación de enemigos ideológicos del sistema y judíos se había iniciado máximamente antes de considerar una deportación. Para finales de 1941 las masacres de judíos eran desmedidas y no había legislación vigente, por lo que Heydrich había sido encargado en julio de 1941 de presentar un proyecto global destinado a una salida a la temática judía .

Para ese entonces, Joseph Frederick Schnitzler continuaba con la congoja, los demás lo miraban en silencio y susurraban pues se había convertido en una conducta obsesiva.

Era la mañana del 16 de enero de 1942, Joseph se encontraba en

el merendero del acantonamiento de las tropas alemanas en París, con él estaban Constantino Victorio Von Heidegger, el Capitán Von Trapp,

de la división “Liebstandarte” de las Waffen SS y otros oficiales de

la Wehrmacht comentando las últimas noticias de la contienda bélica; en ese momento vino un muchacho con la ropa de empleado tele postal.

-Con permiso ¿Quién de ustedes es el Coronel Joseph Frederick Schnitzler?

-Soy yo- afirmó Joseph

-Carta de Reinhard Heydrich.

-Gracias.

El trabajador se retiró de allí, José abriendo el sobre, pensó:

-“¿Por qué Heydrich habría de enviarme una correspondencia?”

Joseph leyó el mensaje en silencio:

“Berlín, 26 de diciembre de 1941

Estimado Herr Schnitzler:

Me dirijo a Ud. con la intención de invitarlo a la conferencia que se realizará en Wannsee el 20 de enero del año

entrante, se tratará la delicada cuestión del judío y la implementación de una disposición que permita acabar con dicha problemática

Aprovecho además, que siendo postrimerías de un año y principios de otro, de hacerle llegar mis buenos augurios para 1942.

¡Heil Hitler!

Atentamente

Reinhard Heydrich

ViceReichProtektor de Praga.”

Joseph quedó absorto en pensamientos sosteniendo débilmente el papel escrito.

-¿Qué sucede Coronel?- le interrogó Holzner.

-Nada, sólo que debo ir a Wannsee por un tema que atañe al bienestar del Tercer Reich, agrupe a cien hombres, salimos esta noche.

-Sí, Herr Schnitzler.

Al anoecer partió la comitiva, en medio de una nevisca molesta, seis soldados de la División “Das Reich” de las Waffen SS que conducían dos Kettenkrafrad, dos de la Wehrmacht que conducían dos BMW

Zundapp, tres camiones Steyr con siete soldados de la Wehrmacht y cinco de las Waffen SS, dos Büssing-Nag con efectivos de la división “ReichsfuhrerSS”, tres camiones Opel Blitz, por su parte Joseph iba en su Mercedes Benz con “Anubis”, Von Trapp, Constantino Von Heidegger y el Teniente Coronel Denninger.

Al llegar al sitio mencionado, se veían muchos vehículos de las Waffen SS GESTAPO, ya que allí era lugar de encuentros de los Servicios de Seguridad e Inteligencia del Tercer Reich, la vigilancia era estricta, había soldados con perros Pastor y Rott Weiller, integrantes de las Juventudes hitlerianas, miembros de diferentes ministerios y un Delegado del Gobierno General de Polonia.

La sesión fue inaugurada por Heydrich:

-Señores participantes e invitados: el objetivo de esta reunión es sobre el desplazamiento de los judíos por diversas razones, con el visto bueno del Führer se sustituye la emigración por la evacuación hacia el Este ¿A qué me refiero? Simplemente a once millones de ellos, que involucran a

los que están en Suecia, España y Suiza y los que proceden del Reich y del protectorado de Bohemia y Moravia deben ser trasladados primero a los guettos y por último conducirlos hacia el Este; todo esto llevará a la “Solución Final” de este problema.

El debate fue casi nulo, salvo la exposición de un funcionario:

-Señores: hay una cosa que no me queda en claro y es lo relacionado al asunto de los medio-judíos, y en la forma en que merecen ser tratados, ya que algunos de ellos son hijos de alemanes, pero no son puros.

Una vez debatidos todos los puntos de vista, el encargado de actas leyó:

-“En el barrio Berlínés de Wannsee, capital del Tercer Reich, a los veinte días del mes de enero de mil novecientos cuarenta y dos, habiéndose congregado representantes del partido, de los diversos Ministerios, invitados especiales y delegados de territorios ocupados, luego de varias consideraciones tomando como tema central el asunto Judío se llega a la siguiente conclusión:

1- Los judíos serán transportados hacia el Este, que servirá como puntapié inicial para la “Solución Final”

2- Los medio-judíos tendrán igual consideración que los que son puros, o en último de los casos esterilizados.

3-Todos aquellos que residan en España, Suecia, Suiza, los provenientes del Reich y del Protectorado de Bohemia y Moravia deben ser trasladados a los Guettos para ser últimamente llevados hacia el Este.

Sin haber objeción de naturaleza alguna, la “Solución Final” al problema judío queda aprobada en presencia de todos los asistentes.

Berlín, 20 de enero de 1942”.

Los aplausos colmaron la edificación, seguidamente los concurrentes se hicieron sacar una fotografía al frente de la casa.

Joseph Schnitzler estaba por irse, con él estaban solamente Holzner y Constantino, el resto de su escuadrón había marchado a la fortificación, cuando una joven y bella mujer de unos veinticinco años, cabellos rubios, que vestía un atavío azul, botines negros, saco de cuero curtido de Caimán americano y una gorra negra, con equipos de fotografía consigo, se acercó al Coronel diciéndole:

-Disculpe ¿Es usted el Coronel Joseph Frederick Schnitzler?

-Sí- le respondió él fijando sus ojos azules en ella- ¿En qué puedo servirla?

-Soy Marianne Stephanie Madison, corresponsal de la revista Life de Estados Unidos; he oído hablar sobre usted.

-¿En serio?

-Sí, escúcheme, desearía hacerle una entrevista y tomarle unas fotografías.

-Muy cordial de su parte, pero no me presto para el alarde, además no soy un héroe-y continuó caminando.

Ella insistiendo le suplicó:

-Por favor Coronel.

Joseph dudó unos instantes hasta que finalmente accedió:

-Está bien, pero salgamos de este ambiente cargado de arrogancia.

-¿Qué le parece una cervecería?- sugirió ella.

-Mejor vamos a mi casa, estaremos más tranquilos, no tema ¿en qué vino usted?

-En colectivo, porque al automóvil lo está usando un colega.

-Bueno, espero se anime a ir en un vehículo de un Coronel de la Wehrmacht.

-Estoy en Europa desde el estallido de la guerra

-Entonces en marcha- dijo Joseph.

Stephanie subió al Mercedes Benz junto a Joseph Schnitzler, Holzner, "Anubis", Constantino conducía; al llegar a su estancia, los guardias abrieron el portón e ingresaron por un sendero, la nieve cubría el suelo.

Una vez que estuvieron dentro de la vivienda, Constantino avivó el fuego de la calefacción, Joseph hizo sentar a la reportera en una de las sillas, después llamó a su lugarteniente :

-Prepara dos tazas con café.

-Sí, Herr Schnitzler- fue la contestación de Constantino.

Mientras aguardaban el café, la mujer sacó un cuaderno y una pluma e interrogó a Schnitzler:

-¿Qué perspectivas tiene usted, teniendo en cuenta lo que se está viviendo en estos momentos en Europa?

-Mire, quiero ser sincero: Hitler ha cometido un grandísimo error al invadir Rusia, ha olvidado lo acontecido con Napoleón Bonaparte.

-¿Usted opina que la "Operación Barbarroja" puede ser el principio del fin?

-Siempre he confiado en mi Führer, al igual que millones de alemanes, además hay que darle apoyo moral a la Wehrmacht.

-¿Qué sensación tiene el haber llegado a niveles altos en su trayectoria militar en una edad que cualquiera hubiera sido un oficial de baja categoría?

-Creo que se trata de mérito.

Acabada la conversación, Stephanie sacó varias fotografías a Joseph solo y con sus soldados, así fue surgiendo un vínculo entre Joseph Frederick Schnitzler y la cronista estadounidense.

Tres días después de Wannsee, Joseph Schnitzler fue enviado nuevamente a Cracovia, allí habría de permanecer hasta inicios de mayo de 1943.

El 19 de abril de 1943 se produjo la rebelión de los judíos del guetto de Varsovia, como respuesta a las constantes destierros y muertes causados por las Waffen SS, pese a ello la superioridad del ejército germano logró sofocar a los insurgentes a sangre y fuego; tras ese episodio Joseph Frederick Schnitzler fue ascendido a General de la Wehrmacht y designado a estar de nuevo en Berlín.

Para ese entonces, los rusos habían desencadenado una violenta contraofensiva con un centenar de divisiones nuevas organizadas durante el otoño, haciendo retroceder a la Wehrmacht hacia la región del Viasma.

El cerco hecho por el Ejército Rojo a los alemanes, los dejó sin aprovisionamiento de comida, de esta forma los soviéticos redujeron la bolsa así formada.

El VI Ejército Germánico comandado por el Mariscal Von Paulus había capitulado el 31 de enero de 1943 con apenas cien mil sobrevivientes. En ese oscuro periodo, casi la totalidad de Europa fue consumida, millares de personas perecían asesinadas en campos de concentración, ya sea en los barracones, en las cámaras de gas con la excusa de que iban a recibir una ducha o en el frente de batalla. Las alucinaciones atormentaron a Joseph Frederick Schnitzler después del levantamiento del guetto de Varsovia; el joven jerarca debía retirarse a descansar en su casa de crianza de Hamburgo.

Final de la Primera Parte.-

Segunda parte

Capítulo 1

Convocatoria

Transcurría 1943, las derrotas de Stalingrado en enero de 1943 y del Alamein, África del Norte, sucedida en mayo de 1943, agregándose la entrada de Estados Unidos de Norteamérica en el bando aliado, marcaron el preludio del colapso de un régimen que día a día perdía vitalidad.

En julio, Hitler había lanzado una improcedente ofensiva, exponiendo sus últimas reservas móviles en aquel frente y dejó que los rusos lanzaran un gran asalto de verano. Los rusos eran mejores en número y material a la Wehrmacht, gracias a los abastecimientos americanos y al rendimiento de las fábricas trasladadas a los Urales el primer año del conflicto. Por su parte, los alemanes tenía dificultades en cerrar los cercos y sus acciones revestían un carácter defensivo y su participación no era más que el repetido repliegue de un ejército diezmado, desmoralizado, a pesar de la manipulación propagandística ejercida por Joseph Goebbels. Joseph Frederick Schnitzler vivía desde mayo de 1943 en Berlín, había dejado el luto riguroso estaba de novio con la cronista norteamericana Marianne Stephanie Madison, sin embargo, no dejaba de lado sus paseos durante el crepúsculo que hacía con “Anubis” y Constantino Von Heidegger, quien para ese entonces había consolidado la amistad con su jefe. Era la mañana del 10 de noviembre de 1943, Joseph Frederick Schnitzler, ahora General de la Wehrmacht, fue a la casa que Hitler poseía en los Alpes de Baviera, el sol se asomaba entre las nubes, acababa de llover. Joseph hizo detener su automóvil Mercedes Benz, la única custodia que tenía era Constantino; descendió del vehículo, había allí unos centinelas de las Waffen SS armados con carabinas Kar 98k y con perros Rott Weiller, motos Kettenkraftrad, camiones Opel Blitz, un camión Krupp, otro Opel Blitz y tres autos Mercedes Benz negro y azul con seis ruedas y capota gris. Joseph Schnitzler tocó una campana que había afuera, un oficial de las Waffen SS que llevaba un perro de una correa se le acercó y le dijo:

-Enséñeme sus papeles.

Joseph y Constantino mostraron sus libretas de identificación al guardián, quien una vez que constató que todo se hallaba en orden contestó:

-Entren y aguarden, el Führer mantiene una reunión con uno de los mariscales del Alto Mando y con Herr Himmler, de todas maneras le comunicará sobre su presencia.

-Vaya por favor.

El oficial se retiró, Joseph y Constantino se sentaron en unos sillones de madera con almohadones rojos. Internamente había una galería que concluían en escalones; el corredor era limpiado insistentemente, a los costados se observaban macetones con frondosos helechos y en cada puerta escupideras enlozadas. Diez minutos pasaron y retornó el subalterno le comunicó a Joseph:

-Herr Schnitzler, os aguardan en la sala de conferencias.

-Acompáñeme- fue el mandato de Joseph.

Los uniformados fueron por la galería, subieron por los peldaños hasta que se enfrentaron con una puerta.

Una vez que se retiró el guía, Joseph tocó un timbre de llamada, un soldado de la División "Totenkopf" provisto de un fusil ametralladora lo hizo pasar; al ingresar con Constantino, encontraron al Führer que permanecía sentado dialogando con Himmler, Jefe Supremo de los Servicios de Seguridad, en tanto que el jerarca de la Wehrmacht llamado Pedro Augusto Von Brünner leía los recientes reportes de la guerra.

Joseph Schnitzler hizo el clásico saludo del Nacional-Socialismo.

-Buenos días Herr Schnitzler- fue la acogida de Von Brünner- sea usted bienvenido.

-Muy agradecido de mi parte señores- contestó Joseph con discreción.

-Herr Schnitzler, estuvimos examinando sus expedientes- informó Von Brünner- y hemos comprobado que su intervención en la ocupación de Austria y en la contienda ha sido sobresaliente.

-Gracias- fue la respuesta de Joseph.

-Cabe destacar su actuación conjunta con las Waffen SS, sobretudo en Polonia, resaltando los acontecimientos del guetto de Varsovia, que le sirvió para alcanzar el rango de General del Heer y desde ya contamos con usted para que conforme el equipo de estrategias-finalizó Von Brünner.

-Lo hemos convocado para que vaya a Praga, la capital de Checoslovaquia, la Resistencia está aprovechando los recientes hechos y no da tregua a la Wehrmacht ni a las Waffen SS, es como si no hubieran aprendido la lección de Lidice- reportó Von Brünner.

-¿Quién lidera a los rebeldes?-quiso saber Joseph.

Himmler abrió un cajón del escritorio y mostró unas fotografías a Joseph.

-Son estos tres, dos son norteamericanos, vinculados el negocio ilícito de armas,

juegos clandestinos, robo a mano armada, negocio de prostitución. El otro es nativo de Cracovia, con pedido de captura bajo acusación de asesinato a oficiales de las Waffen SS en varios atentados, se crío en un orfanato, temperamento inestable, supo ser abogado pero le quitaron el título por haber violado a una mujer. La GESTAPO y las Waffen SS no pueden capturarlos, el campesinado pobre y los que residen en los arrabales los apoyan incondicionalmente- fue la respuesta de Himmler- por lo que deberá trabajar eficazmente para erradicar a esa escoria.

-Pondré lo mejor de mí- aseguró Joseph.

-Confiamos en su palabra- respondió Von Brünner.

--Nos enviará una crónica quincenal, con lujos y detalles de lo que ocurra en Praga- le dijo Himmler.

-¿Cuándo debo ir?- preguntó Joseph.

-Lo más antes posible- fue la respuesta de Himmler.

-Antes que se retire, Herr Schnitzler, debo decirles unas cosas en privado- le anunció Von Brünner- venga conmigo.

Dicho esto, dejaron a Hitler y a Himmler, en tanto, Constantino quedó aguardando en el pasillo; durante el trayecto los dos altos jefes, comentaban sobre los partisanos y los hechos actuales.

Cuando llegaron a una puerta, Von Brünner hizo entrar a Joseph al recinto, aseguró con llaves y de una mesa levantó un sobre sellado con el emblema del Tercer Reich y se lo confirió a Schnitzler.

-Esto es para que le dé al delegado del Protectorado, Herr Greisser, dáselo personalmente; además quiero prevenirle de un hombre, su nombre es Martin Von Der Wall, es General de la División "Totenkopf" de las Waffen SS, Mano Derecha de Greisser en toda el área del Protectorado, maníaco depresivo y adicto a la morfina y otros alucinógenos.

-¿Un adicto a las drogas en las Waffen SS?- preguntó sorprendido Joseph.

-Lo que acaba de sentir, Herr Schnitzler. Perdió a su hijo en Stalingrado a inicios de 1942, como no supo superar esa desgracia se ocultó en la drogadicción.

-¿Y qué han hecho los líderes máximos de las Waffen SS? Esto me huele a Gato encerrado.

-No sé qué decirle, Herr Schnitzler.

En ese instante el péndulo del reloj marcó las doce del mediodía, era hora de almorzar; Von Brünner y Schnitzler fueron hasta el comedor. A la mesa la compartían otros comensales: el Ministro de Ilustración y Propaganda, Joseph Goebbels, su esposa Magda, una de sus hijas mayores de nombre Hilde, Eva Braun, que era pareja de Hitler y un oficial de la Wehrmacht.

-Señores, tomen asiento- dijo Hitler a Von Brüner y a Joseph Schnitzler- el almuerzo está servido.

Los dos jefes se acomodaron, Constantino hizo lo propio ubicándose cerca de Joseph.

-Señores, permítanme presentarles a Herr Schnitzler, General de la Wehrmacht, alguno de nosotros lo conocemos cuando asistió a la conferencia de Wannsee el año pasado y ha tenido una destacada trayectoria a lo largo de esta lucha en pos de la gloria del Tercer Reich- indicó Hitler.

- Es un placer conocerlo, Herr Schnitzler- le dijeron los otros.

-Herr Schnitzler- dijo Hitler- le presento al Teniente Edward Wellnitz, pertenece a unidades Pánzer de la Wehrmacht, hace dos meses que ha regresado de Bélgica, estará bajo sus órdenes.

-Es un decoro para mí, Oficial.

- Igualmente, Herr Schnitzler.

Se pusieron a comer, los alimentos eran magros, pero succulentos, eran presas deshuesadas de codornices con ensalada de tomates, arvejas, papas hervidas, abundante pan de centeno y vino patero; la vista del paisaje de los Alpes era majestuosa, el que más tenía apetito era Wellnitz.

Mientras almorzaban hablaban de diversas cuestiones relacionadas con la actualidad, de moda, autos y carreras de caballos, el clima era de fraternidad indescriptible, matizado por un tema musical que se escuchaba por ese entonces; por último trajeron el postre, se trataba de compota de manzanas con crema y fresas.

Cuando terminaron de comer, Joseph Frederick Schnitzler y Constantino dejaron la propiedad del Führer, no llovía más y el sol salía entre las nubes.

-Lléveme a mi cuartel general- fue la directiva de Joseph.

El automóvil cruzó por una carretera rodeada por pinos, cipreses, cedros y abundante vegetación de sotobosque, el perfume que despedían las coníferas entremezclado con el estiércol de ciervo y alegrado por el canto de los pájaros, daban al entorno un aspecto diferente, a pesar de tanta mierda y espanto. Después que atravesaron por un acueducto de épocas del Sacro Imperio Romano - germánico, llegaron a un extenso predio cercado por un muro con alambrados de púa y una alta compuerta enrejada. Los guardias abrieron el portón, había una tanqueta, tres camiones Steyr, dos Mercedes Benz con oruga, tres Opel Blitz, un Famo, un Krupp, un Berliet con cisterna, un Chevrolet, un ChevyLRDG, un Austin K5 y un Bedford QL6 pdr. Estos últimos secuestrados a los aliados dos tanques Panther y otro Nashhorn dos Sdkfz 251, un automóvil Mercedes Benz 230 Cabriolet

A negro de capota gris, dos motos kettenkrafrad y tres motocicletas BMW Zundapp con sidecar; detrás de las instalaciones había campos minados, también una torre de control con reflectores. Holzner y otro oficial con el grado de teniente, cuyo apellido era Hansing, salieron a recibir a Schnitzler, el jerarca descendió de su coche y les dijo:

- Reúnan a toda la tropa que esté ahora, tenemos una tarea nueva; cuentan con diez minutos para que se junten en el salón.

-Sí, Herr Schnitzler.

Minutos más tarde, una vez todos congregados en el lugar citado, Joseph habló a sus subordinados que en total eran setecientos .

-Muy bien soldados, los he convocado con el propósito de informarles que mañana por la noche partimos hacia Praga y esta vez es para frenar el accionar de los Partisanos, cuentan con la colaboración del campesinado pobre de los viven en los suburbios; su poderío se afianzó cuando asesinaron a Heydrich y la cruel represalia que culminó con la matanza en Lidice-explicó Joseph Schnitzler- sus líderes- prosiguió- son personas profesionales del delito y vinculados con grupos mafiosos, por lo que habrá que desenvolverse con precisión; irán a la capital checoslovaca doscientos cincuenta hombres, el resto permanecerá aquí, el horario de salida será a las 09:45 p.m. de mañana ¿entendido?

-¡Sí, señor!

Minutos más tarde Joseph se alejó del bastión y se marchó a su estancia, oscurecía, de todas maneras no era impedimento para salir con su mascota; en esta oportunidad salió a dar una cabalgata en un potro alazán.

A su regreso, se dio un baño con agua tibia y cenó un plato con sopa de verduras picadas con queso, pan y un vaso con jugo de frutas exprimidas que Constantino le había preparado, retirándose por último a sus aposentos.

Esa noche fue terrorífica para Joseph Frederick, una repentina fiebre se apoderó de él y sentía que la habitación daba vueltas como un carrusel. Las alucinaciones lo sorprendieron. Se veía en el campo de batalla, en medio de cadáveres putrefactos y que se le aparecían soldados con rostros en estado cadavérico que lo seguían y él corría; repentinamente afloraban personas de guetto con sus caras desfiguradas y sus ojos inyectados en sangre, armados con hachas; súbitamente se encontraba en el patio de su casa y las figuras que cubrían las gárgolas cobraban vida, se venían volando hacia él, batiendo sus alas lo tomaban con sus garras, emitiendo chillidos sepulcrales, la tierra se abría en dos y las criaturas lo arrojaban al abismo.

Capítulo 2

Penélope

Joseph despertó lanzando un horrible alarido que resonó en toda la construcción, los soldados acudieron de inmediato capitaneados por Von Ebeling e irrumpieron en la habitación del General de ojos azules que yacía sentado en su cama, su cuerpo estaba tembloroso, el aspecto de sus facciones irreconocible y bañado en sudor.

Rápidamente se hicieron presentes Constantino y el médico personal de Joseph, el doctor le tomó la presión arterial y la temperatura corporal, pero por lo visto estaba en condiciones óptimas de salud, aunque con el ritmo cardíaco algo acelerado. - Sargento Von Heidegger, vaya y busque unos sedativos para Herr Schnitzler- fue la directiva de Von Ebeling. Minutos más tarde, cuando se tranquilizó y se inyectó el calmante, Joseph hizo seña que se retiraran a excepción de Constantino.

-Quédate un rato conmigo- fue el pedido de Joseph.

Una alegría se dibujó en el rostro del subordinado de Schnitzler, Constantino se acercó al lecho.

-Siéntate.

Constantino sintió un hormigueo en su estómago, sin dudar se sentó al lado de Joseph, ambos hombres se miraron mutuamente; Joseph abrazó con todas sus fuerzas a su confidente, por espacio de varios minutos y empezaron a besarse en la boca, pero el cansancio pudo más que el placer, Joseph se durmió por efecto de los tranquilizantes.

Cuando despertó al día siguiente, se sintió como si le hubieran dado una golpiza, se incorporó de a poco en su cama, abrió los postigos, se fijó en su reloj la hora las agujas marcaban las 08:25 a.m., entró al baño, se miró la cara en el espejo había recobrado por completo su aspecto habitual.

Estaba terminando de ponerse su uniforme, cuando por la ventana divisó a Constantino que dialogaba una mujer que venía acompañada por una niña de tres años; rápidamente descendió por las escaleras de caracol hasta planta baja y ordenó a uno de sus vigías de las Waffen SS.

-No deje que se vaya.

El centinela, de jerarquía superior a Constantino salió al vergel y dijo a la dama:

-No se marche señora, Herr Schnitzler desea hablar con usted.

Durante ese intervalo Joseph aprovechó en ponerse el resto de su vestimenta y condecoraciones.

Cuando Joseph descendió en la segunda ocasión, la mujer y la infanta estaban dentro de la casa. Era Penélope Margot Eiffler, lucía un vestido azul, cabellos rojizos bien peinados, calzaba unos zapatos negros y llevaba una cartera de cuero vacuno, en tanto que la niña tenía su cabellera rubia y tenía un sobretodo gris, por lo que no se podía apreciar el resto de su ropa y botines negros.

Joseph hizo un gesto a Constantino para que se llevara a la chiquilla, que al principio se rehusó.

-Ve con él Nuria- le dijo su madre.

-Ven Nuria, te mostraré un hermoso jardín encantado con hadas y duendes.

Joseph condujo a Penélope al comedor, el silencio reinante era sepulcral, el General de ojos penetrantes caminaba con sus manos hacia atrás con aire de fanfarronería, hasta que se decidió por hablar.

-¿Y bien? ¿A qué has venido mujer?

-A pedirte que me perdones- respondió Penélope.

Joseph soltó una carcajada, y poniéndose serio replicó:

-¿Perdonarte yo? Escúchame Penélope: no soy un imbécil para eximir de falta a una persona que me lastimó el corazón.

-Pero debes olvidar eso Joseph.

-¡Qué barbaridad estás hablando! Te acostaste con un indigno y me dices que borre esos recuerdos cuando estábamos a punto de casarnos.

Penélope quedó callada.

-Márchate ahora mismo- fue la orden de Joseph.

-¡Por favor Joseph!- clamó Penélope.

-Para ti soy el General Joseph Frederick Schnitzler, así que por tu bien y el de tu hija, exijo que te retires.

Ella se puso a llorar, las lágrimas empaparon su cara, al tiempo que Joseph la observaba con firmeza.

-Ni tus lamentaciones harán cambiar mi parecer.

Alguien golpeó la puerta, Joseph abrió: era Constantino que retornaba con Nuria.

-Sargento Von Heidegger: lleve a la señora hasta la salida.

-Sí, Herr Schnitzler; señora, venga conmigo.

Penélope, sin poder reclamar, dejó el baluarte, en tanto que Joseph permanecía de pie en actitud de indiferencia. Esa fue la última oportunidad en que se vieron; culminaba al fin un ciclo en la existencia de Joseph Frederick Schnitzler.

La melancolía se posesionó de ese hombre que a simple vista parecía ser pertinaz y paternalista; ni bien se fue Penélope de allí, fue hasta el establo, de “Anubis”, sacó su yegua regalona y fue a cabalgar, el Pastor alemán iba tras él.

Joseph fue galopando hasta el muelle del río, había allí un bote con remos, se bajó del equino y lo ató, subió a la embarcación seguido por el perro, soltó las amarras y se puso a remar por muchas horas, la calma era infinita, el cielo estaba despejado y se oía solamente el graznido de las aves migratorias que pasaban volando.

Luego de remar, regresó a la orilla, volvió a atar la maroma de la barca, montó su potranca y emprendió carrera hacia su residencia, cuando llegó vio a un automóvil Audi modelo 1939 negro, Joseph se apresuró y entró a su casa, era nada más y nada menos que Marianne Stephanie Madison, su novia, ella estaba seria; al verse se dieron un beso.

-Hace cuarenta y cinco minutos que estoy esperándote- le comentó ella.

-Perdona, es que decidí despabilarme; haré que Constantino nos prepare un café.

-No te molestes.

Joseph percibió que algo no andaba bien.

-¿Te sientes bien?- le preguntó

Ella un poco asustada contestó:

-No puedo seguir contigo Joseph.

El nazi clavó su mirada en ella.

-¿Qué sucede?- le inquirió Joseph.

-¡Ustedes los alemanes son unos criminales! Mira esto.

Temblorosamente abrió un portafolio y sacó un sobre sellado.

-¿Qué es todo esto?

-Lo que hace tu Führer.

A Joseph se le vino una sensación de pánico, impotencia, asco y desengaño al ver las fotografías de los crematorios, los cadáveres apilados, huesos triturados y personas en estado deplorable.

-Nunca supe que hacían estas atrocidades, siempre se habló de deportación hacia el Este- fue el argumento de Joseph.

-Pero sin embargo diezmate el guetto con los de las SS- le recriminó Marianne Joseph permaneció en silencio.

-Lo lamento mucho por nosotros dos, yo te amaba- le respondió ella sollozando.

Y sin decir más nada, guardó el material en la cartera y salió corriendo,

Joseph le gritaba:

- ¡Stephanie! ¡Ven aquí!

Pero ella no lo escuchó, puso en marcha su coche y se marchó de allí, Joseph quedó mirándola, con "Anubis" a su lado, las imágenes no se le borraban de su mente, pero no había espacio para sentimentalismos por lo que tuvo que ponerse en campaña de organizar la expedición a Praga.

Capítulo 3

Los partisanos

En Checoslovaquia, en cercanías de Lídice donde los alemanes efectuaron una masacre en revancha del asesinato de Heydrich, vivían los partisanos o bandas armadas que luchaban en contra de la opresión germánica, dos de sus principales líderes eran de nacionalidad americana, sus nombres eran David Anderson y Robert Mc Gregor, ambos se habían criado juntos en los bajos barrios de San Francisco, Estados Unidos; sus infancias habían sido oscuras, caracterizada por estar

viviendo internados en orfanatos estatales, reformatorios y huyendo de la policía.

A partir de los veinte años comenzaron a vincularse con organizaciones mafiosas y conocieron el tráfico de drogas, la venta clandestina de bebida blanca, las apuestas ilegales de juegos y el mercado de la prostitución.

En 1935, Anderson fue encarcelado a cinco años de prisión por robo a mano armada y fue conducido al penal de Alcatraz, en tanto que Mc Gregor continuó con sus correrías, pero debió huir de una pandilla de estafadores y usureros de Meridan y se metió de polizón en un buque mercante de bandera irlandesa.

Una vez las Islas Británicas, Mc Gregor se dedicó a asaltar las mansiones de los que pertenecían a las clases altas de la sociedad y fue detenido por la policía debió purgar tres años de presidio hasta 1938.

En esa época Hitler desafiaba al continente europeo, con la entrada de la Wehrmacht en Austria y con sus pretensiones de anexar Moravia y Bohemia, en España se estaba desatando una sangrienta guerra civil entre nacionalistas y republicanos y en Rusia gobernaba Joseph Stalin.

Mc Gregor entró a trabajar en un frigorífico de Praga, capital checoslovaca para poder retornar a Estados Unidos, pero sus aspiraciones fracasaron con la ocupación de Praga por parte de la Wehrmacht el 15 de marzo de 1939, cuando quiso salir, los de las Waffen SS le invalidaron los documentos y el pasaporte.

Los alemanes instauraron la misma política de intolerancia aplicada en el Reich, persiguieron a los opositores políticos, a los "Impuros", a los gitanos, judíos y construyeron guettos.

El 1° de setiembre estalló el conflicto con la invasión a Polonia y el poderío del Tercer Reich se tornó infalible.

Robert Mc Gregor entró a contactarse con quienes detestaban a los teutones, pero contaban con pocos recursos y siempre eran descubiertos por las autoridades germanas.

En 1941, Mc Gregor envió una carta a su amigo:

“Pilsen, 23 de mayo de 1941

Querido amigo David:

Te envío estas líneas, pudiera ser que llegue a tus manos, es para que me puedas

ayudar a salir de Europa; te comento que estoy en Checoslovaquia, aquí los nazis son crueles, no puedes ser judío, ni negro, ni borracho ni marica y si eres enfermo, ni hablar.

Desde el año pasado he estado vinculándome con quienes odian acérrimamente a estos condenados alemanes, pero no podemos lograr cosas concretas, debido a que los escuadrones especializados de los nazis están hasta por debajo de las camas.

Lo más triste es que mantienen engañados a los que viven en granjas los hacen trabajar peor que a bestias y se llevan consigo la cosecha y el ganado; también están saturando con impuestos para solventar los gastos de una futura invasión a Rusia.

David, si recibes esta correspondencia, trata de venir o enviarnos armas por contrabando.

Un abrazo enorme.

Robert Mc Gregor.-“

La esquila fue recibida de casualidad por Anderson en agosto de 1941, la Operación “Barbarroja” estaba en su pleno apogeo y en noviembre de ese año David Anderson estuvo en Checoslovaquia con un cargamento de armas camuflado en un cajón con conservas enlatadas provisto de municiones, ametralladoras “Thompson” y M3, escopetas Winchester, pistolas Colt, fusiles M1 Garand, granadas, bazookas y morteros.

A partir de setiembre de 1941, Heydrich, Vice-Reich Protektor de Praga había implantado un sistemático despotismo, simultáneamente la clase trabajadora se había

favorecido con el régimen, Praga se había convertido en un paraíso. Sin embargo, el 27 de mayo de 1942, una granada arrojada a su automóvil lo llevó a una lenta agonía que habría de terminar el 4 de julio de ese año.

Las fuerzas de ocupación contraatacaron sembrando el terror y la muerte; más de tres mil judíos fueron llevados a las cámaras de gas y mil trescientas personas de origen checo perecieron ejecutadas, cabe destacar, que el 9 de junio por la noche los alemanes invadieron repentinamente el pueblo de Lídice, asesinaron a los hombres, mientras que las mujeres deportadas a campos de concentración y los niños entregados a familias alemanas carentes de hijos, en tanto que las edificaciones fueron destruidas.

En 1943, época de los hechos narrados, los partisanos se habían consolidado en capacidad operativa y se habían reunido en la casa de Silvano Wansosky, uno de los principales cabecillas, estaban debatiendo los planes para expulsar a los germanos, había discrepancias entre ellos y hablaban todos juntos a la vez.

-Debemos elaborar una estrategia eficaz para poder enfrentarnos a los nazis- sostuvo uno llamado Boris.

-Con tal que no nos arrebaten a nuestros hijos y maten a nuestros esposos-opinó una mujer llamada Helena.

-No hay por qué temer, ahora nos hemos fortalecido más, los alemanes están debilitándose- respondió Mc Gregor- además hay que tener una actitud positiva, porque ellos sacarán ventaja por el temor.

-Pero ¿Quién devolverá la vida a los que murieron en Lídice?- refutó Helena- eso es irreversible.

-Sabemos que quedaste sensible tras ese acontecimiento, al igual que los presentes,
pero hay que seguir adelante- le contestó Silvano.

-Señores- intervino Anderson- aquí hay una sola cuestión y es luchar contra nuestro opresor cueste lo que cueste, por eso les propongo votar dos alternativas: una es quedarnos sin resistir, dejar que nos atropellen y esperar un milagro de la Divina Providencia y la otra es abrirles una guerra sin cuartel.

Un intérprete que sabía hablar inglés, tradujo lo dicho por el americano.

Los presentes quedaron sin pronunciar palabra alguna, hasta que levantaron la mano por la segunda opción; en ese momento vinieron dos muchachos armados con ametralladoras "Thompson", Boris les preguntó:

-¿Qué ocurre chicos?

-Viene aproximándose una patrulla de las SS.

-¿Cuántos son?- preguntó Silvano.

-Vienen en dos camiones Opel Blitz, en un blindado con mortero, en una moto con oruga y en un coche Adler Trumpf Junior verde oliva.

-¿A qué distancia están de aquí?

-Cerca del puente- fue la respuesta de uno que tenía el pelo largo.

-Entonces manos a la obra-exhortó Silvano.

Salieron quince partisanos dirigidos por Boris y Mc Gregor y cuando fueron al sitio, uno de ellos miró por los binoculares y divisó al escuadrón que venía avanzando, algunos de los soldados de las "Totenkopf" iban caminando llevando a perros Pastor y Rott Weiller, equipados con mochilas y fusiles ametralladoras MG 26, los vehículos citados por uno de los muchachos eran un SdKfz 250/11, un blindado con oruga y provisto por una ametralladora y un cañón con dos ruedas delanteras y las traseras tenían orugas, dos camiones Opel Blitz, una moto Kettenkraftrad conducida por un soldado y dos que iban atrás, en el Mercedes Benz viajaban cuatro oficiales de la división Totenkopf.

La escuadra se detuvo, del automóvil descendió uno de los subalternos e indicó a uno de sus leales hacia el oeste, a todo esto algo se movió entre la fronda, los facciosos se pusieron en alerta y prepararon sus armas, en ese instante surgió una mujer eslava de tez trigueña que llevaba a un niño de un año y medio, venía jadeando y en un estado de debilidad avanzada:

-Por favor, ayúdenme- imploró la fugitiva a la banda de Anderson en lengua polaca

-¿Cómo te llamas?- le interrogó Silvano.

-Natasha.

-Ven con nosotros- fue la contestación del guía- Pascual, lleva cautelosamente a esta pobre, que no te vean los alemanes.

Entretanto los de las Waffen SS seguían avanzando y tomaron hacia el oeste, pero volvieron a detenerse, un partisano preparó una bazooka, miró a Silvano, éste hizo un gesto de que podía lanzar; el blanco elegido fue uno de los camiones.

El proyectil fue arrojado con precisión e hizo estallar en llamas al Opel Blitz, los soldados dieron un alarido de dolor. Sin dejarse dominar, los de las Waffen SS empezaron a responder, pero iban cayendo uno tras otro debido a que los misiles de las bazookas destruían por completo a los coches de asalto de los germanos, que pese a todo seguían combatiendo.

El enfrentamiento duró quince minutos, de los quince integrantes rebeldes murieron solamente seis en cambio en las Waffen SS, las bajas fueron considerables y los teutones huyeron por el bosque.

Un grito de júbilo se oyó entre los integrantes de la Resistencia, pero estaban concientes del desquite germánico.

Capítulo 4

El viaje

Ese mismo día en que se llevó a cabo el combate entre las Waffen SS y los facciosos, Joseph Frederick Schnitzler partía a la capital checoslovaca, la noche estaba fría y nublada.

A la hora establecida llegó la compañía del Coronel Holzner al palacete de Joseph Schnitzler, el General estaba dando las últimas instrucciones a Von Ebeling.

Holzner se adelantó junto con los demás oficiales y saludó a Schnitzler diciéndole:

-Estamos prestos para salir, Herr Schnitzler.

-Excelente Coronel.

-Cuando usted ordene.

Joseph Schnitzler tomando un megáfono dijo a su tropa:

-¡Soldados! Marchemos hacia Praga.

Y sin dejar transcurrir más tiempo empezaron a partir primero los motociclistas que iban en las Zundapp BMW con sidecar y en las Kettenkraftrad

que eran alrededor de quince, luego siguieron los Sdkfz, que eran un número de quince, cuatro tanques, dos eran Hummel y los restantes eran Marder, veinte camiones, entre los que había tres Krupp, tres Opel Blitz, dos Berliet cisterna uno con combustible y el otro con agua, un Scheinwerfer que iba montado en un camión Mercedes Benz, un Hanomag, tres camiones Steyr, una ambulancia Chevrolet secuestrada, tres Famo, un Chevy LRDG, un Ford y dos Büssing-Nag, aparte de las unidades acorazadas se habían sumado cincuenta jinetes de la "Florian Geyer" de las SS y por último dos automóviles Mercedes Benz, uno pertenecía a Joseph Frederick Schnitzler, que iba junto con "Anubis", Von Trapp, Wellnitz y Constantino que

manejaba, y el otro un Mercedes Benz modelo 1941 en el que iban Holzner, el teniente Hansing, el Teniente Coronel Deninger y el chofer.

La comitiva avanzaba lentamente, una tenue llovizna comenzó a caer, la calma era total, salvo alguna martineta que cruzaba asustada o las aves nocturnas se volaban de las ramas.

En un momento dado debieron detenerse porque los caballos estaban fatigados y porque se había averiado uno de los neumáticos; se levantaron tiendas, algunos soldados contaban anécdotas de la guerra, Wellnitz por su parte ejecutaba con su

violín una sonata de Mozart, Joseph Schnitzler por su parte escribía en su diario íntimo:

“12 de noviembre de 1943

La noche está calma, estoy yendo a Praga, sólo Dios sabe cómo nos puede llegar a ir, lo cierto que esta guerra me tiene agotado, ya van cuatro años de muerte y desolación.

La verdad que ayer Stephanie me dejó totalmente conmovido, se me escapó de mis manos, como si fuera una libélula que se vuela; lo peor es que ahora siento una soledad interior que cada vez penetra mi alma”.

Cuarenta minutos más tarde retomaron el trayecto, alguien los observaba desde la distancia: eran los partisanos, liderados por Silvano Wansosky, en total quince combatientes, estaban armados con ballestas, rifles Winchester, ametralladoras

Thompson y Sten; uno de ellos miraba con binoculares.

-¿Cuántos son?- quiso saber Silvano.

-Alrededor de quinientos.

-Correcto-respondió Silvano.

Sin perder tiempo, los rebeldes prepararon sus armas, a todo esto la comitiva estaba a cien metros de distancia de ellos, la única forma de neutralizarlos era eliminando a los jinetes de la Florian Geyer y a los motociclistas, pero aún estaban en desventaja debido a que las fuerzas de Schnitzler sabían cómo responder a las emboscadas.

La escuadra germánica avanzaba, cuando estuvieron cerca del terreno donde se hallaban los partisanos, Silvano emitió dos silbidos agudos como señal, lanzaron una saeta contra uno de los soldados, haciéndolo caer al suelo, cuatro flechas más ultimaron a otros soldados de la Florian Geyer, por lo que los alemanes se prepararon para responder a la agresión, pese a ello, los guerrilleros continuaron liquidándolos, decenas de teutones perecían por las sagitas o por los disparos de las ametralladoras Thompson. Los germanos se agruparon y dieron inicio a la contraofensiva apoyados por los SdKfz que vomitaban fuego y metralla sin cesar, el avance de un Marder no se hizo esperar, por lo que la situación se les tornó desfavorable a los facciosos, el contraataque germánico era infalible de tal manera que no daba oportunidad a sus adversarios de una embestida eficaz, habían muerto casi la mayoría y sólo quedaban cinco guerrilleros con vida y pocas municiones.

Viendo Silvano que era un suicidio continuar porque las tropas alemanas avanzaban vertiginosamente y la granizada de proyectiles no acababa, ordenó la

retirada y escaparon en medio del humo de la pólvora. El combate había durado veinte minutos, treinta soldados habían caído y diez dañados, Joseph Schnitzler ordenó levantar tiendas de campaña para asistir a heridos, en tanto una patrulla al mando de un sargento subordinado de Von Trapp salió con quince soldados y perros a realizar un rastrillaje en la espesura.

Joseph Schnitzler se aseguró de que los partisanos estuviesen muertos todos, Holzner y Hansing se encargaron de juntar los cadáveres con otros soldados más, la vigilancia se había tornado estricta por todo el perímetro.

Mientras esto sucedía, la escuadra enviada por Von Trapp iba tras los rastros de los insurgentes, los soldados iban provistos de fusiles Gewehr, subametralladoras MP40 y pistolas Luger, llevaban perros Pastor que ladraban descontroladamente, Silvano y sus partidarios corrían en medio de la fronda y a menudo disparaban sobre sus adversarios, sin poder dar en el blanco. Pasaba por allí un viejo acueducto que conducía a la villa donde estaban asentados los partisanos, Silvano y su gente se introdujeron por ese escaparate, la humedad era intensa y debían alumbrarse con linternas, pululaban muchos roedores.

Simultáneamente Joseph Schnitzler hizo cavar una zanja y mandó a que arrojaran los cuerpos de los guerrilleros, a medida que esto iba sucediendo, con su puño izquierdo cerrado exclamaba:

-¡¡No podrán salirse con las suyas, Hijos de puta!!...¡No lo harán!

Transcurridos treinta minutos retornaron los subordinados de Von Trapp, se desmanteló la tienda de primeros auxilios y se continuó con la expedición, anochecía y restaban pocas horas para arribar a Praga.

Promediaban las 21:15 cuando el contingente de Schnitzler estuvo en las puertas de la capital checoslovaca, en las calles se veían las patrullas de la Polizei y Totenkopf que andaban en Mercedes Benz G5 y en SdfKz de reconocimiento con reflectores, la noche estaba calma y el aire que soplaba, fresco. Los vehículos de Schnitzler estacionaron frente al hospital alemán de Praga, descendieron Von Trapp, el Coronel Holzner y Joseph Frederick Schnitzler, en la entrada había una mesa de recepción, una mujer de veintidós años, cabellera negra recogida por un rodete, ojos verdes y de atavío blanco se hallaba allí, al ver a Joseph fijó su mirada en él y le interrogó:

-¿Puedo ayudarle en algo?

-Necesito camas para diez hombres, algunos están malheridos- fue la contestación de Joseph.

-Aguarde un instante, preguntaré a mis superiores.

La enfermera salió de allí caminando de una manera sensual, tenía un buen trasero y su anatomía era proporcionada, Holzner y Von Trapp quedaron hechizados ante la figura de esa dama.

En ese intervalo entró al policlínico una mujer de igual edad que la que los había atendido, de cabellos rubios, totalmente desordenados, ojos verdes, trayendo consigo a dos niños que oscilaban entre los tres y cinco años; los pequeños no paraban de toser y ella debía limpiarles a cada rato la nariz.

Se sentó en uno de los asientos de espera, Joseph la contemplaba pues su instinto materno iba más allá de los límites.

-Están tosiendo desde hoy por la tarde-comentó ella a los uniformados.

Sin prejuicio alguno, Joseph se acercó a ellos, les tocó la frente y agregó:

-Tienen fiebre; es necesario que los vea un médico.

Transcurridos tres minutos retornó acompañada por una mujer que no habrá tenido más de cuarenta años con el mismo tipo de vestiduras, la de mayor edad se acercó a Joseph y le interrogó:

-¿En qué puedo serle útil?

-Deseo una habitación para diez de mis hombres que han sido lesionados- volvió a responder Joseph Schnitzler.

-¿Cuántos son?- quiso saber la asistente

-Son una decena- afirmó Joseph

-Déjeme ver- le dijo la empleada sanitaria.

Y diciendo esto fue caminando por un extenso corredor, Joseph Schnitzler y sus lugartenientes se sentaron en un banco de espera, los minutos se sucedieron y reapareció la asalariada con un modo de caminar poco ágil y allegándose a Joseph le dijo:

-Puede hacer ingresar a su gente, firme en la planilla que le entregará la señorita Winkler.

Joseph firmó el comprobante, la señorita Winkler no dejaba de mirar a Von Trapp, la otra enfermera intervino:

-Vaya y prepare los lechos para los soldados.

Una vez que se acondicionaron las camas, Joseph Frederick Schnitzler y sus allegados abandonaron el sanatorio dejando a Hansing con diez soldados más hicieran la custodia de los lastimados.

Era cerca de las 22 horas cuando abandonaron el establecimiento sanitario, la comitiva siguió su senda hacia el Cuartel General de las tropas acantonadas en Checoslovaquia.

Al llegar se hallaron con un terreno totalmente militarizado, había vehículos por doquier y una guardia de soldados de la Das Reich y Totenkopf armados de fusiles Gewehr y ametralladoras sTg 44, la sede del Gobierno General era un castillo cercado por un muro con alambrados de púa, en la torre estaban apostados soldados que sostenían potentes reflectores.

Al ver que la compañía de Schnitzler se había detenido, un oficial se arrimó a Joseph exigiéndole:

-Muéstreme su identificación.

Joseph Schnitzler sacó del bolsillo de su chaqueta una libreta de identidad, otro tanto ocurrió con los lugartenientes del general; una vez que ingresaron el oficial de la guardia dijo a Joseph Schnitzler:

-En nombre del Vice-ReichProtektor interino les doy la bienvenida a sus tropas y a usted.

-Hemos arribado con atraso, nos emboscó una pandilla de partisanos en cercanías de Lídice y hemos tenido algunas bajas- expuso Joseph.

-Se lo reportaré a Herr Greisser mañana cuando pase revista a las novedades, él se retiró a descansar.

-Gracias oficial, necesito habitaciones para mis hombres.

-Enseguida señor.

Un cuarto de hora de haberse ubicado, Joseph Schnitzler se dio un baño y entregó sus ropas para que fueran lavadas, luego fue a ver si podía dormir, estaba agotado que no le sobraban fuerzas; en la cama pensaba en la que había llevado a los dos pequeñines y cuáles serían sus destinos y por sobre todas las cosas le venía

su mente su pequeño hijo a quien conocía sólo por fotografías.

Al día siguiente, Joseph Schnitzler, Holzner y Von Trapp se presentaron en las dependencias del Delegado del Gobierno General de Checoslovaquia, Bernard

Greisser. El Vice-Reich - Protektor no habrá llegado a los cincuenta años de edad, estatura normal, pero de buena contextura física, sus cabellos eran rubios y sus ojos

verdes, en el uniforme podían apreciarse las jinetas que lo distinguían con el rango

de General de la División ReichsführerSS, junto a él se encontraban armados con ametralladoras MP40, fusiles Gewehr, pistolas Luger y mochilas un pelotón de cinco soldados de la Das Reich al mando de un sargento.

El jerarca leía el último informe entregado por la guardia del día anterior, al ver a Joseph Schnitzler con sus colaboradores se puso de pie y los saludó:

-Buenos días señores- fue la acogida de Greisser- sean bienvenidos a Praga.

-Muchísimas gracias, Herr Vice-Reich-Protektor- respondieron Joseph y los suyos.

Luego que se sentaron, Greisser dijo a Schnitzler:

-Me enteré del contratiempo que tuvieron cerca de Lídice con esos infames que lo único que tratan de hacer es intentar convencer al campesinado con sus ideas bolcheviques, pensar que tuvieron su castigo hace un año atrás, pero no les ha sido suficiente- concluyó.

-Así es- señaló Schnitzler- los muy pícaros nos jugaron una mala pasada y terminaron huyendo por el bosque, de todas formas, mis soldados acabaron con varios de ellos.

-Ayer el Führer me llamó por teléfono diciéndome de su venida y del propósito de la misma; me comentó además de su buen desempeño a lo largo de esta contienda-

manifestó Greisser- espero que su estadía aquí sea provechosa.

-Por supuesto que lo será-respondió convencido Joseph.

En ese instante hizo su entrada un individuo de unos cincuenta años, alto, rubio y ojos verdes, con un lunar en la frente y otro en el pómulos izquierdo, vestía el uniforme de Teniente General de la División Totenkopf, consigo traía un perro Gran Danés color negro, collar rojo sujeto de una larga correa, al ver a Joseph con sus leales tuvo una reacción de apatía, pero Greisser los presentó de inmediato.

-Herr Von Der Wall, le presento al General Joseph Frederick Schnitzler, al Coronel Holzner y al Mayor de la Liebstandarte Augusto Von Trapp.

-Un beneplácito conocerlos- contestó fríamente Von Der Wall- Si me disculpa- prosiguió-venía a decirle unas cosas, pero será en otra ocasión.

-No se moleste- dijo Schnitzler- ya nos retiramos- pasa que arribamos anoche.

-Herr Schnitzler tuvo encontronazo con los partisanos en límites de Lídice- fue el relato del Vice-Reich –Protector- lo han enviado desde Berlín para que nos preste apoyo bajo recomendación del Führer, Himmler y Von Brünner

-¡Qué bueno! Lástima tan novato para ser general- fue el análisis despectivo de Von

Der Wall.

-Si me permite, Herr Von Der Wall, usted está desconociendo mi historial a lo largo del desarrollo de la guerra, así que no toleraré sus dichos, tengo la misma capacidad de decidir y actuar- replicó ofuscado Joseph Schnitzler.

Von Der Wall quedó atónito y se alejó de allí refunfuñando.

-No haga caso a lo que diga Von Der Wall, es una persona conflictiva y difícil de tratar- argumentó Greisser.

-Antes que se me vaya de la memoria, debo entregarle un documento confidencial- dijo Joseph Schnitzler.

-Vamos al despacho contiguo.

Joseph Schnitzler y Greisser salieron de allí y fueron por una galería con antorchas a los costados y con centinelas fuertemente armados, al llegar a una puerta, el gobernante la abrió y se cercioró de que nadie estuviera escuchando y viéndolos; Schnitzler por su parte sacó del bolsillo del sobretodo de su uniforme el sobre confiado por Von Brünner y se lo entregó al Vice-Reich-Protektor.

-Perfecto- dijo Greisser-su atención será recompensada.

Una vez que Joseph Schnitzler concluyó el encuentro con Greisser fue a ver a sus soldados heridos acompañado por Von Trapp, en el trayecto el Mayor

pensaba que podía ver a la dama que los atendió la noche anterior, un escalofrío sintió al entrar al policlínico por no haberla encontrado, en su lugar estaba una mujer de nariz respingada que no habrá tenido más de cuarenta años y su rostro cubierto por extensas capas de maquillaje y ojeras que le daban un aspecto patético.

De allí fue al sepelio de los caídos, luego hizo redactar cartas de condolencias a los familiares de los muertos.

Joseph recordó que en Praga vivía su amigo del alma, Herman Wagner, desde inicios de 1942 que no sabía nada de él, llamó a Constantino para que lo llevara.

Estaba a punto de salir, cuando un oficial de la custodia de Greisser se le apareció.

-Herr Schnitzler, el Vice-Reich-Protektor ordena que se presente en su dependencia.

Joseph y el Sargento Von Heidegger acudieron, Greisser se encontraba con Von Der Wall y otros oficiales de la Totenkopf, al ver entrar a Schnitzler, el Vice-Reich-Protektor le dijo:

-Herr Schnitzler, lo he convocado para que nos acompañe a realizar unas batidas,

es por eso que deberá convocar a sus soldados y subalternos mejor preparados;

dentro de quince minutos salimos Sin dejar pasar un instante, Joseph Schnitzler citó a Holzner, Wellnitz, al

Sargento Von Heidegger, a Von Trapp y a un escuadrón de doscientos soldados y se agruparon con las demás fuerzas, que en total eran alrededor de cuatrocientos efectivos en camiones Opel Blitz, Büssing-Nag, Steyr, en SdKfz de reconocimiento y Semiorugas, en Mercedes Benz 170 vk , Von Der Wall, Greisser y sus oficiales iban en un Mercedes Benz 540 W24, Joseph Schnitzler en tanto iba en su Mercedes Benz junto a Anubis, Wellnitz, Holzner, Von Trapp y Von Heidegger que conducía el vehículo, la comitiva iba escoltada por soldados que conducían Kettenkrafter y Zundapp BMW con sidecar.

Eran cerca de las 09:45 a.m. cuando llegaron a un humilde vecindario, el olor a orina y excremento humanos se tornaban insoportables y la pobreza era indescriptible, de las sogas pendían ropas harapientas.

Los soldados descendieron de los vehículos con sus ametralladoras y perros Pastor y Rott Weiller, el pánico cundió entre los moradores del barrio marginal, seguido de gritos de desesperación, los germanos por su parte hablaban con altoparlantes:

-A todos los habitantes del arrabal se les pide no ofrecer tipo de resistencia alguna, están completamente rodeados, cualquier intento contrario, acarreará graves consecuencias.

Un pelotón de soldados de las Waffen SS desenrolló cables para dinamitar terreno, mientras que el resto de los escuadrones entraba a las viviendas sacando

a sus pobladores, algunos querían huir, pero eran masacrados sin piedad por sus captores que no quitaban sus miradas de aquellos desventurados.

Los teutones hicieron agrupar a las mujeres y niños de un lado, a los varones y ancianos por otro, en total eran veinte familias.

Una vez que fueron reunidos los hicieron subir en camiones Opel Blitz, a todo esto los germanos retrocedieron y fueron retirándose, en tanto que los que permanecían allí se disponían en hacer demoler ese sector de Praga.

La detonación retumbó en varias partes de Praga, las edificaciones quedaron reducidas a humo, escombros y desolación; otro tanto hacían los cañones de los Sdkfz 250 que bombardeaban para terminar con cualquier foco de tenacidad.

Cuando se alejaron de allí llevaron a los desquiciados hacia el bosque y ordenaron bajar de los coches de asalto, les despojaron de todas sus vestiduras y les cubrieron los ojos con una tela blanca.

-Comience primero usted, Herr Schnitzler–fue la directiva de Greisser. Schnitzler al oír esa directriz quedó estupefacto, todas las miradas estaban puestas en él , se puso al frente de sus hombres, diciéndoles en voz potente:

-¡Firmes! ¡Vista al frente! ¡Presenten armas! ¡Apunten! ¡Fuego!

Los soldados de Schnitzler se dispusieron a disparar, a la vez que sus víctimas clamaban plegarias, en contados segundos el sonido de las ametralladoras resonó por la fronda y los desdichados se desplomaron uno tras otro. Al concluir la matanza, los germanos apilaron los cadáveres en una fosa, el hedor a putrefacción era intolerante, había cuerpos descompuestos de las aniquilaciones anteriores, por lo que Joseph no toleró más y se sostuvo de un encino para vomitar.

El avance alemán continuó en dirección a la campiña, nada ni nadie los detenía, pronto se divisaron unas viviendas construidas con madera, los soldados bajaron de sus vehículos provistos de sus fusiles Kar 98 k , ametralladoras Stg 44 y pistolas Luger junto a los perros Rott Weiller y Ovejeros.

Los teutones irrumpieron en las edificaciones sacaron a los que vivían allí y sin clemencia los ejecutaron; el operativo llevado a cabo fue en represalia a un ataque hecho por los partisanos días atrás a una escuadra de las Waffen SS.

Concluida la incursión los germanos retornaron a la ciudad, dejando atrás muerte, espanto y destrucción.

Capítulo 5

Herman Wagner

La aniquilación llevada a cabo por los germanos causó conmoción en la comunidad rebelde, algunos culparon a sus líderes de no tomar medida alguna para sofocar el hecho sangriento, mientras tanto, Greisser se dirigió a la ciudadanía argumentando que se había castigado a quienes habían atentado contra la integridad de los hombres del Tercer Reich y que por ende, el Führer no iba a sentirse ofuscado.

Después de retornar de la fosca, Joseph Schnitzler fue a ver a su viejo amigo Herman Wagner que se encontraba en Praga desde principios de 1942, eran cerca de las 11:15 de la mañana, estaba nublado y caía una tenue llovizna.

El Mercedes atravesó por unas calles empedradas hasta encontrarse con una edificación de estilo barroco, custodiada por soldados de la Leibstandarte armados con fusiles Gewehr y con perros Pastor alemán, había estacionados allí un SdKfz 223, un SdKfz 234, un SdKfz 251, dos camiones Büssing-Nag y un automóvil Opel Olympia OL38 modelo 1942 color verde oliva con guardabarros negros.

Un suboficial de la custodia se aproximó a Joseph Schnitzler:

-Exhíbame sus documentos.

Joseph Schnitzler mostró su libreta de identificación al centinela y seguidamente le permitieron el acceso. Al entrar se halló con un amplio patio con una fuente con la escultura de piedra de un ángel orinador que vertía agua continuamente y rosales, había una galería con arcos y varias puertas, además se veían varios soldados de la Leibstandarte, motos Kettenkraftrad y dos cañones.

Un oficial con el rango de teniente al ver a Joseph Schnitzler se acercó y le preguntó:

-¿Puedo serle útil?

-Sí-contestó Joseph- busco al Teniente Coronel Herman Wagner; soy el General Joseph Frederick Schnitzler.

-Espéreme un momento- respondió el subalterno.

El teniente se fue de allí, Joseph en tanto con gorra en mano se puso a esperar, en un banco del corredor, con él estaban Constantino; transcurridos algunos minutos apareció Herman Wagner trayendo en brazos a un niño de un año y medio y cabellos rubios y traía además un ejemplar de perro siberiano.

En ese entonces, Wagner contaba con casi treinta y nueve años de edad, nada había cambiado en sus rasgos fisonómicos, vestía el uniforme con sobretodo negro, en su cuello podía distinguirse la cruz del mérito.

Al ver a Joseph sintió una alegría inmensa, Herman entregó por unos instantes el infante a uno de sus soldados y salió al encuentro de su amigo, los dos hombres se abrazaron entrañablemente.

-¡Hermano!- exclamó Herman Wagner- ¡Te he extrañado durante este tiempo! - También yo a ti.

-Lamento mucho lo ocurrido con tu esposa; lo positivo es que tu hijo está en buenas manos.

-Así es.

-Pasen, les presentaré a Nadia.

Joseph y Constantino siguieron a Herman Wagner por el pasillo, había faroles y helechos, al llegar hasta una puerta el anfitrión abrió e hizo ingresar a los visitantes.

Por dentro la casa era de color marfil, las luces eran de araña de cristal, los muebles de madera de roble, había una vitrina con vajilla de porcelana y plata, el alfombrado de terciopelo rojo, había cuadros de Van Gogh, Picasso, y Hitler, las cortinas eran blancas, se advertía además una mesa con un fonógrafo y en la pared un reloj con péndulo.

Herman hizo sentar a Joseph y al Sargento Von Heidegger en un sillón con cojines verdes, en eso vino Nadia. La esposa de Wagner era una joven de unos veintiún años, cabellos rubios peinados a la moda, tenía un vestido azul cancanes oscuros y zapatos negros.

-Nadia, te presento a Joseph Frederick Schnitzler, el amigo del cual te comenté- señaló Herman

-Es un placer conocerlo, Herr Schnitzler- expresó Nadia.

- Para mi también- respondió Joseph.

-Me enteré de lo que te sucedió cuando estabas llegando a Praga- comentó Herman Wagner.

-Así es.

-Cambiado de conversación ¿Qué sabes de tu hijo?

-La última carta que recibí me decía que lo tiene mi hermano mayor, a veces siento culpa de no haber estado con Milena.

-No debes castigarte así, hay cosas que son inevitables- lo alentó Herman.

-Y el hecho de haber perdido a Stephanie, también me mortifica.

-¿Quién es Stephanie?- quiso saber Herman.

-Stephanie fue una mujer que conocí en Wannsee, era reportera gráfica de la revista Life de Estados Unidos, tuvimos un romance y se disolvió porque se asustó de lo que ocurría, me mostró fotos que me dejaron impresionado.

-¿Fotos de qué?-interrogó con curiosidad Herman Wagner.

-Cadáveres putrefactos, triturados, personas en estado deplorables.

-Pero eso ambos lo sabemos-argumentó Herman.

-Lo reconozco, pero no creí que fuera tan brutal, siempre se habló de deportación.

-Eso sólo fue un rótulo, hermano y quiero confiarte algo secreto.

Joseph miró absorto a su amigo.

-¿Qué tratas de decirme con eso? – inquirió Joseph.

-Debes cuidarte de Von Der Wall y Greisser, son los hombres más corruptos que hay en Praga, pagan a mercenarios para que asesinen a oficiales jóvenes y luego se desquitan con el campesinado y con la gente pobre, a modo de buscar un chivo expiatorio.

-Eres la segunda persona que me lo menciona, pero ignoraba del chantaje.

-Así es, tienen espías por doquier, cuídate de aquellos que usan trajes grises con corbata, anteojos oscuros y sombreros, no son acaudalados, algunos son checoslovacos colaboracionistas que se dedican al contrabando de armas y distorsionar información.

-Te lo agradezco.

-Hay una segunda cosa para decirte: ayudo a que varios prisioneros de los campos de concentración puedan salir libres y evadirse por un camino secreto.

Joseph Schnitzler al oír esto quedó atónito.

-Sé lo que hago Joseph; la masacre de Lidice fue injusta, Heydrich merecía morir.

-Debes ser precavido Herman.

-Ven conmigo.

Herman sacó una linterna y bajó al sótano, seguido de Joseph; ni bien terminaron de descender se sintió mal olor, típico de alguien que hace días que no se higieniza.

Caminaron unos cincuenta metros y Herman alumbró con su linterna, había allí treinta personas, sin contar mujeres y niños, todos acurrucados y muertos de miedo.

-Ten cuidado-le previno Joseph

-No temas; hay una última y tercera cosa: estoy tras un crimen.

-¿Crimen de qué?

-Es confuso, mataron a un médico y a su familia, luego al testigo...suena extraño.

-Veo que arriesgas tu vida, piensa en Nadia y tu hijo.

-Eso hago; ahora te invito a que te quedes al almuerzo.

Joseph y Constantino se quedaron, la comida servida era salmón con hortalizas, un buen vino Bzenec, el hijo de Herman comió un puré de papas y zanahorias, jugo de

naranja, y además acompañado por el tema musical "Lili Marlene" y "Uzhka" que no se retiraba del salón.

Al promediar las 13:40, Joseph Schnitzler y su edecán se alejaron de allí, durante el trayecto pasaron por el orfanato, en los escalones estaba la dama que había estado en el hospital con los niños, ella observó detenidamente al joven general, ese hombre le había invadido sus pensamientos.

El peligro estaba en proximidades de Joseph Frederick Schnitzler, en una callejuela estaban escondidos tres individuos con fusiles Winchester y ametralladoras Thompson, cuando el Mercedes Benz cruzó justo por el lugar, los matones los interceptaron y comenzaron a disparar, las balas le destruyeron las ruedas, Constantino frenó bruscamente, con toda la agilidad, el joven jerarca se tiró al piso del automóvil y respondió a la agresión con su pistola Luger, Constantino hizo otro tanto, pero un proyectil le dio en su hombro izquierdo.

La descarga no cesaba, los adversarios disparaban a mansalva, pronto un escuadrón de la Das Reich, alertó de lo que acontecía y fue hasta el escenario de los acontecimientos tocando el silbato y con perros Rott Weiller Cuando estuvieron allí, los de la Das Reich ultimaron sin misericordia a los atacantes, Joseph Schnitzler por su parte suspiró de alivio, el sargento al mando de la patrulla se aproximó:

-¿Se siente bien, Herr General?

-Sí, llegaron justo a tiempo- dijo Joseph Schnitzler- de lo contrario muero peor que rata.

-Su ayudante será asistido; soldado lleve al sargento a las sala de primeros auxilios- fue la directiva del jefe de la patrulla.

-Sí señor.

-General, venga, lo acercaremos en uno de nuestros coches, en breve le haremos arreglar el suyo-dijo el sargento.

Constantino fue llevado hasta un Mercedes Benz G-5, su hombro perdía sangre, en tanto Joseph Schnitzler fue conducido en un SdKfz de reconocimiento porque su vehículo estaba totalmente dañado y debía ser reparado.

Los soldados apilaron los interfectos de los que habían intentado acabar con Schnitzler en un camión, a la vez que el Mercedes era enganchado en una grúa y se retiraban de allí.

Capítulo 6

Un nuevo amor

Joseph Schnitzler retornó al bastión en el vehículo de reconocimiento, en tanto Constantino era asistido en la sala de primeros auxilios, Greisser se había ido a descansar y había que esperar hasta la tarde.

Al promediar las 16:30, Bernard Greisser se hizo presente en su despacho, Joseph Schnitzler se valió de la ocasión para informar sobre el incidente. En el recinto se encontraba junto al Vice-Reich-Protektor el jefe de la GESTAPO de Praga, la Policía Estatal Secreta Alemana. Era un hombre de unos cuarenta y ocho años, cabellos rubios y ojos verdes, uno de ellos cubierto por un parche, vestía traje negro, corbata y en su brazo izquierdo llevaba el emblema del Nacional Socialismo.

Al ver ingresar a Joseph Schnitzler, Greisser se puso de pie señalando al jefe de la Policía Estatal Alemana en Praga:

-Herr Schnitzler, le presento a Herr Nietzsche, jefe de la GESTAPO en Praga. Herr Nietzsche es uno de mis colaboradores más directos aparte de Von Der Wall.

-Es un honor para mí conocerlo-manifestó Joseph.

-Me enteré del contratiempo tenido hace pocas horas, debe tener más protección, Herr Schnitzler, o correrá igual suerte que mi predecesor- fue el comentario de Greisser- Cambiando de tema-prosiguió Greisser- con respecto a la actuación suya de esta jornada, ha sido muy buena.

-Gracias señor- fue el agradecimiento de Joseph Schnitzler.

Terminada la entrevista con el Vice-Reich-Protektor, Joseph Schnitzler, Von Trapp, que ahora se encargaba de conducir, Holzner, un escuadrón de veinte soldados de la Wehrmacht y Anubis fueron hasta el mercado, a ese horario había poca concurrencia y sólo quedaban unos panes, hortalizas y unos pocos pescados.

Además de hallarse el escuadrón de Schnitzler, había efectivos de la GESTAPO armados de Stg 44 y con perros Rott Weiller. Joseph y sus leales se ubicaron en los extremos del puesto de ventas, estaban próximo a levantar.

En ese instante llegó la dama a la que Schnitzler se le había acercado noche anterior en una bicicleta Bianchi negra con canasto y con timbre, la estacionó en proximidades de la feria y fue caminando con el bolso de hacer compras; en esa oportunidad lucía un atavío azul oscuro, un saco marrón tejido y zapatos negros.

Al divisarla, Joseph Frederick fue a un lugar donde vendían flores, compró claveles rojos y blancos, y sin vacilar fue por un costado de una callejuela que había allí para esperarla.

La mujer una vez que concluyó de comprar las provisiones fue hacia su bicicleta; estaba a punto de subirse, cuando súbitamente se topó con la presencia de Joseph Schnitzler que sostenía el ramo de flores y acompañado de "Anubis"; ella al verlo casi muere de susto.

-Perdone mi imprudencia señorita- se disculpó Joseph.

Ella, tratando de eludir al jerarca, contestó:

-Perdone, pero estoy apresurada y llegaré tarde a mi trabajo.

-No sin antes haber recibido estos bellos claveles por ser un claro ejemplo de maternidad; no dude en recibirlos.

Ella estaba en una situación embarazosa, había deseado estar con ese hombre, pero sentía que las cosas sucedían vertiginosamente.

-¿Qué te ocurre mujer? ¿Por qué dudas?

Ella, viendo que podría llegar a estar en una cuestión delicada accedió -Está bien, acepto su obsequio; están bellas y son mis preferidas.

-La invito a cenar ¿cuándo quiere que pase por usted?

Permaneció pensativa por un momento y finalmente contestó:

-¿Qué le parece mañana a las 20:45?

-Perfecto ¿Cómo es su nombre?

-Anna Elizabeth Schultens

-Bien, dime tu dirección.

-Calle Oldrichova 31 segundo piso, habitación 15; es la pensión Sun Flower, no prestes atención a la señorita Kromer es sorda y tiene mal carácter.

-De acuerdo-fue la respuesta de Joseph Schnitzler.

Esa noche Joseph se la pasó desvelado mirando por la ventana el movimiento de los vehículos, a su vez Anna contaba en el orfanato al resto de sus compañeras de lo ocurrido aquella víspera.

El día siguiente transcurrió rápido; simultáneamente alguien había alcanzado a escuchar la conversación que tuvo Herman Wagner con Schnitzler y fue de inmediato a comunicárselo a Greisser.

Al atardecer Joseph Schnitzler tuvo nuevamente su Mercedes Benz reparado, Constantino por su parte estaba recuperándose de la herida, para cuidado de su integridad, lo habían internado en el Hospital Militar Alemán y debía estar allí durante un par de días.

Al horario señalado, Joseph Schnitzler pasó a buscar a Anna Elizabeth Schultens, el General vestía un traje gris oscuro, camisa blanca, corbata negra y zapatos

negros, iba con una escolta de tres soldados de la división Leibstandarte y su chofer, que era un alférez de la Wehrmacht.

Joseph Schnitzler entró a la vivienda y tal como se lo había anticipado Anna, se asomó la señorita Kromer, una anciana estafalaria y de cabellos grises mal peinados; no le prestó atención, subió por unas escaleras y llegó hasta una galería iluminada por una lámpara, miró la numeración de las puertas y al ver el número 15 tocó timbre.

La puerta se abrió y se dejó ver la figura excelsa de Anna, que lucía un atavío negro, medias de seda, zapatos negros, un chal sobre su hombro y su cabellera sujeta por una redecilla, sus manos sostenían una cartera y olía a un delicado perfume de jazmín, sus labios estaban pintados de un rojo suave y su rostro bien maquillado.

-¿Lista para salir?- le preguntó Joseph.

-Sí General; salgamos.

Anna cerró la puerta con llaves y salieron de allí, la señorita Kromer volvió aparecerse y entre murmuraciones refunfuñó:

-Esta mujercuela, pudiera ser que algún día se la lleve la GESTAPO.

Joseph y Anna abandonaron la casa de alquiler y fueron hasta un comedor llamado "Zvonice", ubicado en la Torre Jindrissca, próxima a la plaza de Wenceslao el Mercedes se detuvo y estacionó, la pareja ingresó y quedaron afuera los de la escolta.

El comedor era un lugar que ostentaba lujo, el piso de madera, lámparas con pantallas oscuras, las ventanas eran translúcidas y con cortinas rojas, las paredes arcadas con decorados color amarillo, pendían cuadros de pintores célebres, en todos los rincones de la construcción había macetones con helechos frondosos, las mesas tenían manteles rojos con un florero repleto de claveles blancos, las sillas eran de madera tapizadas de marrón, algunas eran dobles, la barra del restaurante era de una madera lustrosa, sobre ella había una máquina registradora y detrás podía apreciarse diversa variedad de copas y botellas con bebidas, el personal bien aseado; podía apreciarse una escalera que conducía a planta alta y la música que se escuchaba era la que estaba de moda por aquel entonces.

Joseph y Anna se acomodaron en una de las mesas, había muchos comensales por lo que se oía mucho bullicio, en eso vino uno de los camareros con la cartilla del menú y se la entregó a Schnitzler.

Ni bien habían transcurrido diez minutos de que entraron al Restaurante, llegaron Bernard Greisser con su esposa y su hijo de dieciocho años, Nietzsche, que también estaba acompañado de su cónyuge y Martin Von Der Wall, a todo

esto no sabían que Joseph Schnitzler pudiera encontrarse allí. Cinco minutos más tarde retornó el camarero a la mesa de Joseph Schnitzler y preguntó:

-¿Qué van a servirse?

-Hemos decidido lo siguiente: presas de codornices con ensalada de tomates, salsa de jengibre y orégano y papas con una botella de vino Melnik de Bohemia y un puré de papas.

-Enseguida señor- contestó el servidor.

Y dicho esto se alejó de allí.

-¿Y bien? – preguntó Joseph- me gustaría saber tu edad

-Tengo veintidós años-contestó Anna.

-Te he visto salir de un orfanato.

-Sí, es que trabajo allí, lo hago desde que era adolescente, luego estudié para asistencia social y ahora soy la encargada-fue la respuesta de Anna.

-¿Cuántos niños son en total?-quiso saber Joseph.

-Antes que comenzara la guerra eran alrededor de setenta, pero desde que comenzó la guerra, ha crecido el número y a veces no nos damos a basto, a tal punto que debemos pedir ayuda a los conventos y monasterios; hay chicos provenientes de Polonia, Austria, de aquí de Checoslovaquia, Ucrainianos y uno que otro es alemán. - Veo que manejas bien el alemán, a pesar de que tengas rasgos de ser holandesa.

-Es que estuve viviendo en Alemania hasta los quince años y vine con mi tutor en 1936, mi madre falleció cuando era niña y a mi padre lo secuestraron y nunca más supe de él.

-¿Quién se lo llevó?

-Tengo vagos recuerdos de ese suceso; estaba muy asustada ese día.

-¿Y alguna vez tuviste un hombre a tu lado?

Anna permaneció en silencio y después prosiguió:

-Sí lo tuve, era un Teniente de la Wehrmacht y fue al frente ruso a inicios de 1942, murió en Stalingrado; íbamos a casarnos en mayo de este año...a veces siento culpa de no haber apurado la boda.

-Lo siento mucho; por mi parte te diré que soy viudo, mi esposa falleció víctima de un tumor en el útero, pero tengo un hijo y está con sus tíos, a veces pienso si él me irá a querer una vez que todo esto acabe.

-Por supuesto que sí, Joseph ¿Por qué habría de rechazarte? No pienses eso

En ese preciso momento retornó el mesero trayendo el pedido y ambos se pusieron a comer, parecía que estaba apetecible; simultáneamente, otro personal del restaurante se acercaba a la mesa donde se hallaban Greisser y los demás acompañantes.

-Disculpe camarero, pero esa música que han puesto, suena de baja categoría, y más siendo de Glenn Miller, no tendrían por qué poner música americana; retírela de inmediato- fue la directiva de Von Der Wall.

-Sí, Herr Von Der Wall- respondió el sirviente.

-Si Goebbels o el Führer estuvieran aquí, de inmediato ordenaban clausurar este negocio- fue el comentario de Von Der Wall- ahora haga el favor de traer la cartilla del menú- ordenó ásperamente el jerarca.

-Sí, señor.

Entretanto, Joseph y Anna seguían deleitando de la cena y teniendo un diálogo ameno, abordaban diferentes temas, ella no quitaba su mirada de aquel hombre de ojos azules, tenía ese recuerdo idealizado del general de alguna etapa de su vida y deseaba que ese bello instante no culminara más.

En un instante dado, Anna dijo a Joseph:

-Fíjate quiénes están en la mesa en dirección diagonal a nosotros.

Disimuladamente, Joseph observó y verificó que se trataba de Von Der Wall, Greisser y Nietzsche con sus respectivas familias.

-Pensar que nada ha cambiado desde la muerte de Heydrich- sostuvo por lo bajo Anna- Von Der Wall era uña y carne con el Vice-Reich-Protector anterior, muchos reconocen en Praga que su gestión fue próspera, pero los partisanos no podían permitir que un alemán se ganase la popularidad, y una vez ocurrido el asesinato vinieron las represalias, recuerdo a Von Der Wall encabezando la masacre de Lidice, fue terrible- recordó Anna.

-Yo estaba en Cracovia por entonces, había perdido a mi esposa el año anterior. Joseph y Anna se miraron por un momento y esbozaron una sonrisa mutua.

-¿Desea bailar, señorita Schultens?-fue la invitación de Joseph.

-Desde luego que sí- fue la respuesta de ella.

-Aguarda unos segundos.

Y dicho esto, Joseph fue hacia el mostrador y preguntó al encargado:

-Disculpe ¿dispone del tango "Volver" de Carlos Gardel?

- Sí señor, enseguida.

-¿Se puede bailar aquí?

-Claro que sí.

-Estupendo.

Y dicho esto, Joseph fue hasta su mesa, tomó delicadamente de la mano a su compañera, fueron hasta el centro de una pista que había allí y se pusieron a bailar, los concurrentes los observaban, entre ellos, Greisser, Von Der Wall y Nietzsche, que hacían comentarios entre ellos.

-¿Es acaso esa mujer la que trabaja en el orfanato?-quiso saber Von Der Wall.

-Así es, Herr Von Der Wall- fue la respuesta de Greisser.

-Este Joseph Schnitzler no sabe lo que hace- fue la observación de Von Der Wall- tengo la sospecha de que esa mujer sea espía de los partisanos.

-Lo dudo, además Herr Schnitzler debe ser lo suficientemente listo para ver con qué clase de personas se vincula, y por favor, Herr Von Der Wall, trate de ser más cordial con la gente- le replicó Greisser- es más, a pesar de ser un general

joven, tiene buen talento.

Von Der Wall no supo qué responder, mientras tanto, Joseph y Anna seguían bailando.

-Me haces recordar a mi novio, la última vez que bailamos fue en una fiesta que organizó Heydrich, unas dos semanas antes que él partiera a Rusia, por eso te pido disculpas de la actitud mía por haber tratado de esquivarte, me trajiste remembranzas.

-Lamento mucho lo que te ha ocurrido, pero debes aprender a superar esos sinsabores que en la vida se te presentan.

Volviéron a observarse, hasta que Anna le dijo:

-Siempre tuve deseos estar a tu lado, desde mi adolescencia.

Joseph quedó atónito.

-¿Perdón?

-Desde que te conocí en la estación de ferrocarril, te tuve presente en mi memoria.

-No entiendo; explícate mejor. Espérame aquí que pago y nos vamos.

Dos minutos después abandonaron el sitio, Joseph saludó cínicamente a los jerarcas y salieron a caminar por las calles, las patrullas de la Totenkopf y GESTAPO deambulaban en sus vehículos, un aire frío del sur soplaba.

-Quiero que me expliques lo que tratas de expresarme.

-Es muy sencillo y no quiero que lo malinterprete, Herr Schnitzler: lo amo desde el primer minuto que lo vi.

Joseph, sin dudarle abrazó a esa dama y le preguntó:

-¿En verdad me lo dices?

-Así es.

Joseph y Anna se besaron apasionadamente.

-Júrame que serás mía.

-Lo seré.

Y se abrazaron otra vez por un largo rato. Diez minutos más tarde, Joseph llevó a Anna hasta su departamento y ordenó a sus soldados que se marchasen, esa noche durmió junto con ella.

Capítulo 7

Herman muere

Herman Wagner puso su otra mejilla al comentarle a Joseph Frederick Schnitzler sobre su accionar con los fugitivos. Resultó que un sargento que respondía a sus órdenes fue a delatarlo ante Greisser, el suboficial estaba un poco asustado, pero el Vice-Reich-Protektor lo convencía diciéndole:

-No se asuste Sargento, usted sabe que está haciendo un bien, y le digo más, usted logrará un importante ascenso y ese tal Herman Wagner recibirá su castigo con todo el rigor de la ley.

Y sin perder más el tiempo, Greisser envió a veinte hombres vestidos de civil para no levantar algún tipo de sospecha. Los matones iban provistos de ametralladoras Thompson y fusiles Winchester y se movilizaban en un Skoda 924 y en un camión Tatra de reparto de leche.

Era el amanecer del 15 de noviembre de 1943, Herman Wagner dormía con su esposa, de pronto las luces de los potentes reflectores iluminaron toda la vivienda y se oyeron disparos.

Herman Wagner buscó un fusil Gewehr, su esposa trató de impedirse, pero él le respondió:

-Voy a defender mi familia.

Y diciendo esto llamó a uno de sus guardias.

-Teniente, lleve a mi esposa e hijos por el pasadizo.

-Sí, señor.

-¡No quiero irme!-exclamó sollozando Nadia.

El niño se echó a llorar.

-Escúchame cariño- le habló Herman- confía en mí; pronto saldremos de esto. Vete ya.

Nadia le dio un beso, alzó a su pequeño en brazos, recogió lo que pudo y fue con el oficial por el escondite, en ese preciso instante se escuchó una descarga de artillería proveniente del exterior que hizo temblar la construcción, el desorden era total, los soldados de Herman Wagner caían uno tras otro y les era difícil contener a los agresores que los habían tomado por sorpresa; los supuestos partisanos empleaban las clásicas bombas "molotov", que consistían en una botella y una tela embebida en combustible.

Herman Wagner y sus subalternos disparaban con las ametralladoras MG-42 desde los ventanales, pero una violenta granizada abatió a los francotiradores, sin embargo, Wagner se posesionó de una de las armas, pero otra descarga lo hizo caer, su

hombro izquierdo fue herido y perdía demasiada sangre. El pelotón se había adueñado del terreno, el coronel a cargo de la operación buscó a Herman Wagner con tres soldados más con ropa de civil todos; Ushka se les interpuso en el camino mostrando sus colmillos, pero fue abatido sin piedad. La defensa de la fortificación había colapsado, la profesionalidad de los atacantes impedía cualquier intento de contraataque.

El oficial a cargo del operativo debió forzar la cerradura porque estaba con llave y entró con cinco de sus hombres dotados de fusiles Winchester y Herman Wagner yacía en el suelo, la sangre todavía le brotaba de su hombro.

Los de la Polizei levantaron a Herman Wagner y lo sometieron a todo tipo de torturas, por otra parte, otra escuadra de la Polizei descendía al sótano, los refugiados al sentir tropes comenzaron a rezar salmos, pero era en vano, una intensa luz encandiló sus rostros y sin misericordia fueron acribillados allí.

El desdichado de Herman Wagner tras haber sufrido todo tipo de suplicios fue fusilado, totalmente desnudo y humillado.

Juntamente, Nadia y su niño huían desesperadamente por un desolado callejón de Praga resguardados por el teniente, por la calle paralela se hallaban los de la Polizei controlando todo el sector.

El guardaespaldas de Nadia, dijo a la esposa de Wagner:

-Hasta aquí puedo acompañarla señora.

El Teniente se alejó de allí, Nadia prosiguió con su fuga, los tropes de los soldados que tocaban sus silbatos, sumado a los ladridos de los perros no acababan; la compañera de Wagner entró en pánico.

Sorpresivamente se le apareció un grupo de hombres armados con ametralladoras Thompson, ella lanzó un grito desesperado, pero fue aniquilada sin clemencia, uno de los teutones tomó con agilidad al niño para que no se golpeará y se fueron de allí La esposa de Wagner fue enterrada en la floresta, la tumba no tenía nombre, mientras que el hijo fue entregado a un oficial de la Totenkopf que hacía tiempo que andaba buscando adoptar y no le convencía ninguno de los que veía en los orfanatos y se lo llevó a Austria esa misma noche.

Joseph Schnitzler se hallaba en casa de Anna cuando sucedió la muerte de Herman, un terrible sobresalto lo despertó, su cuerpo estaba empapado en sudor, su compañera puso su mano sobre el hombro preguntándole:

-¿Te sientes bien Joseph?

-Algo grave ha ocurrido, un grito de desesperación me sacudió.

-Yo no he oído tal cosa, tal vez hayas estado soñando- le dijo Anna.

-No; todos mis presentimientos se cumplen.

Y sin perder tiempo se vistió y salió en su Mercedes Benz, Anna hizo otro tanto, puso agua en una pava enlozada y fue al baño a higienizarse.

Mientras esto ocurría, Joseph Frederick Schnitzler iba en su auto rumbo a la vivienda de Herman, al arribar allí se encontró con vallas, vehículos y tropas de las Waffen SS y GESTAPO, el automóvil de Greisser una ambulancia y los bomberos de la GESTAPO apagando los focos de incendio.

De inmediato descendió de su Mercedes Benz y trató acercarse, pero un soldado se lo negó:

-No puede pasar.

-Pero soy General de la Wehrmacht- replicó Joseph.

-Lo lamento, son disposiciones de Herr Greisser

-¿Quién ha muerto?-inquirió Joseph.

-Un oficial, no se puede dar el nombre.

Justo salieron dos enfermeros portando una camilla cubierta por un lienzo ensangrentado y detrás de ellos Greisser y Nietzsche, pero no se percataron de la presencia de Joseph Schnitzler.

Tres minutos después partió la ambulancia escoltada por un Mercedes Benz G-5 en el que iban cinco soldados de las Waffen SS y seguidamente el vehículo de Greisser.

Joseph Schnitzler los siguió, estaba tan turbado que por suerte no choca con un camión que se le apareció de una de las calles laterales, el joven jerarca continuó manejando, el contingente iba rumbo al hospital.

Una vez que se detuvieron bajaron el interfecto y lo ingresaron a la morgue, Joseph bajó del automóvil; estaba subiendo por las escaleras cuando oyó que alguien le hablaba:

-¿Cómo está Herr Schnitzler?

Joseph volvió su vista: eran Greisser y Nietzsche; Schnitzler retrocedió y se arrimó a ellos.

-¡Oh, perdone! ¡Que distraído soy!

-¿Viene a ver al difunto?-le interrogó Greisser

-Sí

-Lo mataron los partisanos- argumentó el Vice-Reich-Protektor- ¡Pobre Teniente Coronel Wagner! Fue un buen soldado.

Joseph Schnitzler entristeció.

-¿A caso usted lo conocía?- fue la pregunta de Greisser.

-Nos criamos juntos- contestó acongojado Joseph- fue casi un hermano.

-Lo sentimos mucho.

-¿Y el resto de su familia?-preguntó Joseph

-Lo ignoramos. Si desea verlo siga por la galería hasta encontrarse con una puerta al costado, hay un cartel que dice morgue- le indicó Greisser- Ah, antes que me olvide, pase por mi oficina.

Joseph Schnitzler siguió las indicaciones del Vice-Reich-Protektor, en el trayecto recordaba todo lo compartido con Herman Wagner: las peleas de la infancia, cuando jugaban en la cabaña construida en el caldén, cuando Herman lo defendía de los hermanos Strauss y de esa vez que quedaron encerrados en la casona abandonada durante tres horas; tantas vivencias.

Al entrar a la morgue, Joseph vio el cuerpo desnudo y lacerado de Herman, puso su mano derecha sobre el pecho de su amigo, en eso vino un enfermero y le dijo:

-Debe retirarse señor.

Joseph se marchó de allí, cabizbajo, sin comprender el por qué de esa fatalidad, se sentía tan impotente, al salir de allí fue hasta su auto y se puso a llorar como un niño.

Una hora más tarde, Joseph se enteró que Herman Wagner sería cremado, juntó fuerzas y fue al sitio donde se llevaría a cabo la cremación.

Cuatro soldados llevaron el cadáver de Herman Wagner en un ataúd y lo colocaron en el horno y minutos después quedó reducido a cenizas, que fueron recolectadas en un ánfora de cerámica.

Terminada la incineración, Joseph Schnitzler redactó una carta de condolencias a Emma, madre de Herman:

“Praga, 15 de noviembre de 1943

Querida Emma: le escribo estas sencillas líneas para informarle con profundo dolor el fallecimiento de su hijo Herman Wagner en la madrugada de hoy.

Por el informe de las autoridades se trató de un asalto sorpresa de la Resistencia; no hay noticias del paradero de su esposa e hijo.

Su hijo fue cremado y sus cenizas estarán en mi poder, depositadas en una vasija, hasta que pueda viajar a entregárselas a usted.

Dios sepa aliviar su sufrimiento ante tal desdichada pérdida.

Afectuosamente

Joseph Frederick Schnitzler.”

Concluida la carta, Joseph la aseguró y la llevó al correo, posteriormente se presentó en el despacho del Vice-Reich-Protektor, Greisser se encontraba leyendo los últimos informes proporcionados por la GESTAPO, al ver a Schnitzler se incorporó y le estrechó la mano.

-Siento en verdad lo de su amigo- fue el falso pésame de Greisser- a veces el destino nos juega una mala cruzada.

-Así es.

-Herr Schnitzler, lo he citado para que vaya a Auschwitz, con el objetivo de constatar la realidad que se vive en esos predios, ya que el Führer no toleraría otro Sobibor; su misión consiste en rescatar la información necesaria, debe partir lo más antes posible.

Joseph abandonó a Greisser y citó a Von Trapp, Hansing y a treinta soldados y se reunieron en el pabellón deportivo de las Waffen SS.

-Señores, los he llamado para que vayamos hacia Auschwitz, Hitler está furioso por lo que aconteció en Sobibor y quiere evitarlo a toda costa. Nuestra tarea consistirá en reportar los mínimos detalles.

Greisser estaba utilizándolo a Joseph Schnitzler, pues el Vice-Reich-Protektor estaba confabulando una conspiración contra Hitler y de esta forma se podía implicar también al joven general.

Era de noche cuando Joseph estaba por partir, previamente se despidió de Anna.

-Me voy hacia Auschwitz- le comentó Joseph.

-Llévame contigo Joseph.

-Conviene que te quedes.

Ella sollozó desesperadamente y Joseph no comprendía lo que estaba ocurriéndole.

-¿Qué te ocurre?-quiso saber Joseph

Ella no respondía, pero Joseph se sentía tan confundido e irritado y le regañó:

-¿Crees que soy un idiota? ¡Contesta mujer!

-¡Perdóname Joseph!

-No entiendo más nada.

-Es que corre sangre de judíos en mis venas.

Al escuchar esto, Joseph llevó su mano izquierda a su rostro, se sentía tan desilusionado de todo lo que lo rodeaba, se sentó en una de las sillas y dijo:

-Yo te amo lo mismo.

-No me digas eso de lástima- fue la contestación de ella.

-No lo digo de caridad; tú sabes que lo que expreso lo hago de corazón. Esto me tiene cansado, ver muertes injustificadas de personas inocentes, acabo de perder a mi mejor amigo y sólo me quedas tú en medio de este infierno, en medio de estas cenizas que no tienen fin. Escúchame: si durante mi ausencia peligras, vete a Suiza o a cualquier país neutral y una vez que estés allí me escribes una carta ¿De acuerdo?

-No, Joseph; sé feliz, busca a otra mujer, no soy digna de pertenecerte.

Joseph no sabía qué hacer, su rostro estaba pálido, tantas emociones juntas, sentía que su corazón le estallaba, hasta que logró apaciguarse y le preguntó a su amada:

-¿Cuál es tu verdadero apellido?

-Wisenthal, Anna Elizabeth.

Joseph exhaló un profundo suspiro y en medio de murmuraciones se marchó de Allí; amanecía, una suave brisa del sur soplaba y las nubes cubrían el cielo.

Capítulo 8

Auschwitz

Joseph Frederick Schnitzler partió con destino a Auschwitz con su pelotón de treinta soldados de la Wehrmacht y sus lugartenientes, el Mayor Von Trapp y el coronel Holzner y la infaltable compañía de Anubis.

Media hora más tarde de la salida empezó a caer una lluvia intermitente, la niebla se tornó densa por lo que debían conducir con precaución.

Auschwitz se situaba en Polonia, a unos 60 km al oeste de Cracovia, en el norte de Silesia Oriental, anexionada por el Tercer Reich tras la invasión de Polonia en setiembre de 1939.

Después de un día y medio de viaje arribaron a Auschwitz. Las instalaciones del campo eran barracones de ladrillos y madera, que habían sido antiguamente caballerizas y poseían diminutos tragaluces, a excepción de dos ventanas abatibles; el predio estaba cercado por alambrados de púa y podían apreciarse vías de tren, en la puerta del campo había un letrero que decía: Arbeit Macht Frei, que traducido al español significa: El trabajo trae la libertad. Había también un puesto de vigilancia con la continua presencia de soldados de la división Totenkopf de las Waffen SS sumada a la custodia que estaba concentrada en todo el terreno, armados con ametralladoras y perros Pastor, por otra parte se veían camiones Mercedes Benz y Büssing-Nag, motocicletas Zundapp BMW con sidecar, un Mercedes Benz G-5 y un BMW negro modelo 1942. Los vehículos de Joseph Schnitzler se detuvieron, eran dos camiones Opel Blitz y el Mercedes Benz; era casi el mediodía, un oficial con el rango de Capitán se acercó a los recién llegados, escoltado por otros subalternos y tres soldados más. Los oficiales de la Totenkopf saludaron a Joseph Schnitzler y sus colaboradores con el gesto del Nacional-Socialismo.

-Herr Von Striebeck, para servirle, Coronel de la Totenkopf – dijo el oficial.

-Herr, Joseph Schnitzler, General de Infantería Motorizada de la Wehrmacht.

-Espero que su estancia sea de su agrado en este campo-señaló Von Striebeck- Herr Rudolf Hoss se encuentra en Cracovia y he quedado en la conducción interina del campo.

Von Striebeck era un hombre que habrá tenido dos años más que Joseph Schnitzler, de cabellos rubios y ojos verdes, vestía el uniforme de Coronel de la Totenkopf y un sobretodo negro. La jornada había sido sangrienta, decenas de cadáveres yacían en el muro negro chorreando sangre y un camión Ford estacionado estaba allí a la espera de llevar los cuerpos al crematorio.

Joseph Schnitzler, más que el resto quedó compungido al ver la expresión de la muerte en esos rostros desfigurados, resultado del trabajo forzado y de la mala alimentación.

Las cámaras de gas funcionaban a pleno y se oían gritos desesperados débiles, arriba del tejado se hallaba un soldado dotado de una ametralladora MP 40.

-Vengan conmigo, les mostraré el interior de las instalaciones-indicó el Capitán.

Joseph Schnitzler y los suyos fueron tras el Capitán hasta el sitio indicado. Eran pequeñas habitaciones con sesenta paredes divisorias, entre las que se encontraban literas formadas por tres camastros cubiertos por una fina capa de paja, se encontraban allí algunos presos desnudándose a la espera de su próximo turno, en su mayoría ancianos.

En eso entraron tres soldados de las Waffen SS al mando de un sargento y con malos tratos sacó a los desquiciados diciéndoles:

-¡Vamos perros infelices que se les acerca la hora!

El espanto reinó, los soldados sacaron a los empujones a sus cautivos, totalmente desnudos, malolientes, fue la primera vez en que Joseph vio de cerca el terrible precio de la humillación, recordó las fotografías que le mostró Stephanie, por un instante quiso arrebatarse la ametralladora a uno de sus soldados para detener semejante barbarie, pero comprendió que era inútil. Cuando salieron de allí las puertas de la cámara habían sido abiertas de par en par, y allí estaban los cuerpos retorcidos y revueltos por doquier; varios presos fueron obligados a sacar los interfectos de allí y seguidamente colocarlos en un vagón.

-Esta es una parte del proceso- explicó Von Striebeck a Joseph y a sus leales- a los muertos los llevarán a las fosas, en tanto que a los nuevos se les verterá gas Zyklón B.

Nuevamente se oyó el alboroto que fue apagándose con el paso de los minutos y otra vez se abrieron las puertas, dejándose ver centenares de personas muertas.

-Veamos los hornos de incineración- dijo Von Striebeck.

El complejo tenía cuarenta y seis nichos, cada uno con capacidad para tres a cinco individuos, a todo esto Von Trapp fotografiaba todo lo que veía y Holzner iba anotando en una libreta, por lo que el Capitán se sentía algo incómodo.

-Sigamos hasta las fosas-invité Von Striebeck.

Las fosas constituían un medio rápido y eficaz, tenían canales por los cuales recogían la grasa humana, que se empleaba para mantener avivado el fuego junto a cantidades de aceite y alcohol, el olor era repugnante, no se podía respirar, los

presos iban con palas y recogían las cenizas y las echaban en carretillas para luego emplearla como abono, drenaje de pantanos o simplemente eran arrojadas a ríos o estanques de las cercanías.

Todos los días llegaban trenes de transporte de mercancías atestados con prisioneros, para calmarlos, las autoridades del campo ponían música clásica, había un plantel de médicos que los seleccionaba, entre ellos Joseph Menguele y los soldados de la Totenkopf que controlaban el procedimiento. Los que no servían eran subidos en camiones y los considerados aptos eran obligados a desvestirse, sus ropas y objetos de valor les eran arrebatados, un peluquero les rapaba por completo la cabeza.

Tras ser sometidos a duchas frías o calientes eran desinfectados mediante una lejía maloliente y de color azul verdosa.

Las vestiduras eran entregadas de mal manera, algunas eran de reos que ya habían perecido, algunas estaban rotas y mugrientas.

El ingreso al campo se formalizaba con el antebrazo tatuado y debían coserlo en triángulo, a la altura del pecho, en un lado izquierdo de la ropa. Sin embargo, en medio de tanta barbarie, los de las Waffen SS vivían la vida con un marcado hedonismo, el dinero sobraba, producto de vaya saber de qué chantaje y mercado negro, todas las noches se organizaban juergas y comilonas que sobrepasaban los límites de la Gula, sumada a las orgías con bellas mujeres que invitaban para pasar un momento grato.

Una mañana, el capitán Von Striebeck llevó a Joseph Schnitzler y los suyos a un galpón, allí había parvas de calzados, valijas, mechones de cabellos, armazones de anteojos y dientes de oro que se les quitaban a los prisioneros.

-Aquí viene a parar todo lo que se le quita a los convictos, luego se lo selecciona y se lo procesa- expuso Von Striebeck- supongo que el Führer debe conocer todo esto. Todas las mañanas un muchacho de unos diecisiete años lustraba las botas a Joseph Schnitzler o se encargaba de limpiarle el Mercedes Benz, pero una tarde el joven fue abatido sin mediar motivo alguno por un soldado de las Waffen SS.

Con el transcurso de los días, la salud de Joseph Frederick Schnitzler fue deteriorándose, fiebre y tos se posesionaron de él, por lo que debió ser alojado en un centro asistencial, sumado a esto, las pesadillas que lo invadían, por lo que debía ser aliviado con dosis elevadas de morfina. Estuvo así durante cinco días, delirando y gritando, las enfermeras y el doctor acudían rápidamente para asistirlo, hasta que llegó un límite que debió ser amarrado.

Finalmente logró recuperarse y retornó a Praga, dejando atrás aquella fábrica de la muerte, dónde sólo se veían cenizas y lamentos.

Mientras esto sucedía Greisser, coaccionado por Von Der Wall y Nietzsche, ordenó investigar al orfanato con el propósito de verificar si trabajaban judíos o colaboradores de partisanos.

Se encontraba Anna en el orfanato, cuando en la mañana del 18 de noviembre se presentaron tres hombres jóvenes, rubios, de ojos verdes, con traje negro, sombrero y sobretodo, seguidos de oficiales de la Totenkopf uniformados de negro y soldados provistos de ametralladoras Stg 44.

-Buenos días señorita-saludó uno de ellos-venimos a inspeccionar el personal de esta casa de expósitos.

-Yo soy la administradora- respondió Anna

-Ya que estamos en el asunto, necesitamos su filiación ¿tiene documentos?

-En mi cartera- contestó ella.

-Por favor, muéstremela-exigió el de la Policía Secreta Estatal.

Anna sacó de su bolso su libreta de identidad y se la alcanzó al de la GESTAPO, su corazón le palpitaba a un ritmo acelerado, los agentes miraban fijamente a la regente, en eso vino otra mujer de unos veintiocho años, de cabellera negra y vestido celeste, al advertir la presencia de los Servicios de Seguridad, escudriñó:

-¿Qué demonios sucede aquí?

-Exhiba su identificación- ordenó el de la GESTAPO.

-¡Esto es un atropello!-protestó ella.

Los uniformados de la Totenkopf sacaron sus pistolas Luger y apuntaron sobre la frente de la dama.

-No le conviene que responda así a un agente estatal- le dijo en tono amenazador el de la Waffen SS.

Pauline Prihoda, que así se llamaba la compañera de Anna, viendo que no tenía escapatoria, sacó su documentación y se la mostró a los de las SS GESTAPO; los teutones evaluaban silenciosamente.

-Muy bien, ahora necesitamos que llame al resto de los que trabajan aquí y a los niños.

Los alemanes prepararon una especie de escritorio y fueron empadronando a cada uno de los que prestaba servicio allí, algunos estaban temerosos porque eran de procedencia judía, Anna estaba un poco intranquila, un oficial de la Totenkopf le interrogó:

-¿Es usted la novia de Herr Schnitzler?

-Sí- fue la respuesta de Anna.

El de la Totenkopf no hizo comentario alguno; finalmente los germanos indicaron: -Los que tengan apellidos judíos y polacos, alinearse a la izquierda, los demás, vuelvan a sus puestos de trabajo.

El desánimo y miedo reinaron allí, los oficiales de las Waffen SS llamaron a los soldados que estaban custodiando el edificio del orfanato y los hicieron entrar para que saquen a los infortunados de allí y los lleven a los camiones.

-No creo que se lleven a estos pequeños indefensos-les dijo Anna.

-¡Usted guarde silencio!-la increpó uno de las SS- ordeno a que traigan a todos esos chicuelos ante mi presencia.

Anna y Pauline no tenían otra opción, hicieron venir a todos los niños del orfanato, los más pequeños lloraban desconsoladamente, los alemanes comenzaron a caminar alrededor de ellos, había varios huérfanos que superaban los doce años de edad, el que estaba a cargo del operativo ordenó:

-Todos los varones y mujeres que superen los doce años vengan con nosotros, incluso ustedes señoritas, de lo contrario nos veremos obligados a demoler este hospicio.

-¿Qué hará con el resto?- fue la pregunta de Pauline.

-El resto no sirve.

Pauline estalló en histeria y llanto, trató de escapar con los pequeños, pero los soldados la aniquilaron sin piedad junto a otros niños, la desesperación era tan grande; la gente empezó a reunirse afuera, pero los soldados no les permitían acercarse.

Adentro se hallaban Anna, la cocinera y algunos pequeños, en cuanto a los demás fueron conducidos a los camiones, el oficial al mando del operativo dijo a Anna:

-Venga usted también con nosotros.

Viendo que era imposible resistirse a los germanos, los acompañó, los soldados no dejaban de apuntarle, con torpeza fue subida a un camión Mercedes Benz, allí había otros expósitos, totalmente alterados por la situación, pasados algunos minutos partieron de allí.

Transcurridos veinte minutos de viaje los camiones se detuvieron, los soldados los hicieron descender, estaban en el ghetto de Theresienstadt, que eran sitios de hacinamiento cercado por muros y alambrados de púa, había allí un cartel que decía: "Está terminantemente prohibido atravesar la reja. El que así lo hiciere, será fusilado peor que rata". La presencia de soldados de las Waffen SS era absoluta. Los de la Totenkopf hicieron bajar a algunos de los niños y a la cocinera, mientras que Anna permaneció en el vehículo; cinco minutos después retomaron el recorrido.

Veinte minutos más tarde volvieron a detenerse, estaban en el ferrocarril, los alemanes los hicieron bajar, allí había vehículos y un escuadrón de la división Totenkopf con Ovejeros belgas, Anna, y los que no habían quedado en el ghetto subieron a los vagones, allí se encontraban otros desventurados, todos fijaban sus ojos en Anna y murmuraban entre ellos en lengua eslava.

Una mujer se le acercó y en idioma germano le comentó:

-Ellos tratan de decir que ni tú lograste escapar de las SS, ni menos de Majdanek.

-¿Dónde está Majdanek?-preguntó Anna resignada.

-En Polonia, tal vez tú les sirvas para complacerlos hasta que se cansen de ti; perdona, mi nombre es Klara ¿y el tuyo?

-Anna Elizabeth Wisenthal.

En ese instante las puertas de los vagones se cerraron y en escasos minutos sonó el silbato de la locomotora y el tren partió rumbo a Majdanek, Anna ansiaba que Joseph Schnitzler hubiera podido salvarla, pero finalmente se convenció de que aquello era imposible.

Capítulo 9

Majdanek

Joseph Frederick Schnitzler volvió de Auschwitz, estaba mucho más delgado, más que todo por los días que estuvo postrado y por la fiebre sufrida; en su rostro podía notarse la expresión de cansancio.

Una vez que terminó de bañarse y de cambiarse su uniforme, Joseph se presentó con los oficiales que habían ido con él en dependencias del Vice- Reich-Protektor con un sobre de madera correctamente lacrado.

A puertas cerradas, Greisser examinaba con renuencia el material fotográfico, su ceño se le fruncía cada vez que veía las fotos de prisioneros desnutridos, de las fosas y de los experimentos.

-¡Están perfectas!- exclamaba Greisser deslumbrado- jamás vi algo así. Buen trabajo Herr Schnitzler.

Concluido el encuentro con el Vice-Reich- Protektor , Joseph se retiró de allí con sus subalternos, no habrá terminado de recorrer un corredor cuando divisó a uno de sus soldados que venía hacia él, Schnitzler detuvo su paso.

-¿Qué ocurre soldado?- le preguntó Von Trapp.

-Debo darle un mensaje a Herr Schnitzler- respondió el soldado.

-Con permiso señores- dijo Joseph.

Joseph Schnitzler y el soldado fueron caminando por otro sector de la sede del baluarte hasta el pabellón de deportes, había allí unos muchachos de las juventudes hitlerianas haciendo gimnasia.

-Herr Schnitzler, no sé cómo decírselo, pero ha ocurrido algo espantoso-le dijo el soldado pausadamente.

Joseph empalideció, pero pronto recobró su aspecto habitual.

-Dígamelo de una vez, soldado -fue la directiva de Joseph.

-Cuatro días después que usted viajó hacia Auschwitz, los escuadrones de la muerte y la GESTAPO realizaron una batida en el orfanato, mataron a varios niños junto con una de las directivas y los demás fueron conducidos lejos de aquí. Lo siento mucho por usted.

Joseph Schnitzler se marchó de allí, subió rápidamente a su automóvil y fue rumbo a las oficinas de las Waffen SS y GESTAPO, sus ánimos estaban exacerbados y no podía contenerse, a tal punto que casi embiste a un hombre que pasaba en bicicleta.

Joseph Schnitzler ni siquiera se hizo anunciar, entró estrepitosamente al despacho, allí se hallaba un oficial con el rango de Mayor, al ver entrar al general le dijo:

-General debió pedir permiso.

-¿Usted no me dice lo que debo hacer o no!. ¿Dónde están los niños del Orfanato y su directora?

-Disculpe, pero por disposiciones de Herr Greisser...

Joseph sacó su pistola Luger y le apuntó amenazante:

-¡Escúchame maldita lacra urbana! ¡Fíjate en todos los registros dónde fueron llevados Anna Elizabeth Schultens y los otros pequeños!

El subalterno no tuvo otro remedio que sacar un libro que contenía un extenso listado con las últimas deportaciones, buscó denodadamente hasta que por fin halló el nombre de Anna marcado con un asterisco y un guión a cuyo lado decía: Majdanek

-Aquí dice que fue conducida a Majdanek- contestó con alivio el oficial.

-Muchísimas gracias.

Sin perder un minuto, Joseph hizo cargar combustible a su Mercedes Benz, controló el aire de sus neumáticos y sin levantar la menor de las sospechas fue rumbo al lugar citado por el oficial; como el viaje era extenso aprovechó pasar por Hamburgo y dejar las cenizas de Herman Wagner a Emma.

Cuando Joseph llegó a su hogar natal, "Ludmila" salió a su encuentro, uno de los empleados de la familia abrió el portón de la vivienda para que ingresara el automóvil.

María Teresa, Emma y Erwin recibieron a Joseph, Anubis olfateaba a Ludmila; la nodriza de Schnitzler al ver la urna con las cenizas de su hijo quebró en llanto, los demás abrazaban y le daban palmadas en la espalda para brindarle ánimo.

Después que se instaló en su casa paterna, Joseph se dio su aseo, se cambió de vestimenta y se sentó a la mesa a comer, hacía tiempo que no estaba con su familia, pero se escribían con frecuencia.

La cena servida era una presa de pato sazónada con orégano, ajo, acompañada de un puré de papas y un vino añejado, Joseph comía con intenso apetito.

-Estás más delgado- observó María Teresa.

-Es que estuve enfermo cuando me tocó estar en Auschwitz supervisando lo que ocurría.

-¿Pero eso no les corresponde a los de la SS?- interrogó Erwin.

-Sí, pero me designaron a mí- contestó Joseph.

-Por favor, cuéntanos bien sobre Herman- fue el pedido de Emma.

Joseph relató con lujos y detalles lo acontecido con Herman Wagner,

cuando finalizó, Erwin sostuvo:

-¿Quiere decir entonces que Nadia y el niño se perdieron por completo? ¿Qué opinas tú al respecto?

-Realmente no sé qué decir, pero Herman estaba en muchos embrollos y es seguro que existió un entregador.

-Cambiano de tema ¿Sabes quién está aquí?- le anticipó Erwin.

-¿Quién?-preguntó ansioso Joseph.

-Tu hijo.

Una alegría se vislumbró en Joseph.

-¿Cómo se encuentra él?- quiso saber.

-Bien. Tu hermano y cuñada han sabido cuidar bien de él y no le han hecho faltar las cosas en absoluto, además sus primos juegan siempre con él- comentó Erwin.

-Quiero verlo ahora mismo- dijo Joseph.

-Está dormido, parece un ángel-señaló María Teresa.

-Trataré de hacer el menor ruido posible-sostuvo Joseph.

Acabada la comida, Joseph entró cautelosamente a la habitación de su hijo, el pequeño dormía profundamente, su mano derecha sostenía un gatito de peluche, Joseph se acercó, tenía la misma expresión y encanto de su finada esposa Milena, él besó su frente y antes que despertara abandonó el cuarto.

Antes de que Joseph se fuera a dormir, su padre de crianza le dijo:

-Ven conmigo.

Padre e hijo salieron a caminar por el vergel alumbrándose con linternas, tras ellos iban Ludmila y Anubis, cuando llegaron al galpón se detuvieron.

-Abre el portón-fue la directiva de Erwin.

Joseph sin dudar hizo lo que se le pidió y quedó estupefacto al ver un Mercedes Benz 600k w148 color negro modelo 1942; el joven jerarca estaba totalmente maravillado ante la majestuosidad del vehículo, lo miró por todos sus rincones, estaba prácticamente nuevo, detrás de este se encontraba un vehículo cubierto por un lienzo blanco.

-Está casi sin uso, y fíjate en el que está cubierto por la tela blanca.

Joseph destapó y vio que era el automóvil que usaba Milena.

-Desde que falleció ella nadie más volvió a conducirlo-sostuvo Erwin.

Hubo un mutismo que pareció infinito.

-¿Y? ¿Qué consideras?-escudriñó con ansia Erwin.

-Está bellísimo; te lo agradezco.

Joseph cerró el portón, al tiempo que el hombre que lo crío desde niño lo aguardaba.

-Quiero comentarte algo, no quiero decirlo ante tu madre; demasiado ha sido el impacto que estamos atravesando con la muerte de Herman, fue casi como un hermano para ti.

-¿De qué se trata?-preguntó Joseph.

-Se trata de tu hermano Eric, está haciendo casi lo mismo que Herman, ya le dije que no se entrometa con esos grupos que dan refugio a los judíos, si la GESTAPO lo descubre nos matarán a todos, incluido a ti y esa desgracia no la permitiré.

-No te aflijas, veré la manera de convencerlo; por mi parte te cuento que he tenido otro sinsabor: conocí a otra mujer, pero antes de ir a Auschwitz me confesó que era judía y cuando regresé se la habían llevado los de las SS; trabajaba en un asilo de huérfanos.

-Ruego tengas una buena dicha, has tenido mala suerte en el plano sentimental.

-Igualmente pienso yo.

-Retornemos, se ha hecho tarde, mañana iremos al cementerio.

Al día siguiente fueron a la necrópolis Erwin y Joseph, el sepulcro de Milena tenía un adoquinado color verde grisáceo, con figuras de ángeles talladas en bronce acompañada de evocaciones y una foto de la difunta; Joseph colocó rosas blancas y rojas y se alejaron de allí.

Antes de continuar el trayecto hacia Majdanek fue al estudio jurídico de su hermano Eric, el abogado se encontraba solo, por lo que el joven jerarca aprovechó para poder hablar a solas con él.

Joseph entró sin pedir permiso, por lo que Eric se sintió ofuscado.

-La próxima vez notifícate, casi me haces dar un síncope- le regañó Eric

-No, hasta que aprendas a cuidar tu pellejo- le replicó Joseph-¿qué pantomima es esta, hermano? ¿Arriesgar tu vida y de toda nuestra familia por una causa inútil?

-Por favor Joseph, no empieces con tus sermones- le contestó Eric.

-¡Escúchame maldito! Herman tuvo un final triste intentando hacerse el benefactor; la familia no tolerará otra desgracia: primero falleció Milena, después Herman ¿Y ahora quieres que nos lleven a todos? Es la primera y única vez que te lo prevengo, porque después será demasiado tarde.

Y sin dar más rodeos, Joseph se marchó de allí con destino a su casa para almorzar y seguir el viaje; en esa ocasión el diálogo fue más fluido que la noche anterior.

Antes de la víspera, Joseph partió de Hamburgo en su flamante vehículo junto a Anubis, rumbo a Majdanek.

Luego de varios días de viaje, el transporte con prisioneros estuvo en Lublin, allí los esperaba en la estación un escuadrón de las Waffen SS con perros Pastor Belga y Rott Weiller; los alemanes habían improvisado allí una especie de escritorio con máquinas de escribir.

Los teutones hicieron agrupar a los varones a la derecha y las mujeres hacia la izquierda y les preguntaban los datos personales y oficio, los que eran considerados "incapaces" debían ponerse a un costado.

Terminada aquella selección los útiles fueron subidos en camiones Mercedes Benz y Opel Blitz, mientras que los "Inútiles" subieron en camiones Büssing-Nag y Ford. Anna tuvo la ventaja de que se dedicaba a la atención de niños y pudo salvarse, se sentía aliviada en parte.

Al llegar a los límites de la ciudad de Lublin, justo en la carretera principal Lublin-Chelm, los vehículos se detuvieron, allí estaba Majdanek. El predio estaba subdividido en seis zonas y servía como campo de trabajo forzado para judíos polacos y reclusos polacos, y centro de detención para los integrantes de la resistencia ilegal polaca en el Gobierno General.

Los recién llegados fueron bajados a los empujones, era de noche cuando estuvieron allí, había mujeres de las SS con fustas y soldados armados con fusiles Gewehr y perros Ovejero alemán, también podía advertirse una torre de control y guardias apostados que alumbraban con reflectores en todas las direcciones.

Anna y los otros cautivos fueron llevados a sus respectivos lugares, en el recinto donde ella fue enviada había mujeres de todas las edades, como faltaba espacio, Anna se acurrucó en un rincón, las que estaban allí observaban a la novia de Joseph Schnitzler e hicieron comentarios entre ellas.

La fatiga venció a la administradora del orfanato hasta quedar totalmente dormida. A la mañana siguiente, apenas despuntaba el alba, se despertó sobresaltada con los ladridos de perros, luces incandescentes y voces, eran las mujeres de las SS que habían entrado con fustas.

-Ubíquense al frente las que llegaron anoche- fue el mandato de una de ellas.

Anna y las otras se situaron en el sitio determinado, la de las SS caminó alrededor de ellas, y les ordenó:

-Salgan afuera.

Ellas hicieron de acuerdo a lo ordenado, hacía mucho frío; se encontraban también otros prisioneros, los alemanes los tuvieron parados allí por el término de dos horas y media, los infortunados no hallaban posición alguna, tenían los pies cansados, hasta que por fin se le dio por aparecer a un oficial de las Totenkorpff que terminaba de ponerse su uniforme y venía sacándose las migas de pan que quedaban en su

boca, el teutón se paró ante ellos y pausadamente en lengua germánica dio las reglamentaciones del campo, para ese entonces existía una cierta paranoia que había invadido a las tropas de ocupación debido a la resistencia judía ocurrida en ese año. A comienzos de noviembre, en la Operación Festival de la Cosecha, 18.000 judíos fueron asesinados por unidades especiales de la policía y Waffen SS enviadas a Lublin para ese propósito; la masacre se realizó fuera del campo.

Posteriormente a las directrices los reclusos debieron desnudarse y pasar por una rápida ducha de agua fría y por último fueron rociados por una lejía, a modo de desinfectante.

Lo más triste para Anna fue cuando su cabellera rubia fue cortada y cuando le colocaron una numeración en su antebrazo con un punzón.

Como se había ocupado de trabajar en el hospicio, los alemanes la ocuparon de realizar tareas domésticas varias y así fueron transcurriendo los días, esperanzada de que Joseph Schnitzler se compadeciera de ella y la sacara de ese lugar infernal.

Estaba lloviendo cuando Joseph Schnitzler estuvo en Lublin, pagó una habitación en una modesta hostería, era el 1º de diciembre de 1943, precisamente en esa fecha finalizaba en Teherán la Conferencia de los Tres Grandes (Franklin Delano Roosevelt, Iósiv Stalin y Winston Churchill) para elaborar la estrategia militar y la política europea de la posguerra y se decidió invadir Francia para el año siguiente.

Joseph Schnitzler fue a una de las dependencias de las Waffen SS, allí lo atendió un Coronel de la Totenkopf, al escuchar la petición del General respondió sentenciosamente:

-Lamento no poder atender a su inquietud, Herr Schnitzler, me pone en riesgo a mí y a usted también. Debe haber un motivo especial para sacar a un prisionero de Majdanek y una autorización por parte del Gobierno General y las autoridades locales.

- Esa persona es mi esposa, se traspapelaron los datos y posiblemente hubo una confusión.

-Lo siento, pero aquí no existe alguien reportado con el apellido Schnitzler, yo soy el que lleva el registro de todos los deportados...salvo que ella esté anotada con otro apellido. ¿Podría decirme el nombre completo de su cónyuge?

-Schultens, Anna Elizabeth- contestó Joseph.

El de la Totenkopf sacó un libro de actas con los últimos llegados, buscó minuciosamente hasta hallar el nombre de Anna Elizabeth Schultens y con fecha del 24 de noviembre de 1943 y el lugar donde estaba confinada.

-Aquí sale como fecha el 24 de noviembre de 1943-fue la respuesta del subalterno-

está en Majdanek, pero de igual modo deberá aguardar una aprobación del Gobierno General y eso llevará su tiempo.

-¿Cuánto aproximadamente?

-Depende. Un mes, posiblemente más- respondió fríamente el subalterno- a no ser, que usted siendo un general de la Wehrmacht piense en otra solución más eficaz. Joseph Schnitzler, sin dudarlo, sacó del bolsillo del sobretodo un fajo de billetes norteamericanos y lo colocó sobre el escritorio del oficial, quien al ver el dinero quedó perplejo.

-Diré a un pelotón que lo conduzca a Majdanek- respondió con asombro el oficial. Joseph Schnitzler fue escoltado a Majdanek por un escuadrón de diez soldados de la Totenkopf en un camión Opel Blitz, llevaban consigo una orden con la firma falsificada del Gobierno General.

En el preciso instante en que Joseph Schnitzler arribaba al campo de exterminio, Anna se hallaba haciendo los quehaceres domésticos con otras mujeres cuando aparecieron dos soldados de la Totenkopf al mando de un sargento, el suboficial se dirigió a las mujeres preguntando:

-¿Quién es Anna Elizabeth Schultens?

-Soy yo- contestó ella.

-Acompáñeme.

Por un momento creyó que iba a la cámara de gas, ella siguió a los teutones y al salir afuera halló a Joseph Frederick Schnitzler rodeado por diez soldados de las Waffen SS; al verlo, ella corrió con alegría hacia él y no paraba de besarlo y en medio de gimoteos le decía:

-Desde que me sacaron del orfanato rogué que tú vinieras hacia mí. Los que se encontraban allí miraban asombrados el acontecimiento, los demás prisioneros murmuraban entre ellos; Klara, la que había dialogado con Anna cuando subieron al tren, le dio una palmada en su hombro diciéndole:

-Has tenido suerte compañera, pero en nombre de todas tus compañeras de habitación, te pido que no nos olvides jamás, sean cual fueran nuestros destinos.

-No me olvidaré de ustedes- contestó Anna.

Minutos más tarde se alejaban de allí, Joseph abrigó a Anna con su sobretodo, la llevó a un convento de monjas, allí se bañó y se alimentó, entretanto, el joven general iba al centro a comprarle ropas nuevas y calzado.

Cuando Joseph fue a buscarla al claustro, ella se hallaba en los jardines, estaba con una túnica blanca.

-Cámbiate y nos vamos de aquí-le dijo Joseph.

Pasados diez minutos Anna estuvo con vestiduras nuevas. Lucía una camisa azul, pollera negra, medias de seda, un saco gris, botines acordonados y un pañuelo blanco en su cabeza, ya que su cabellera estaba corta todavía. Al alejarse de la residencia de monjas, Joseph la llevó rumbo a la estación de tren, sacó un boleto para Suiza y se lo entregó a Anna.

-Cuando estés en Suiza, escíbeme; te daré algunos dólares, te harán falta; no te vincules con gente de los partisanos o cualquiera que pueda resultar peligroso para tu integridad física. Nunca menciones Majdanek ni tu pasado adolescente.

¿Comprendes?

-Sí Joseph.

-Júrame que serás mía desde ahora en adelante.

-Te lo juro Joseph.

En ese momento tocaron la campana de la Terminal ferroviaria, Anna abrazó a Joseph y subió a un vagón de segunda clase, transcurridos algunos minutos, se oyó el silbato de la locomotora y el tren inició su partida, ambos no dejaban de saludarse, hasta perderse de vista.

Luego de haber despedido a Anna en la estación, Joseph Schnitzler retornó a Praga, el cielo se despejaba y los rayos del sol alumbraban con fulgor; habrá promediado el mediodía.

Capítulo 10

Testimonios secretos

Joseph Schnitzler retornó de Polonia, hacía frío esa mañana. Después de haberse higienizado y cambiado de uniforme, envió por correo el informe solicitado por Himmler y Von Brünner con una nota adjunta en la que se disculpaba por las demoras por motivos personales. Seguidamente fue a la oficina del Vice-Reich-Protektor, pero no pudo hallarlo por lo que fue en búsqueda de Hansing, Constantino Von Heidegger, el Coronel Holzner y el Mayor Von Trapp. No acababa de cruzar un extenso corredor, cuando sorpresivamente se le apareció un individuo de casi cincuenta años, cabellos rubios, ojos verdes y anteojos redondos que vestía el uniforme de general de la Reichsführer SS, el jerarca al ver a Joseph lo detuvo preguntándole:

-¿Es usted Herr Schnitzler?

-Sí- fue la respuesta contundente de Joseph-¿En qué puedo serle útil?

-Quiero que me acompañe, lejos de esta chusma.

Joseph observó absorto a ese hombre que se le había presentado.

-De acuerdo, vamos en mi automóvil.

-Antes de todo, soy el General Gherard Karl Heinze, de la Reichsführer SS, llevo días buscándolo, sus subordinados me comunicaron que ha estado atravesando por varios percances y justo hoy lo encuentro.

Joseph Schnitzler y Gherard Heinze subieron al Mercedes Benz y partieron de allí, pero no se percataron de que Von Der Wall había escuchado la conversación y buscó a seis de sus hombres y les ordenó:

-Vayan tras Joseph Schnitzler y ese loco de Heinze. No usen uniforme. A Schnitzler no lo maten, salvo que sea necesario.

Los adeptos de Von Der Wall salieron tras Joseph Schnitzler y Karl Heinze vestidos de civil y provistos de ametralladoras STg 44 en una camioneta Studebaker de reparto, a todo esto, el Mercedes iba dos cuadras de ventaja por lo que debieron apresurar la marcha; por su parte Von Der Wall se inyectaba a escondidas morfina.

Joseph Schnitzler atravesó el sector de la feria hasta encontrarse con una callejuela, allí detuvo su automóvil.

-¿Y bien? ¿Qué quiere decirme?-le indagó Joseph Schnitzler.

-Es sobre los últimos acontecimientos, tal vez a revelarle todo mi vida esté en riesgo, así como la suya, pero es necesario que lo sepa antes de vivir con una mentira.

-Sea más concreto y vaya al grano-le pidió Joseph.

-Bien, la muerte de su amigo Herman Wagner no fue obra de los partisanos.

-¿De quién entonces?

-¿No le suena extraña las actitudes tomadas por Greisser, Von Der Wall y Nietzsche?. ¿O cuando no lo dejaron cruzar el perímetro de la casa del oficial, siendo que usted es un general de la Wehrmacht?

-Me dijeron que eran órdenes encomendadas por Herr Greisser- fue la contestación de Joseph-incluso no me dieron datos precisos.

-Eso sólo fue un subterfugio de ellos para encubrir el asesinato. Herr Schnitzler: a Wagner lo mandó a matar Greisser.

-¿A caso fue e un soplón?

-Es así, Herr Schnitzler. Un delator fue y comentó el accionar de Herman Wagner, oyó el diálogo mantenido entre él y usted en el sótano.

-¡Maldito cerdo hijo de perra!- injurió Joseph cerrando su puño derecho-prosiga.

-Lo que más le inquietaba a Greisser no era tanto el refugio a los fugitivos, sino la investigación que estaba iniciando Wagner porque implicaba al Vice-Reich- Protektor y a sus colaboradores cercanos como Von Der Wall y Nietzsche y si en el Tercer Reich se enteraban sus cabezas iban a ser cortadas por así decirlo y es por eso que inventaron que al oficial lo había asaltado un grupo comando de la Resistencia y por ende fueron soldados de la Polizei vestidos de civil para pasar por desapercibidos. Mientras Heinze comunicaba esto a Schnitzler, hacía dos minutos que estaban los baladrones enviados por Von Der Wall, permanecían escondidos a escasos metros de ellos.

-¿Qué fue de la esposa y el niño?-escudriñó Joseph.

- A la cónyuge la mataron y la sepultaron cerca de las fosas donde arrojan los cadáveres de las matanzas y al niño lo llevaron lejos de aquí.

Joseph estaba asombrado y tenía deseos de vengarse.

-Sé lo que siente, pero ir en contra de la corriente podría ser fatal-trató de calmarlo Heinze.

-¿Alguna otra cosa más?-inquirió Joseph.

- El hecho de enviarlo a Auschwitz-Birkenau fue sólo una evasiva para distraerlo a usted de lo que había acontecido y sobretodo para inculparlo a usted de algo que planean hacer ellos.

-¿Qué están tramando?-quiso saber Joseph.

-Juntar las pruebas necesarias para hacer un golpe de estado en contra del Führer y asesinarlo junto a sus colaboradores, pero si fracasan pueden involucrarlo a usted, porque tras eso vendrán los interrogatorios y los de Auschwitz –Birkenau darán sus

testimonios de que usted fue como supervisor y esa decisión jamás cruzó por las mentes de Himmler, Göring o del Führer.

-Creo que oí demasiado-sostuvo Joseph Schnitzler ofuscado- es mejor que retornemos, no vaya a ser cosa que alguien esté oyéndonos. ¿Qué tal si me lleva donde esta enterrada la esposa del Teniente Coronel Wagner?

-Deberá ir custodiado.

Joseph Schnitzler y Gherard Henze regresaron, por su parte los enviados por Von Der Wall se alejaron de allí confundiendo entre la gente que andaba por ese sector.

Joseph Schnitzler convocó a Von Heidegger, al Teniente Hansing y a cinco soldados de la Wehrmacht para llevar a cabo la exhumación. Sin dejar que los minutos transcurrieran fueron en un camión Chevrolet secuestrado a los aliados. Cuando estuvieron en el bosque, Joseph y su gente bajaron con palas y una tela para colocar el cuerpo de la difunta esposa de Wagner; Schnitzler temía más a los de las SS que a los partisanos.

Los soldados cavaron hasta hallar el cuerpo de Nadia en un estado de descomposición avanzado y lo colocaron sobre lienzo cuidadosamente.

No habían acabado de llevarlo al camión cuando a lo lejos se oyó el sonido de un vehículo.

-Emprendamos la retirada- ordenó Joseph Schnitzler.

El camión se alejó de allí y regresaron a Praga, allí se procedió a incinerar en secreto al cadáver de Nadia, Joseph depositó sus cenizas en una vasija de porcelana. Ni bien hubo abandonado Heinze a Joseph Schnitzler, los adeptos de Von Der Wall lo siguieron, ahora en un automóvil Hanomag Sturm rojo y de capota negra, Heinze, ver que lo seguían apuró el paso, pero fue acorralado por seis hombres, dos de ellos bajaron del coche y se aproximaron a Heinze apuntándole con dos pistolas Luger.

-No tiene escapatoria, Herr Heinze, pagará por traidor.

Los otros cuatro hombres salieron del auto y se abalanzaron sobre Heinze y le propinaron de una terrible golpiza. Todo esto acontecía en el galpón de estacionamiento. En ese momento apareció Von Der Wall con tres soldados de la Totenkopf y dijo a sus subordinados:

-Hagan que suelte la lengua, por último acaben con él.

Los leales de Von Der Wall condujeron a Heinze a una sala de torturas, había allí una silla tomaron al infortunado del brazo y lo obligaron a sentarse, uno de ellos encendió un reflector, al tiempo que otro le interrogó:

-¿Qué le has dicho a ese inepto de Schnitzler?

Heinze no contesto, volvieron a darle otra paliza, de su boca salía sangre, hasta que uno de ellos hizo que el golpeador dejara de castigarlo.

-Si tú no hablas, pondrás en riesgo la vida de Schnitzler y si eso sucede el Führer se encolerizará.

-No tengo miedo a sus amenazas.

-¿Ah no?. Veamos qué tan valiente es Herr Heinze.

Y diciendo esto trasladaron a Heinze en una especie de parrilla y le realizaron descargas eléctricas, el pobre gritaba desesperadamente y en medio de sollozos y pavor confesó:

-Está... está bien...le...conté...le conté todo lo que había ocurrido.

-¿Lo ocurrido con qué?- le inquirió uno de los hombres.

-Lo...ocurrido con Herman Wagner.

-¿Qué más?- volvieron a indagarle-¿le dijiste dónde estaba la finada?

Heinze no dio respuesta y le dieron otro golpe de electricidad.

-¡¡Sí!!- contestó llorando.

-¿Qué más hablaste?

-¡¡No lo sé!!-exclamó sollozando

-Vemos que no hablas, pero no pienses que ignoramos lo ocurrido y por haber hecho esto te condenamos a muerte en nombre del Tercer Reich-fue la sentencia del teutón.

Otra andanada eléctrica envolvió por completo a Heinze, el desdichado se movía para todas partes hasta quedar inerte. Para ocultar el hecho, argumentaron que la defunción se había producido por causas naturales, debido a que Heinze sufría de alteraciones cardíacas.

Después inhumar a Heinze, Joseph Frederick Schnitzler, Constantino Von Heidegger, Von Trapp, el Teniente Hansing, cinco soldados de la Wehrmacht y tres muchachos de las Juventudes hitlerianas fueron al departamento de archivos del Protectorado; los jóvenes se habían quedado en un pasillo vigilando de que no apareciera alguien de la GESTAPO que podría haber ido tras ellos.

Joseph Schnitzler y sus colaboradores buscaban por todas partes material informativo relacionado con el homicidio del doctor y su familia hasta que hallaron un sobre lacrado con el sello del Tercer Reich, de inmediato fue abierto y encontraron un expediente con recortes de diarios impresos a comienzos de 1943.

En tanto esto sucedía, los de las juventudes hitlerianas oyeron pasos y voces que decían:

-¿Habrán alguien en la sala de registros?

-Creo que entró un general de la Wehrmacht secundado por varios de sus hombres-respondió otra voz.

-¿Cómo era ese general?-preguntó uno.

-Ojos azules y de cabellos negros.

Uno de los integrantes de las Juventudes hitlerianas fue a comunicárselo a Joseph Schnitzler:

-Herr Schnitzler, parece que los de la GESTAPO están en el edificio.

-¡Malditos cerdos! Han estado tras nuestros pasos. Llevemos el sobre y salgamos de aquí.

Sin perder el tiempo, Joseph y los suyos abandonaron aquél sitio como si nada hubiera acontecido. Minutos más tarde, Joseph guardó el sobre para ver el documento cuando tuviera tiempo.

Capítulo 11

Reencuentro

Mientras esto acontecía en Praga, Anna arribaba a Suiza, que por ese entonces permanecía neutral frente al conflicto bélico. Después de bajar del tren fue rumbo al baño, se acomodó sus ropas, la marca hecha en Majdanek la torturaban y su cabello corto que la hacían sentir como alguien que estaba en un asilo de locos.

Tras dejar la estación de tren fue con su equipaje y se sentó en el banco de una plaza, contó el dinero que tenía, le alcanzaba como para pagar una modesta pensión y para comer por varios días.

La majestuosidad de los Alpes cautivaba a Anna, para ese entonces el invierno ya estaba por asomar. Tras caminar por las calles de la capital fue a una pensión de estilo barroco, tocó timbre y se oyó el ladrido de un perro, seguidamente apareció una mujer de alrededor de sesenta años, tenía un vestido negro floreado, un chal de lana fina sobre su hombro, zapatos negros, cabellos grises peinados con un rodete, ojos verdes y anteojos redondos, al ver a Anna le interrogó en alemán:

-Buenos días jovencita. ¿Qué desea?

-Busco un cuarto para mí- fue la respuesta de Anna.

-Tengo sólo dos disponibles, uno está en planta alta y otro aquí abajo, que es el que te recomiendo porque podrás usar la cocina.

-De acuerdo. Una pregunta: ¿recibe dólares?

-Sí, aunque no muy seguido. Te cobraré veinte dólares por adelantado-le contestó la veterana.

Anna sacó de su monedero la suma acordada y seguidamente ingresó por una extensa galería arcada con un jardín de margaritas, rosas y helechos frondosos hasta detenerse en una de las habitaciones.

-Puede pasar señorita. ¿Cuál es su nombre?

-Anna Elizabeth Schultens.

-El mío es Constanza Schmid, viuda de Konrad, tengo un hijo que es guardia pontificio en el Vaticano y el señor que vive en el dormitorio contiguo es Daniel Tomás Wiclef, por si necesitas algo.

-Gracias.

La pieza era sencilla, tenía piso de mosaico, un ropero, un ventilador de techo, una cama con una mesa de luz y un velador y una bombilla, las ventanas tenían postigos y cortinas blancas.

Tres días de haberse radicado en Suiza, Anna consiguió empleo en una cafetería, lo que ganaba más alguna que otra propina le alcanzaba como para cubrir la renta. Tal como se lo había prometido a Joseph no se atrevió a mencionar su pasado y redactó una carta poniendo en el sobre el nombre de Amelie Hesse.

“Berna, 10 de diciembre de 1943

Amado Joseph:

Te escribo para contarte que estoy en Suiza, he debido usar un nombre falso en el sobre, para cuando recibas la correspondencia los de la GESTAPO no me recuerden.

Estoy viviendo en un inquilinato, la dueña es mejor persona que la señorita Kromer, aunque es muy silenciosa, es viuda y tiene un hijo en la guardia pontificia del Vaticano.

Lo que voy a pedirte puede resultar descabellado para ti, pero usando tus influencias como general de la Wehrmacht, haz algo por mis huérfanos y la cocinera que están en el guetto de Theresienstadt, la mayoría no llegan a los diez años de edad. Reconozco que va en contra de tu voluntad, pero es algo de alm. que deseo que hagas y otra de las cosas que te pediré es que recuperes mis pertenencias y me las envíes a la dirección que aparece en el sobre de la carta sin olvidar de poner “Señorita Hesse”.

Aquí es hermoso, me agrada ver los Alpes nevados y deseo intensamente que esta guerra se acabe de una vez y que podamos estar juntos. Me siento agradecida en el alma por haberme rescatado de Majdanek y me asombró tu osadía, me recuerdas a ese tal Oskar Schindler que está ayudando a los judíos en Polonia, supongo que lo habrás conocido.

Para concluir, estoy trabajando en una cafetería, me alcanza como para pagar mi habitación y para alimentarme. Me voy despidiendo, aguardando recibas estas líneas y te encuentres en perfecto estado de salud.

Besos.

Te amo.

Anna Elizabeth Schultens.”

Anna envió el escrito por correo. Doce días después, el 22 de diciembre de 1943, Joseph Frederick Schnitzler, el Coronel Holzner, el Mayor Von Trapp, el Teniente Hansing y una veintena de soldados de la Wehrmacht estaban presenciando la cremación de cadáveres de judíos y otros prisioneros ejecutados por la GESTAPO y Waffen SS en los dos últimos meses; el olor a carne asada y putrefacta era repugnante, una densa humareda negra podía divisarse desde la distancia y las cenizas se dispersaban por todas las direcciones.

La incineración duró casi dos horas, acabado el desagradable espectáculo, Joseph y los suyos retornaron al baluarte del Protectorado, eran las 09:35 de la mañana y hacía frío.

Estaba Joseph en su despacho que se le había habilitado, cuando alguien llamó a la puerta:

-Adelante-respondió Joseph.

Era Constantino Von Heidegger que venía, con su gorra en mano, tras haber hecho el saludo del nacional-socialismo, se sentó en uno de los asientos.

-¿Qué sucede Sargento?

-Es imposible decírselo aquí, le pido si es posible ir a otro sitio.

-Está bien, vayamos al pabellón de deportes de las Waffen SS.

Joseph Schnitzler y Constantino fueron al sitio mencionado, allí se encontraban haciendo su entrenamiento físico los de las Juventudes hitlerianas, los adolescentes no habrán superado los diecisiete años de edad, entre ellos se hallaba un joven de buena contextura física, cabellos rubios, de flequillo y ojos verdes, no tenía más de diecisiete años, el púber miraba de manera insistente a Von Heidegger, pero el sargento se hacía el indiferente.

-¿Y bien? ¿Qué es lo que quiere decirme Sargento Von Heidegger?

Disimuladamente Constantino sacó del bolsillo de su sobretodo un sobre y se lo entregó al general, Joseph al verlo dudó por unos instantes cuando leyó el nombre “Amelie Hesse”, pero al ver el estampillado que provenía de Suiza supo que era de Anna.

-Gracias Sargento.

-Espere, hay algo más que debo decirle.

-Adelante.

-No puedo seguir manteniendo más mi relación con usted.

Joseph lo miró sorprendido y le respondió:

-¿Qué insinúas Constantino?

-Sus mujeres siempre me desplazan; seguiré siendo su chofer pero las cosas cambiarán de aquí en adelante. No puedo continuar así. Lo amo mucho, pero esto no da para más.

Joseph se retiró de allí sin hacer comentario al respecto, sólo le dio una palmada en su hombro, por su parte Constantino permaneció en el predio deportivo y cautelosamente hizo un gesto al adolescente para que se le acercara, el chico acudió vacilando, pero el Sargento puso su mano derecha sobre el hombro del muchacho como para "romper el hielo".

-¿Cómo te llamas?- le preguntó en voz baja Constantino.

-Emil Hegel.

-No tengas miedo, deseo que seas mi amigo. ¿Te parece?

Emil dudó por un momento, hasta que consintió moviendo su cabeza.

-¿Qué te parece si nos vemos hoy por la tarde detrás de los jardines de los franciscanos a las 17:30?-le preguntó Von Heidegger.

Emil volvió a contestar con el mismo gesto.

-Ahora regresa, antes que los demás sospechen algo; no lo divulgues.

El muchacho regresó corriendo a su lugar y Constantino se alejó de allí.

Simultáneamente Joseph se encerró en su oficina, abrió el sobre y en su interior encontró la carta escrita por Anna, la leyó detenidamente y al terminar llevó sus manos a su cara; no sabía qué hacer, primero se le cruzó la idea de ir a los partisanos, pero la desechó rotundamente y lo último que se le ocurrió fue acudir a un religioso.

Joseph buscó a Hansing y a tres soldados más de la Wehrmacht para que lo escoltaran a la Catedral de Nuestra Señora de las Nieves. Al entrar al templo se quedó asombrado por los vitrales, las pinturas, los arcos de las paredes y el labrado de los asientos.

Aparentemente no se hallaba persona alguna, pero pudo distinguir a un hombre rengo que estaba limpiando con un enorme lampazo los pisos de la basílica, Joseph se le aproximó y le preguntó:

-Disculpe señor, pero ¿se encuentra algún obispo o sacerdote?

-Su Eminencia no se encuentra, pero sí está el Padre Wessler, se lo llamaré.

-Dígale que soy el General Schnitzler.

El limpiador se fue de allí, cinco minutos más tarde apareció el citado clérigo, no habrá tenido más de treinta años, de cabellos negros y ojos verdes, llevaba puesto un hábito negro, al ver a Joseph lo saludó dándole la mano.

-Buenos días General ¿En qué puedo serle útil?

-Desearía hablar en privado con usted.

-De acuerdo.

Joseph y el religioso salieron del santuario y cruzaron por un jardín con margaritas y crisantemos que se mantenían a pesar de la intermitente nieve que caía hasta que llegaron a una galería, el Padre Wessler abrió una puerta e ingresaron a un despacho, allí había una foto de Su Santidad Pío XII, una estatua de la Virgen Patrona, otra de San Miguel Arcángel y un cuadro de Cristo crucificado pintado por Salvador Dalí, el escritorio era de madera de roble y las sillas tenían un tapizado rojo y el piso un alfombrado púrpura.

Joseph y Wessler se acomodaron en las sillas.

-¿Qué necesita de mí?- le interrogó Wessler.

-Deseo que me ayude con los niños expósitos que fueron llevados injustamente al guetto de Theresienstadt hace un mes atrás- respondió categóricamente Joseph. El presbítero quedó pasmado al oír esto y contestó:

-Es la primera oportunidad desde que Checoslovaquia se convirtió en un Protectorado alemán, que alguien como ustedes viene a pedirme semejante cosa.

-Pero no creo que sea pecado ¿o me equivoco?

-De ningún modo general, pero me deslumbra...mire: hay varios conventos e instituciones religiosas que albergan a fugitivos, a veces tememos que aparezcan los de la GESTAPO y Waffen SS y que nos hagan una tremenda batida, pero son los riesgos que se corren en estos tiempos y lo que hacemos es por una justa causa; de todas maneras, haremos lugar a su petición y sacaremos a los huérfanos de allí.

-¿Cuándo puedo verlo de nuevo?-quiso saber Joseph.

-A mediados de enero.

-Le agradezco Padre Wessler.

Acabada la entrevista con Wessler, Joseph fue al antiguo inquilinato de Anna, tocó timbre y lo atendió la malhumorada señorita Kromer.

-¿Qué busca?- le inquirió la vieja.

-¡Vengo por las cosas de la señorita Schultens!- respondió Joseph subiendo su tono de voz.

-Ni me la nombre, se fue sin pagarme la renta esa desgraciada.

-Es que tuvo unos inconvenientes. ¿Cuánto le debe?

-Treinta marcos por los dos meses.

Joseph sacó de su billetera la suma requerida y se la entregó, la vieja le recibió el dinero de modo arrebatado y le dijo:

-Suba por las escaleras que ya le entrego las llaves.

Minutos después Joseph se alejó de allí comentándole a sus subordinados:

-Nunca he conocido a una vieja avara como la señorita Kromer.

Joseph dejó el equipaje de Anna en el automóvil, almorzó y dejó algunas directivas a Holzner, preparó sus valijas y las cenizas de Nadia, la esposa de Herman Wagner y a las 13:45 marchó rumbo a Hamburgo acompañado de "Anubis" su fiel perro Ovejero.

Tras arduas horas de viaje en las que debió detenerse por controles hechos por las Waffen SS, Joseph llegó a Hamburgo, era el atardecer, el personal doméstico abrió el portón y el vehículo ingresó por el jardín cubierto de nieve.

Para sorpresa de Joseph, estaba sus hermanos Louis y Eric con su esposas, sus sobrinos Karen, Esmeralda y Vincent y su hijo Guillermo Frederick por motivo de la celebración de la fiesta de Navidad; otra de las novedades era que Ludmila, la perra que pertenecía a Milena había parido tres cachorros cruzados con un perro Pastor Belga.

Sin que los niños lo supiesen, Joseph Frederick entregó las cenizas de Nadia a Emma, la madre de Herman aún no podía superar semejante pérdida y lloró tristemente al recibir la urna.

-La llevaremos al cementerio junto con las de Herman- dispuso Emma.

Al día siguiente fueron todos al cementerio y depositaron las arcas con las cenizas mortales en una cripta, por la noche festejaron la Navidad, la cena fue de un clima fraterno. Cenaron un ganso asado al horno sazonado con orégano, perejil y cebollita de verdeo, acompañado de papas con salsa blanca, vinos añejados y gaseosas para los pequeños.

Cuando el reloj marcó las doce de la noche brindaron todos y a continuación Erwin pronunció unas breves palabras:

-Me enorgullece que estemos reunidos en esta casa, sé que no son tiempos buenos los que vivimos y que algunos no están presentes, pero en memoria de ellos hacemos un minuto de silencio.

Transcurrido ese lapso, Erwin prosiguió:

-Que tengamos todos una Feliz Navidad y que el Niño Jesús nos colme de bendiciones a todos.

Seguidamente Joseph, Louis y Eric prepararon los fuegos artificiales y salieron a verlos en el jardín, era un espectáculo imperdible y majestuoso por la variedad de colores que se veían en el cielo.

Dos días más tarde, Joseph prosiguió su trayecto a Suiza y le encargó el cuidado de su hijo a su hermano Louis, se sentía en deuda y no sabía cómo agradecerle.

Era el día de los Santos Inocentes cuando Joseph estuvo en Berna, capital del estado suizo, el joven jerarca se encontraba exhausto, pagó una habitación, se bañó y se cambió de ropas, después desayunó una taza con leche y chocolate bien

caliente, y medialunas con margarina, después fue a la dirección citada por Anna en la correspondencia, tocó el timbre y se oyó el ronco ladrido de un perro seguido por la aparición de Constanza. La sexagenaria al verlo fijó su mirada en los ojos azules y luego dijo:

-Buenos días señor ¿en qué puedo serle útil?

-Soy Joseph Frederick Schnitzler y he venido a dejar unas cosas para una tal Anna Elizabeth Schultens-contestó el general en idioma germánico.

-La señorita Schultens está trabajando en una cafetería que está tres cuerdas y media de aquí sobre mano izquierda, pero si usted lo desea le entrego eso.

-Yo soy el novio de ella-contestó Joseph.

-Entonces con más razón vaya por ella.

Joseph entregó las pertenencias de Anna a Constanza, dejó el auto estacionado y fue caminando de acuerdo a lo indicado por Constanza. Al lado de la cafetería había una tienda de artículos de caza y pesca con spinning y mosca, el general se detuvo a mirar, porque le fascinaba pescar salmónidos.

Mientras tanto, Anna se hallaba en la cafetería, su cabellera le había crecido, lucía un vestido azul floreado y un saco gris, zapatos negros y cancanes, llevaba puesto un delantal blanco, ignoraba por completo de que Joseph pudiera estar en Suiza.

Estaba sirviéndole un té con leche a un matrimonio de edad avanzada, cuando de repente entró Joseph Schnitzler, ella al verlo se apabulló que casi se le cae el té caliente sobre la anciana.

-Perdone-se disculpó ella.

Joseph esbozó una sonrisa y meneó su cabeza, Anna se puso colorada como un tomate, pero pronto recobró su temperamento habitual.

Schnitzler se sentó en un banquillo que había frente a la barra, tomó el periódico y se puso a mirar las páginas, no había nada interesante, en eso Anna se le acercó y le dijo:

-Casi me matas de un susto.

-Y tú casi que quemas a esa anciana-le respondió Joseph riendo.

En eso apareció una mujer de unos treinta y cinco años, lucía un atavío verde floreado y mandil, sus cabellos rojizos peinados a la moda.

-Katherine, te presento a mi novio Joseph Frederick Schnitzler-fue la presentación de Anna a su compañera de trabajo.

-Encantada en conocerla-respondió Joseph estrechando su mano derecha para saludarla.

-Igualmente- sostuvo ella.

-Es una fabulosa mañana, no está nevando.

-Nevó hasta anoche-fue la observación de Anna.

-No olvides de preparar los pasteles-le recordó Katherine- ¿Cerrarás tú?

-Sí.

-Recuerda darle la leche esa a los gatos del callejón.

-Despreocúpate, que yo me encargo de eso.

-Veo que estás atareada- dijo Joseph.

-Sí- respondió Anna tomándole de la mano.

-Pasaré a buscarte esta noche, tengo cosas para contarte.

Y diciendo esto dio un beso en la frente a Anna y se alejó de allí.

Joseph anduvo paseando y conociendo todos los lugares de Suiza, por la noche fue a buscar a Anna a la cafetería, hacía mucho frío y una nevisca intermitente empezaba a caer.

Joseph detuvo el automóvil en el tugurio donde vivía Anna.

-Puedes entrar si lo deseas- le dijo Anna.

Joseph ingresó con ella, justo la vio Constanza y le dijo:

-Aquí tienes tus cosas.

-Gracias.

Joseph y Anna ingresaron a la habitación, cerraron la puerta, se besaron y se desnudaron, ambos se acostaron en la cama y empezaron a hacer el amor.

-Te extrañé mucho-le dijo Joseph.

-También yo.

-¿Tiene bañera tu baño?

-Sí.

-Bañémonos entonces.

Joseph y Anna se metieron en la bañera, el agua estaba templada, se jabonaban mutuamente y se besaban, los pezones de Anna estaban endurecidos.

-Fui a la Catedral de Nuestra Señora de las Nieves en Praga y hablé con un tal Padre Wessler- le comentó Joseph a Anna.

-¿Y qué te dijo?

-Me respondió que haría lo posible para sacarlos del guetto, están rebasados, los partisanos les llevan asiduamente niños que se escapan de los trenes y a veces temen que la GESTAPO y SS hagan una incursión. Ojala tengamos suerte.

-Lo mismo pienso yo.

-¿Sabes? No he dejado de pensar en ti, me siento culpable de que hayas estado en Majdanek

-No te tortures- lo tranquilizó Anna- lo importante es que ambos estemos juntos.

-Deberías cambiar de nombre para evitar dificultades, sácate fotografías y yo me

encargaré de hacerte una nueva documentación, no puedes estar escondida como una rata.

-Tienes razón, pero a Praga no podré retornar más.

-No te pido que vuelvas a Praga, sino que me angustia que debamos estar separados, podrías ir a la casa de mis padres y de paso ayudarme con mi hijo; es injusto para él toda esta situación...no soporto más. Comida no te faltará, te pasaré un porcentaje de lo que me toca del dinero de la aceitera, he tenido pensado que cuando acabe esta guerra, trabajaré junto a mi hermano, es mucha responsabilidad para él solo, a pesar que tiene gente que colabora con él.

Los minutos fueron sucediéndose, hasta que Joseph y Anna salieron de la tina, se secaron y se vistieron, Anna se vistió con la misma ropa que usó para la primera cita que tuvo con el general y salieron en el automóvil con destino a un comedor.

La velada fue fascinante, cenaron presas de pato con hortalizas y un buen vino, dialogaron toda la noche y bailaron, pues allí había una pista de baile.

Concluido el encuentro, Joseph regresó a Anna al inquilinato, estaba tan agotada, que se pasó todo el recorrido apoyando su cabeza sobre el hombro de su amado.

Antes de bajar del vehículo, se dieron un beso y Joseph le dijo a ella:

-Nos vemos mañana.

-Hasta mañana.

Esa noche Joseph no pudo dormir pensando en Anna y en su hijo, no quería que le ocurriera algo similar que a Milena; también pensaba en la abrupta ruptura con Constantino, todo sería diferente con ese hombre. Por la mañana siguiente fue a una joyería y compró dos anillos de compromiso y fue de inmediato a la cafetería, Anna estaba sola, al verlo entrar se alegró, decididamente, Joseph se acercó, sacó del bolsillo la pequeña caja con las alianzas y se la mostró a Anna preguntándole:

-¿Aceptarías ser mi esposa?

Ella al escuchar la proposición se emocionó demasiado y besó con pasión a Joseph.

-¡Claro que sí!- fue la respuesta de ella- le diré a Catherine y su esposo que sean testigos.

-Bueno, después acomodamos bien la fecha.

En tanto esto acontecía en Suiza, en Praga el Padre Wessler iniciaba las gestiones para sacar a los niños huérfanos del guetto, Von Trapp había consolidado su relación amorosa con Sophie Winkler, la enfermera y Constantino había comenzado un romance a escondidas con Emil Hegel, el muchacho de las Juventudes hitlerianas; en otro orden de cosas, los partisanos se habían reunido nuevamente para

planificar un levantamiento armado en contra de las tropas de ocupación para comienzos de 1944.

Joseph permaneció en Suiza hasta los primeros días de enero, seguidamente fue a Hamburgo a buscar a Anubis, su pequeño hijo no estaba más, pero pronto estaría nuevamente. Sin tener otra cosa más que hacer en Hamburgo, retornó al Protectorado.

Capítulo 12

Problemas familiares

El año 1944 se había iniciado, para ese entonces Winston Churchill había considerado necesario abrir una brecha desembarcando en Anzio que le permitiera entrar a Roma.

Mientras esto acontecía, en Hamburgo Eric, hermano de Joseph Frederick Schnitzler había sido descubierto por la GESTAPO.. En la mañana del 12 de enero de 1944, una escuadra de la Policía Secreta Estatal Alemana irrumpió en la casa de Eric, secuestraron a sus dos hijos y su esposa y a él lo arrestaron, seguidamente fueron a la residencia de Erwin y la rodearon, “Ludmila” ladraba constantemente y a todo esto salió Erwin a investigar lo que sucedía. Uno de los oficiales de la GESTAPO se acercó interrogándole:

- ¿Es usted Erwin Frederick Schnitzler?

-Sí. ¿Me pueden decir qué demonios sucede aquí?

-Lamento informarle que su hijo Eric Schnitzler ha sido arrestado por dar refugio a judíos y traidores del Reich y por participar en movimientos bolcheviques. Por disposiciones generales debemos registrar toda la vivienda.

Sin hacerse insistir, Erwin abrió el portón a los de la GESTAPO para que inspeccionaran toda la construcción, un amplio operativo de seguridad se había montado en la propiedad, había soldados provistos de rifles Gewher 43 y subametralladoras MP-40, traían además perros Pastor Alemán y venían en camiones Mercedes Benz y en un automóvil BMW modelo 1942.

Luego de sondear la edificación completa y sin hallar resultados satisfactorios, el oficial de la GESTAPO preguntó a Erwin:

-¿Usted tiene un hijo en la Wehrmacht?

-Así es- contestó el sexagenario con calma.

-Él puede ser el único que podrá sacarlos de esta situación embarazosa. De todas maneras, esta propiedad estará bajo estricta vigilancia, cualquier cosa que deseen hacer deberá tener una autorización de mi parte. ¿Comprendido?.

-Claro que sí- contestó Erwin con entereza.

A partir de entonces, Erwin cayó en una profunda pena, se encerró en sus aposentos, dejó de dirigirles la palabra a todos, se la pasaba todo el día cantando “Perdón, Oh Dios mío”, no probaba bocado alguno, salvo uno que otro trago de caldo que le hacía tomar María Teresa, a tal punto que su salud fue debilitándose con el paso de los días.

La situación estaba desbordando a María Teresa, por lo que escribió una carta a su hijo Joseph, previamente revisada por los oficiales de la GESTAPO:

“Hamburgo, 19 de enero de 1944

Querido hijo: te escribo estas líneas para comunicarte que tu hermano Eric ha sido arrestado por la GESTAPO por hacer cosas que no le correspondían. Para colmo de males tu padre está sumido en una terrible tristeza. Lloro, canto “Perdón Oh Dios mío” todo el día, no come, a no ser un sorbo de caldo que toma con insistencia; de continuar así, el oficial de

la GESTAPO que custodia nuestra casa, ordenará que lo lleven a un asilo de locos.

Hijo mío, debes intervenir lo antes posible, antes que sea demasiado tarde.

Un beso enorme y cuídate.

Te queremos mucho.

María Teresa, tu madre.”

Un soldado se encargó de enviar la carta por correo, pues el oficial de la GESTAPO no autorizó a María Teresa para que fuera al correo.

Transcurrieron diez días, para ese entonces se estaba desarrollando la batalla de Anzio. Las hostilidades se habían iniciado el 22 de enero de 1944 con el desembarco de 110.000 soldados americanos y británicos bajo el mando del general Lucas. Los alemanes se vieron sorprendidos por lo que debieron agrupar todas las tropas dispersas en las inmediaciones de Roma concentrándolas para la defensa y se trajeron unidades provenientes del norte de Italia para desplegarlas en el camino hacia Roma. En un comienzo la cuestión fue favorable a los aliados, pero la demora en realizar un ataque para evitar ser aplastados como en Salerno produjo bajas en las filas aliadas debido a la terrible ofensiva germana por lo que el objetivo estratégico de la operación fracasó.

Era el 29 de enero de 1944, precisamente las 9:15 de la mañana, Joseph Schnitzler se hallaba en un salón jugando billar a la vez que escuchaba Remando suavemente, en sus pensamientos tenía a Anna y en los proyectos que habían planificado en su reencuentro ocurrido en Suiza; sobre una mesa había un vaso, una botella con vino, jamón, pan casero y queso. En ese momento alguien tocó la puerta, Joseph abrió, era Constantino.

-¿Qué busca sargento?

-Aquí traigo un sobre para usted, Herr Schnitzler.

-Gracias-le respondió Joseph.

Constantino estaba por retirarse pero Schnitzler le dijo:

-Acompáñeme en veinte minutos a la catedral, busque a tres de sus soldados.

-Sí señor.

Después que Constantino se retiró, Joseph abrió el sobre, un extraño presentimiento se apoderó de él cuando vio el estampillado de Hamburgo y el sello del Tercer Reich; minuciosamente leyó las líneas, su expresión en el rostro cambió y con bronca arrojó el vaso contra la pared.

-¡Maldito perro infeliz!. ¡Se lo advertí!. ¡Imbécil!

Minutos después fue con Constantino y su escolta rumbo a la catedral, el Padre Wessler estaba confesando, para disimular, Joseph fue al confesionario y se arrodilló.

-Avenmaría Purísima-le dijo el religioso.

-Soy el general Schnitzler. ¿Qué novedades tiene?

-He logrado hacer salir a la mitad de los expósitos- contestó en voz baja Wessler- han sido llevados a Canadá.

-Son muy buenas noticias Padre; ahora le pediré otro favor, pero no es tan riesgoso.

-¿De qué se trata?

-Quiero casarme con mi novia para mediados de febrero a más tardar y deseo que usted nos case.

-Bueno, usted me avisa.

-Le agradezco.

-Ve con Dios y no peques más.

Joseph Schnitzler se marchó de allí con su custodia, no habían hecho dos cuadras cuando divisaron tres personas vestidas de civil pegando carteles en un muro, los soldados que secundaban a Joseph dieron la voz de alto y de inmediato se inició un violento tiroteo, uno de los intrusos cayó por el impacto de los proyectiles de las ametralladoras, otro recibió una herida en su antebrazo izquierdo y logró escapar con su compañero, en tanto que un soldado fue herido en la pierna izquierda.

Una patrulla comandada por un cabo de las Waffen SS fue tras los fugitivos, al tiempo que Joseph, Constantino Von Heiddegger y los otros soldados hicieron un rastrillaje por el sector y examinaron lo que estaban por pegar. Se trataba pues de letreros de la Resistencia que incitaban a la población a sublevarse en contra de las tropas de ocupación.

Acabado el incidente, Joseph fue a la oficina de Greisser con lo secuestrado, el Vice-Reich-Protektor interino miraba detenidamente el material incautado hasta que finalmente agregó:

-Es necesario que se proceda lo antes posible, debemos evitar cualquier foco de rebelión; me gustaría saber primero el escondite de estos insurgentes, algunos

sostienen que están en Pilsen, otros en proximidades de Lídice. Sería bueno que haga una batida por la zona.

-Así será Herr Greisser- contestó Joseph.

Concluido el encuentro con Greisser, Joseph Schnitzler convocó a Constantino, a Von Trapp, a Hansing y Holzner en su sala privada, había allí soldados de la Wehrmacht apostados.

-Señores- dijo Joseph dirigiéndose a ellos- os he reunido aquí para que lleven a cabo una misión: los partisanos se están por rebelar y es imperiosa la necesidad de dismantelar el aparato. Su trabajo consistirá en buscar por todos los recovecos de Praga, incluso en localidades vecinas el escondite de estos bandoleros. Por otra parte les pediré al Coronel Holzner y al Sargento Constantino Von Heidegger que no se retiren, debo hablar por otra labor, el resto apronte a los soldados mejor capacitados.

Una vez que se retiraron los oficiales, Joseph cerró las puertas del recinto y dijo a sus subalternos:

-Señores, les he pedido que se queden porque hoy me llegó una carta de Hamburgo la cual dice que mi hermano Eric ha sido detenido por acciones clandestinas, mi padre ha caído en una angustia, la GESTAPO tiene la casa cercada y mis sobrinos han sido secuestrados y temo por ellos.

-Lamentamos mucho lo acontecido- le manifestaron sus subalternos.

-Como he puesto siempre mi confianza en ustedes, los he escogido para que me acompañen al Tercer Reich para sacar a mi hermano de esa embarazosa situación y para rescatar a mis sobrinos. Así que reúnan a diez soldados que partimos lo antes posible.

Media hora más tarde y tras enviar al Tercer Reich el informe solicitado por Himmler y Von Brünner, Joseph Schnitzler partió rumbo a Hamburgo con diez soldados, cinco de la Wehrmacht y otros cinco de las Waffen SS, "Anubis" iba con su amo, a la vez que Constantino llevaba como acompañante a Emil Hegel, el muchacho de las "Juventudes hitlerianas"; la nevada era intensa por lo que se debía conducir con precaución.

Entretanto, Hansing y Von Trapp salían a realizar un intenso patrullaje para buscar a los partisanos, los teutones iban en SdKfz de reconocimiento, en camiones Opel Blitz y llevaban perros Pastor Alemán.

Joseph Frederick Schnitzler y su contingente arribaron a Hamburgo en la madrugada del 1 de febrero de 1944, para ese entonces los aliados habían pasado a la ofensiva. Dos días antes los Rangers americanos habían asaltado Cisterna di Latina y los

ingleses habían intentado posesionarse de Campo Leone, pero fracasaron y debieron pasar a la defensiva.

Cuando Joseph llegó a su casa paterna de crianza un potente reflector los iluminó, seguidamente un soldado de la GESTAPO que llevaba un perro Pastor Belga de una correa se acercó a los que recién venían y les pidió las documentaciones, seguidamente el guardia los hizo pasar.

En tanto esto acontecía afuera, en el dormitorio Erwin yacía en su lecho, estaba totalmente demacrado, apenas podía abrir sus ojos, prácticamente no hablaba y el médico estaba totalmente preocupado pues la muerte de su paciente por inanición era inminente; también se hallaba María Teresa que acariciaba las frías manos del enfermo y Emma que trataba de contener a la esposa de Schnitzler.

Joseph Schnitzler entró a la habitación seguido por Holzner y dos soldados de la Wehrmacht, María Teresa al ver ingresar a su hijo adoptivo se puso de pie y abrazó al joven general y en medio de sollozos le dijo:

-Todos estos días he rezado para que vengas.

-Tranquilízate madre, que todo saldrá bien; ahora ve a descansar porque se te ve muy agotada.

-Lleva varias noches desvelándose- fue el comentario de Emma.

Joseph se aproximó a la cama de Erwin, tocó su frente, parecía que tocaba a un muerto, estaba con suero y su pulso débil.

-Esos cabrones de la GESTAPO no debieron dejarlo permanecer aquí- manifestó Joseph- No te preocupes papá, que todo se solucionará.

-Les prepararé algo caliente, llevan muchas horas de viaje- dijo Emma.

-Nosotros nos encargaremos de eso. Les aconsejo que vayan a reposar, yo me turnaré con mis hombres para que cuiden a papá.

Después que tomaron un café con leche y pan con margarina, Joseph Schnitzler se quedó en el cuarto de su padre, a la vez que María Teresa y Emma se fueron a dormir; "Anubis" no se separó ni un instante de su dueño.

Cuando aclaró, el oficial de la GESTAPO que estaba a cargo del sitio de la vivienda se levantó y supo de la presencia de Joseph Schnitzler, por lo que entró a la habitación; después de hacer el saludo del Nacional-Socialismo, el subalterno dijo a Joseph:

-Quiero que disculpe nuestro accionar, pero era prioritario hacerlo.

-Perdone oficial, pero no debieron perturbar a unos ancianos indefensos, en todo caso podrían haber arrestado a mi hermano y no sembrar el desconcierto en una familia entera.

-Me extraña que un jerarca de la Wehrmacht tenga ese punto de vista-replicó el oficial de la GESTAPO.

-Le sugiero que abandone esta propiedad, de lo contrario lo reportaré a sus superiores; aquí viven personas decentes, no malhechores.

-¿Usted llama decente a un traidor al Reich?. ¡No se confunda Herr Schnitzler! O pensaré que usted estuvo involucrado.

-Tenga cuidado con sus dichos oficial. Exijo me diga cuál es el paradero de mi hermano y de mis sobrinos.

-Su hermano está en la prisión de la GESTAPO, aquí en Hamburgo y los pequeños en un orfanato de Berlín.

-¿Y mi cuñada?

-No tenemos noticias de su estación.

-Gracias. Ahora márchese de aquí.

Diez minutos más tarde los de la GESTAPO abandonaron la residencia de Erwin Schnitzler, en tanto que Joseph se dispuso a salir rumbo al penal de la GESTAPO.

En el penal debieron aguardar durante tres horas para que los atendieran, Joseph tuvo que pagar una fianza para poder sacar a su hermano de allí.

Los dos hermanos permanecían en silencio, hasta que Eric se atrevió a hablar:

-Joseph, yo...

-No me des explicaciones; te lo advertí una sola ocasión, no me escuchaste, nuestro padre está moribundo, tu esposa no se sabe dónde demonios se encuentra, tus hijos están en un hospicio. Las cosas se piensan antes de hacerlas; agradece que logré sacarte y que soy tu hermano, de lo contrario hubiera dejado que te pudrieras por idiota; sube al vehículo.

No habían subido al Mercedes G-5 cuando en ese instante pasó caminando Stephanie, Joseph la llamó, pero ella no lo oyó; repentinamente se oyeron las sirenas antiaéreas, rápidamente corrieron al refugio más próximo que había, muchos huían desesperados.

En ese momento empezaron a pasar los aviones arrasando con todo lo que hallaban a su paso, el coche en el que había ido Joseph Schnitzler también fue destruido.

Acabada la incursión aérea, Joseph y los suyos regresaron a la casa en tren, al ver a Eric, María Teresa abrazó a su hijo y entre llantos le decía:

-Hijito mío, gracias a Dios y a tu hermano que estás libre.

-Perdóname madre.

-Bueno, basta de sentimentalismos, ahora hay que ir en búsqueda de tus hijos, pero tú no te moverás de aquí, el Sargento Von Heidegger se encargará de ello.

-Pero ni siquiera los conoce- respondió Eric.

-Haz lo que te ordeno si quieres tener a tus hijos- fue la áspera respuesta de Joseph- en cuanto a tu esposa, deberás tener paciencia.

Constantino Von Heidegger viajó a Berlín con tres soldados y con Emil Hegel, fue a la casa de expósitos donde se hallaban los hijos de Eric, Joseph le había entregado una fotografía de Esmeralda y Vincent para que los ubicara.

Al día siguiente Constantino Von Heidegger estuvo en Berlín, Emil Hegel y los otros soldados entraron al orfanato, una mujer de alrededor de unos cuarenta años, rubia, ojos verdes y de atavío gris atendió a los de las Waffen SS.

-Buenos días señores ¿En qué puedo ayudarlos?.

-Busco a estos niños- fue la contestación de Constantino Von Heidegger mostrándole la foto a la encargada- son mis sobrinos.

La que administraba el asilo fue a buscar a Esmeralda y Vincent. Esmeralda estaba limpiando la cocina y Vincent se hallaba de penitencia por haberle mordido la mano a uno de los porteros de la casa de expósitos.

-Hay un hombre que dice ser tío tuyo- le comunicó la administradora a Esmeralda.

Una señal de esperanza se vislumbró en el rostro de la niña, llevaba varios días soportando peleas y malos tratos sumada a una magra alimentación consistente en verduras hervidas y fideos mal cocidos.

Después de haber llamado a los dos hijos de Eric, la superintendente los llevó a la sala de recepción del orfanato, donde se encontraban Von Heidegger y los soldados.

Para evitar cualquier tipo de alboroto Constantino les guiñó su ojo derecho y les dijo en voz baja:

-Me ha enviado su tío Joseph, hagan todo lo que les digo.

Vincent y Esmeralda se tranquilizaron y disimuladamente fingieron:

-¡Tío!. Estábamos esperándote.

-Acomoden su equipaje.

-Deberá firmar una planilla, Herr...

-Herr Von Heidegger- contestó Constantino.

Media hora más tarde abandonaron el orfanato, Constantino los hizo subir detrás de un camión Opel Blitz y fueron hacia Hamburgo.

Cuando estuvieron allí, Eric y los demás los aguardaban, y al verlos los abrazó con fuerza, otro tanto hicieron María Teresa y Emma.

-¡Hijos míos! Creí que nunca más los volvería a ver.

-¿Y mamá?-preguntaron Esmeralda y Vincent.

-Pronto la encontraremos- respondió Joseph interviniendo; lo importante es que hayamos logrado sacarlos de allí. Por mi parte les recomiendo que no estén más aquí, así que

mañana tendrán pasaportes y documentación nueva. Ahora vayan y vean a su abuelo Erwin.

Esmeralda y Vincent entraron a la habitación de su abuelo, el sexagenario estaba recuperándose, su rostro había recobrado la lucidez. Erwin al verlos se alegró, los niños corrieron hacia él y lo abrazaron.

-¡Abuelito!

-¡Niños!- contestó con voz entrecortada.

En eso entró Joseph y les dijo:

-Bueno, han visto a su abuelo, ahora deberán salir para que descanse.

Tres días más tarde Erwin se recuperó por completo, en tanto que Eric y sus dos hijos viajaron a Suiza con identidad falsa, para embarcarse por último a Canadá. Con el transcurso de los meses se supo que la esposa de Eric había sido llevada a un burdel en Austria para servir a las tropas de ocupación.

Joseph Schnitzler por su parte retornó a Praga con Constantino, el Coronel Holzner, "Anubis" y el resto de su gente.

Capítulo 13

Conspiración frustrada

Era el 4 de febrero de 1944 cuando Joseph Frederick Schnitzler y su gente regresaron a Praga, mientras tanto seguían las acciones bélicas en Anzio con fuerte resistencia por parte de los alemanes.

En las proximidades de Lídice los partisanos se habían reunido para llevar a cabo una revuelta similar a la del gueto de Varsovia y de esa forma debilitar a las tropas de ocupación. Sin embargo, la administración teutona sabía las intenciones de la organización rebelde, por lo que el patrullaje se hizo más intenso no sólo en la campiña sino también en los sectores bajos de la sociedad checoslovaca.

Mientras esto acontecía, Augusto Von Trapp y Sophie Winkler se casaban, la boda fue en privado y estuvieron como testigos Joseph Frederick Schnitzler y una compañera del hospital de la novia, seguidamente fueron a un comedor donde se sirvieron deliciosos sandwiches de jamón casero de cerdo, queso, unas aceitunas negras, cerveza y de postre una porción de torta, por último bailaron un vals y temas de Glen Miller.

Concluidos los festejos, Von Trapp llevó a su esposa hasta su casa y se despidieron con un beso.

Mientras tanto, Joseph, el Teniente Hansing, el Coronel Holzner, Constantino y un escuadrón de quince soldados de la Wehrmacht fueron a la vivienda donde habían sido asesinados el médico y su familia, pero al llegar allí se hallaron con una edificación en buenas condiciones con una bandera del tercer Reich, un jardín de crisantemos, lirios y rosas por la entrada de la vivienda, había además una fuente con una escultura de un tigre tallada en piedra de cuyas fauces vertía agua un portón pintado de negro, también podía percibirse un patio con una extensa arboleda de olivos y robles y vehículos de las Waffen SS.

-Los muy cerdos modificaron todo- comentó Joseph a los suyos.

-Tenga cuidado Herr Schnitzler, no vaya haber alguien escondido-le previno Holzner. Un cuervo se asentó en las rejas negras, lanzó un estridente graznido de bienvenida a los recién llegados y después se alejó de allí emitiendo el chillido.

Después hubo un silencio que duró unos instantes pero fue interrumpido por una descarga de artillería proveniente de la espesura; estrepitosamente aparecieron diez personas vestidas de civil provistos de fusiles Springfield,, Winchester, ametralladoras Sten y ballestas y se abalanzaron dando gritos salvajes sobre los alemanes. Rápidamente Joseph Schnitzler y los suyos se prepararon para responder, pero

las flechas no daban tiempo para contraatacar, los soldados caían uno tras otro.

Pero el griterío alertó a los que estaban adentro y se oyó la descarga mortífera de una ametralladora MG-42 desde uno de los ventanales, tres insurgentes cayeron fulminados y de inmediato se oyó el sonido de silbatos, ladridos de perros y soldados; Joseph y sus lugartenientes suspiraron aliviados y se sumaron a los demás.

El enfrentamiento se prolongó por el transcurso de un cuarto de hora. La mayoría de los soldados de Joseph murieron por el impacto de la ballesta, los de la edificación perecieron dos y los rebeldes quedaron cuatro, el resto huyó a la espesura, pero fueron perseguidos pertinazmente por una patrulla en la que iba Constantino, un oficial de la Totenkopf, diez soldados y perros Rottweiler.

Mientras esto acontecía, Joseph ingresaba a la edificación con tres soldados sobrevivientes, el Coronel Holzner y el Teniente Hansing escoltados por un Mayor de la Totenkopf y soldados.

Simultáneamente, en Praga un comisionado formado por un general de la "Reichsführer SS", cinco oficiales de la misma división y una escuadra de treinta soldados irrumpía en la oficina de Greisser. El Vice-Reich-Protektor provisional quedó pasmado ante la presencia de la delegación, porque sabía de lo que se trataba.

-Herr Greisser, en nombre del Tercer Reich queda usted detenido por alto cargo de conspiración en contra del Führer, Himmler, el Ministro de Ilustración y Propaganda Joseph Goebbels y el Mariscal Göring.

Greisser al verse acorralado sacó del cajón de su escritorio unas cápsulas de cianuro y las ingirió sin darles tiempo a los soldados que lo arrestaran; el gobernante se desplomó quedando totalmente muerto.

El intento fallido de conspiración no solamente tuvo repercusión en Praga, en Berlín varios oficiales fueron torturados y asesinados, en tanto que Von Brünner se quitó su vida disparándose con su pistola en el corazón.

En Praga, aparte de Greisser se hallaban implicados Nietzsche, el jefe de la GESTAPO no pudo escapar al delegado del Tercer Reich y fue fusilado por un pelotón.

La noticia se difundió y de inmediato los partisanos que estaban en cercanías de Praga, prepararon un asedio en contra de las tropas de ocupación.

Mientras tanto, Joseph se hallaba en las proximidades de Lídice cuando se estaban llevando a cabo los acontecimientos; el pelotón que había ido tras los partisanos, logró capturar a uno de ellos, pero no pudieron sacarle información.

Cuando Joseph retornó a Praga, la rebelión recién se iniciaba, una muchedumbre de pobladores alentados por los de la Resistencia salieron a las calles provistos de palos, antorchas y rifles. Inmediatamente salió a su encuentro una división de

infantería montada de las Waffen SS respaldada por dos SdKfz que llevaban una ametralladora y un cañón, luego se hizo presente otra formación de infantería de la Das Reich provistos de ametralladoras MP-40 y con perros Ovejero alemán y por último apareció Von Der Wall con los que habían venido desde Alemania en un Mercedes Benz color negro y escoltados por cinco soldados que conducían una motocicleta BMW Zundapp. El automóvil se detuvo y descendió Martín Von Der Wall con cierta altanería e hizo un gesto a los soldados para que procedieran. La caballería se lanzó en contra de la multitud indefensa, el gentío corría de un lado para otro, pero eran brutalmente atropellados por los caballos, o golpeados por las culatas o mordidos por los perros, la ametralladora del acorazado vomitaba fuego sin cesar y el caos era indescriptible. Al cabo de unos minutos quedaron los cadáveres esparcidos por el suelo.

Sin perder el tiempo, los alemanes salieron para tomar control de la situación, entraban a todas las viviendas para ver si estaban refugiados los partisanos y continuamente pasaba un camión con altoparlante que decía: "A los habitantes de Praga se les solicita colaboración con las autoridades germanas. Aquél que brinde escondite a los rebeldes perecerá bajo el rigor de la ley".

Tres días de acontecida la masacre, un hombre fue al despacho de las autoridades interinas y comentó sobre el escondite de los partisanos; rápidamente fueron enviados trescientos soldados de las divisiones Liebstandarte y doscientos de la Das Reich de las Waffen SS armados hasta los dientes en camiones Opel Blitz, Büssing-Nag y en SdKfz. El Mayor Von Trapp y Constantino Von Heidegger fueron a la guarida de los rebeldes. La confusión y el pánico se apoderó de los pobladores de la villa donde residían los partisanos, los cañones y ametralladoras de las unidades pánzer vomitaban fuego y metralla sin parar, mientras que la infantería avanzaba sin que alguien las detuviera, mujeres y niños eran detenidos en tanto que los hombres trataban de defenderse, pero era inútil. Al igual que sus compañeros, Silvano Wansosky y Robert Mc Gregor perecieron, Helena fue capturada por los alemanes con el resto de su familia. David Anderson y otros veinte pudieron burlar a los germanos y huir para internarse en un pequeño villorrio donde no se notaba la presencia germánica. Luego de un intenso bombardeo, la aldea de los partisanos quedó reducida a escombros, sin embargo la búsqueda por parte de las Waffen SS se prolongó una semana más. El informe enviado a Berlín justificaba la incursión argumentando que se trató de evitar que ciertos grupos de tendencia revolucionaria querían intentar rebelarse en contra el orden establecido, pese a ello, Himmler se fastidió e incineró el reporte. De este modo toda esperanza de liberación se esfumó por completo. En

forma constante circulaba un camión Mercedes Benz con un altoparlante que decía: "Los partisanos han sido eliminados, es en vano seguir resistiendo."

Para ese entonces en Anzio, la cuestión era dificultosa para el bando aliado y parecía que iba a repetirse otro Dunkerque.

El 16 de febrero de 1944, Joseph Frederick Schnitzler y Anna Elizabeth Schultens, ahora bajo la identidad de Amelie Hesse contrajeron nupcias en forma secreta en proximidades de Bratislava, el Padre Wessler fue quien los casó y estuvieron como testigos el Mayor Von Trapp y Catherine, la compañera de trabajo de Anna. Una semana más tarde llegó una directiva impartida por Himmler que destinaba al Mayor Von Trapp, y a Constantino Von Heidegger ir a Cracovia.

Augusto Von Trapp y su señora marcharon a la capital polaca, Constantino fue en compañía de Emil Hegel, con la excusa de que lo necesitaba en sus filas.

Un mes y medio después de los sangrientos sucesos, se hallaba Joseph Frederick Schnitzler en su despacho particular, cuando alguien golpeó la puerta.

-Adelante- fue la respuesta de Joseph Schnitzler.

Era el Coronel Holzner que venía con un sobre y se lo entregó a Joseph.

-Gracias Coronel.

Una vez que se retiró el subalterno, Joseph se fijó en el reverso y vio que procedía de Berlín y decía: Confidencial sacó cuidadosamente el escrito y se puso a leer:

"Berlín, 19 de febrero de 1944

Estimado Herr Joseph Schnitzler:

Me dirijo a Ud. para felicitarlo en su labor de colaboración para erradicar a los grupos insurgentes y para informarle que su próximo destino es retornar a Francia. Por otra parte me cabe comunicarle que el Coronel Holzner y el Teniente Hansing serán destinados a Viena y su lugar será suplantado por el Coronel Habermas que irá desde el Tercer Reich. En el caso del Teniente Hansing, su sustituto será Wellnitz.

Sin otra novedad que reportarle, me despido de Usted y que su próxima misión sea un éxito.

Mis más cordiales saludos.

Alfred Jodl.

Jefe del Alto Mando Alemán."

Joseph Frederick Schnitzler suspiró profundamente y llevó sus manos a la nuca, acomodó sus cosas y convocó a sus subordinados:

-Señores, debo comunicarles que nuestro próximo destino es Francia, por lo tanto debemos aprontarnos para partir en la brevedad. Además debo informarle a los

oficiales Holzner y Hansing que serán destinados a Viena; un sustituto viene en camino y el otro es el teniente Wellnitz. Ha sido un honor para mí, tal como se lo dije al Mayor Augusto Von Trapp y al Sargento 1° Constantino Von Heidegger, haberlos tenido en mi compañía durante estos largos años y mi mejor anhelo es que Dios nos proteja y nos traiga paz, que podamos salir de en medio de las cenizas de la destrucción y la muerte.

Una hora después vino desde Berlín el mencionado Coronel Habermas. Era un hombre de mediana estatura, cabellos rubios y ojos celestes que habrá tenido alrededor de treinta y cuatro años.

-Bienvenido a mis filas- fue la acogida de Joseph.

-Gracias- fue la respuesta del oficial.

Un cuarto de hora más tarde Holzner y Hansing salieron en un avión rumbo a Cracovia, la mañana estaba fresca.

Antes del crepúsculo, Joseph Schnitzler y sus leales abandonaron la región de los Sudetes y marcharon rumbo a Francia, una suave brisa del sur soplaba...

.....
.....
.....

“París, 4 de marzo de 1944

Querida Anna:

Te escribo para contarte que estoy en París, la capital de Francia; no sé por cuánto tiempo permaneceré aquí.

Ya puedes estar conmigo, así que en cuanto recibas estas líneas toma un tren y ven aquí, estaré aguardando por ti para que no estemos más separados.

Cuídate mucho.

Te amo con todo mi corazón.

Joseph Frederick Schnitzler.”